

CAPITULO XI

CONSECUENCIAS DE LA PERDIDA DE FUENTERRABIA Y SAN SEBASTIAN

Influencia en la opinión pública española de la pérdida de San Sebastián y Fuenterribia. Colomera abandona Hernani que es ocupado por Fregeville. Entrada de los franceses en Tolosa (9 de agosto)



A pérdida de Fuenterrabía y San Sebastián desmoralizó de tal manera a las comarcas del Norte de Guipúzcoa y Navarra que en carta de 11 de agosto, la Marquesa de Lozoya comunicaba desde Pamplona, que: «En medio de que han salido de aquí las más de las señoritas, yo no pienso imitarlas que no hay paraje más seguro que Pamplona, como porque han pasado muchos trabajos en las posadas y caminos». El temor era, pues, general. Por su parte, la Diputación de Guipúzcoa, después de las pérdidas citadas, tomó la resolución que sabemos, así como también las de Vizcaya y Alava, pero por el momento todo intento de apoyo al ejército resultaba tardío, pues la posición de Hernani, no obstante ser muy fuerte, según lo afirma Marcillac, había sido abandonada por Colomera, que hubo de retirarse a Tolosa como punto estratégico del que partían las carreteras a Castilla y a Pamplona.

La abandonada posición fué pronto ocupada por la División de Fregeville, y el 18 thermidor (5 de agosto) (1), por la mañana, envió en servicio de reconocimiento dos batallones que sostuvieron un tiroteo con

(1) Esta fecha está equivocada, corresponde al 9 del mismo mes.

los españoles, y que en el calor de la persecución entraron en Tolosa. Mas si esto expone en forma tan sencilla la información francesa, la información oficial española no presenta el caso tan fácil, aunque de todos modos no fuese de parte de alguno de los nuestros la resistencia todo lo sostenida que era necesario. El Conde de Colomera, en oficio de 11 de agosto, participaba lo siguiente:

Relación oficial de la Gaceta de Madrid (22 de agosto). Brillante comportamiento del Regimiento de Caballería de Farnesio

«A las cinco y media del día 9 atacaron los enemigos por nuestro frente y costado, con todas las señas de ser aquel verdadero, y de venir dispuestos a desalojarnos de nuestra posición de Tolosa; y habiendo dado mis disposiciones, y colocado las tropas del Rey en los puntos y parajes que aprecié ventajosos, se sostuvo el ataque por el frente con el mayor brío y tesón por espacio de más de dos horas, sin poder penetrar ni adelantar los contrarios un paso, a pesar de dos cañones de a 8 que traían para proteger y verificar su intento. Sus tropas ligeras, que eran triples a las nuestras, se extendieron por las alas y de consiguiente nos dominaron las alturas desalojando de la de la derecha al batallón segundo de Cataluña, destinado allí para defender aquel ventajoso terreno, el cual abandonó con poquíssima resistencia, y señoreado el enemigo de él, cayó sobre nuestro flanco al mismo tiempo que forzaban la izquierda para cortarnos por la espalda; por lo que dispuse la retirada en el mejor orden, dejando para cubrir el todo de mi retaguardia al Regimiento de Caballería de Farnesio; y cerrando yo la de toda la infantería con los Tenientes Generales don Ventura Escalante, el Quartel-Maestre General D. Joachin de Casaviella, y el Mariscal de Campo Marqués de la Romana, teniendo la desgracia Casaviella de que pasado el puente de Tolosa, camino real de Navarra, le atravesó el cuerpo una bala de fusil tirada por los cazadores de montaña dueños ya de la población, siéndome a mí sensible esta pérdida por lo notorio que es a todo el ejército el valor, talento, conocimientos militares y serenidad de este Oficial general. Y siguiendo avanzando las expresadas tropas de montaña enemigas para incomodar nuestra retaguardia, mandé a la caballería de Farnesio les atacase, la que lo ejecutó con el mayor ardor, llevando a la cabeza a su Coronel el Brigadier D. Antonio Amar, que animando y dándoles ejemplo logró rechazarlos, metiéndolos en el pueblo arrollados, y matando a cuantos encontró en sus calles, siendo digno de elogio el valor y prontitud con que lo ejecutó la expresada caballería, cabiéndome no pequeña satisfacción de que en este día he notado más serenidad en la tropa, y orden al retirarse; el Brigadier D. Gonzalo O'Farrill, Coronel del Regimiento

de Asturias, ha sido levemente herido en un muslo; y de peligro el Sargento Mayor de Voluntarios de Guipúzcoa D. Gabriel de Mendizábal, ambos oficiales bien conocidos por sus recomendables prendas, sin que pueda expresar por ahora a V. E. el número de muertos y heridos que hemos tenido, hasta que esté perfectamente instruido por las noticias que me den los jefes de los Cuerpos. Quando cargó nuestra caballería hizo prisionero después de bien herido en la cabeza a un primer teniente de las tropas ligeras. Las nuestras quedan situadas en el pueblo de Lecumberri, colocadas según el orden de defensa a que es susceptible su terreno».

Consideraciones de Gómez de Arteche sobre la acción anterior

Expone el General Gómez de Arteche que ante el avance de las tropas francesas sobre Tolosa, el 9 de agosto: «Colomera hubo de cederle esta villa, para cubrir por un lado el camino de Pamplona desde Lecumberri, y la cuenca del Deva, por otro, y cerrar la carretera general de Castilla por Vergara y Vitoria. No lo hizo con todo sin oponer a los franceses una resistencia que, si no podía ser afortunada vista la inferioridad numérica de las tropas españolas, dió muestra de que no había decaído en ellas su proverbial valor». Y refiriéndose a la valerosa conducta de los jinetes de Farnesio, declara: «Es aquél uno de los hechos que más gloria han proporcionado al Regimiento de Farnesio, de historia ya tan preclara, a cuyo Coronel, después de encargarle diese, en nombre del Rey, las gracias a las compañías del primer escuadrón (lo cual prueba que sólo uno cargó) por su brillante comportamiento, se le previno que «a su tiempo experimentaría los efectos de la real benignidad por el señalado servicio que, a su ejemplo, hizo su Regimiento».

Nuestro ilustre historiador militar en nota aparte manifiesta que, en el libro *Victorias y conquistas de los franceses*, se declara cómo: «El Regimiento de caballería de Farnesio, que formaba la retaguardia de los fugitivos, observando que los franceses no eran muchos y andaban dispersos por el campo, vuelve caras de repente, cae sobre ellos y los carga con tal furia que los obliga a, por su parte, refugiarse en Tolosa. Aquella población volvió, por segunda vez, en aquella jornada a ser teatro de carnicería». Y confirmando lo manifestado por la información española, añade: «Los dos partidos se batían con encarnizamiento en las calles y quizás se hubieran visto los franceses precisados a evacuarlas si Frégeville, advertido del peligro, no se hubiera apresurado a enviar en su socorro un regimiento de húsares. El aspecto de aquel refuerzo bastó para que retrocediesen los jinetes españoles que hicieron su retirada en buen orden y sin ser perseguidos».

**Difícil situación de Colomera.
Toma disposiciones para la defensa. Juicio de Jómini sobre las
mismas**

La situación de Colomera no podía ser más difícil. Por una parte, su ejército iba cada vez disminuyendo más sus efectivos, en tanto que el enemigo no cesaba de recibir refuerzos de toda clase, y por otra su libertad de acción se limitaba cada vez más y más al tener que ir abandonando los campos y posiciones que aseguraban su frente de operaciones. El ejército francés se veía ya reforzado con quince batallones llegados de las orillas del Rhin, y algunos de la llamada célebre guarnición de Maguncia, formándose así un conjunto de sesenta y seis batallones, ocho escuadrones y la correspondiente artillería, pudiendo, por lo tanto, considerársele como el ejército más numeroso que hasta entonces se hubiese visto en los Pirineos occidentales.

Al retirarse de Tolosa nuestro General en Jefe, no podía por menos de tomar disposiciones para establecerse en una línea defensiva que le colocarse en condiciones de llevar a cabo una fuerte resistencia, dado que por razón de las circunstancias del todo desfavorables, no podía abrigar la esperanza de recibir refuerzos que le hicieran factible una provechosa reacción. Del apoyo de la Corte no cabía esperar nada. La abstención de toda clase de refuerzos materiales no podía ser más evidente. Interesa, por consiguiente, describir el plan defensivo adoptado por el General en Jefe del Ejército español en los Pirineos occidentales, para contener, por lo menos, el avance de las tropas de la Revolución.

Carecemos para ello de los datos que pudiera ofrecernos la documentación oficial española, y hemos de acudir, una vez más, a la particular que en este caso nos facilitan plumas extranjeras, como las de Jómini y de Marcillac que, aunque francés éste, es digno por todos conceptos de crédito por militar en nuestro campo. Al abandonar Tolosa, expone: «El General español hubo de dividir sus tropas para defender Pamplona, de un lado, y la fortaleza de Pancorbo, de otro. Pancorbo es el *boulevard* de Castilla, a la entrada norte de esta provincia (?) y se encuentra a veinticinco leguas de la frontera de Francia. Cuatro mil hombres tomaron posición en Lecumberri para defender las gargantas que atraviesan el gran camino a Pamplona. El puente de Arráiz fué forzado por grandes cantidades de árboles abatidos y por él pasa otro camino, que partiendo de Hernani y a lo largo de las montañas de Viandis (?) va también a Pamplona. Dos mil hombres apostados en Lanz y en comunicación con los doce mil que habían quedado en el valle de Roncesvalles, cubrían a Pamplona del lado del valle de Bartzán».

«De la parte de Vizcaya, cuatro mil hombres ocuparon las montañas

de Elosua (?), así como la villa de Vergara y posiciones adjuntas, y se extendieron hasta el Deva, río que corre de Norte a Sur a lo largo de la vertiente oriental de las montañas que constituyen la frontera, entre las dos provincias vascongadas de Guipúzcoa y Vizcaya. El restante de las fuerzas fueron ocupando diferentes puestos intermedios que por su posición podrían contener a los franceses. Tales fueron los medios empleados por el Conde de Colomera, para impedir el progreso de los franceses. Según las disposiciones que se acaban de enunciar, su línea general ocupaba cerca de cuarenta leguas desde el Deva hasta el valle del Roncal, frontero de Aragón».

Según el criterio del historiador militar Jómini, esta disposición estaba mal concebida. «En lugar de reunir sus fuerzas en las fuentes del Agra (Arga), cubriendo Pamplona y amenazando el flanco izquierdo de su adversario, formó una especie de cordón desde el valle de Roncal, en los confines de Aragón, hasta la embocadura del Deva. El cuerpo principal, fuerte de cuatro mil hombres de tropas de línea y del doble de paisanos, acampó en las montañas de Elosúa a las órdenes de los Tenientes Generales Gil y Rubí. Dos mil quinientos hombres de tropas de línea y cerca de cinco mil milicianos de Vizcaya fueron diseminados en los puestos intermedios, el General Urrutia fué encargado de guardar las cabezas de los valles que vierten sus aguas en el Agra (Arga) con seis a siete mil hombres de línea y otro tanto de la leva; en fin, el Duque de Osuna, con la derecha que había quedado intacta, conservaba todos sus puestos en los valles de Salazar, Irati, Roncesvalles y Erro.» Y en tanto que el mando militar tomaba estas disposiciones, ¿qué hacia por su parte el Gobierno presidido por el flamante Duque de Alcudia?

**En vista de los sucesos referidos,
Godoy lanza a la publicidad una
proclama**

El día 12 de agosto de 1794, Godoy lanzó al pueblo español la proclama que nuestros lectores pueden ver transcrita en el apéndice número 2, y en el que podrán apreciar cómo con artificioso amaño, si por un lado se reconoce la triste realidad del momento, por otro, se trata de levantar el ánimo público con promesas que él sabía muy bien no podrían satisfacerse. En ella pide solamente que los españoles no se muestren sordos a su voz y proclama que la lealtad de sus proyectos le da el derecho a exigir esa atención, arremetiendo contra aquellos traidores a Dios, al Rey y a la causa común, está seguro de que la fidelidad de los leales opondrá un dique impenetrable al torrente destructor. ¿Conocéis vosotros el estado verdadero de nuestras fuerzas?, pregunta, y advierte: Sabed, pues, que cuando se ordene la reunión, ellas serán suficientes para resistir al enemigo, pero el Rey espera que los refuerzos que vuelan al encuentro de él y que están animados del ar-

dor más vivo y de la impaciencia de llegar a las manos, serán más que suficientes para extinguirle; sabed—asegura el favorito—que los valientes españoles prefieren los azares de los combates al reposo de los campos de batalla. La situación del enemigo no es tan favorable como pudiera creerse. Son curiosas sus razones para demostrarlo. Disipad, pues, los temores infundados que os han imbuido, aconseja, pero al mismo tiempo haced un esfuerzo para asegurar la tranquilidad en vuestros hogares. Y conocedor de la firmísima fe religiosa que animaba a los españoles de aquellos tiempos, no vacila en exhortarles a que imponen los auxilios de la Divina Providencia...

Dura es la crítica que algún escritor hace de esta proclama: «Farsa y doblez, hipocresía y mentira rebosa este documento» (G. de Echávarri). El privado de María Luisa invoca la Divina asistencia, cuando escandaliza al mundo con sus actos; ofrece la presencia de Carlos IV en la nueva Cruzada a sabiendas de que el timorato Monarca no abandonaría por nada la mística y reposada vida; promete recursos que, como verán nuestros lectores, no habían de darse a los pueblos; calcula en 30.000 hombres recogidos forzosamente entre la hez del pueblo los del enemigo y miente a sabiendas de que eran ya más de 50.000, el 12 de agosto, fecha de su escrito, los que habían pasado la frontera; y por último, toca la trompeta bélica mientras comienza las negociaciones de paz.»

**Juicio crítico sobre la misma, por
G. de Echávarri y Jómini**

El juicio parecerá duro, pero las razones que se aducen no dejan de ser ciertas y, desde luego, es interesante lo que, a este propósito, expone Marcillac: «Tal fué esta proclama, cuyos resultados debían prever todas las consecuencias de la invasión francesa. El Duque de Alcudia conocía el partido que podía sacar del espíritu nacional y del imperio de la religión, dos móviles que agitan fuertemente al pueblo español, pero en lugar de prometer que el Rey se iba a colocar al frente de sus vasallos, si la proclama hubiera anunciado la partida del Rey, si S. M. C. precedida de la bandera y de la Cruz, después de haber convocado a la lucha se hubiese puesto en camino y se hubiese dirigido hacia la frontera, ella hubiese arrastrado consigo toda la gente en estado de llevar las armas, y es permitido el dudar que los franceses hubieran podido resistir a esta nueva cruzada». Y recogiendo el ejemplo dado por aquellas generaciones, el noble escritor francés refugiado en nuestra Patria, expone: «El patriotismo y la religión son dos resortes que actúan más poderosamente que se lo pudiera imaginar, sobre los españoles, entusiastas y fieles. Pero por estos dos motivos son susceptibles de las empresas más intrépidas; y el Gobierno que sepa mover estos resortes sobre un pueblo valeroso y que lleva al ex-

tremo la idea de lo maravilloso, alcanzará de él un resultado que será proporcionado a la magnitud de su genio, por muy vasto que pueda ser.»

Con sobrada razón Jómini declara, que los reveses de que hemos dado cuenta sumieron al Gabinete de Madrid en el más grande apuro, y afirma que «los hombres de Estado más recomendables no veían otro remedio a cuantos males amenazaban derrumbar la Monarquía, que el de la paz». Y añade, y esta vez no tan certero, que el Duque de Alcudia y algunos consejeros *ganados por el oro de Inglaterra*, se opusieron a ello todavía. «Se desvió la atención del pueblo imputando a la traición reveses que no eran, en realidad, más que los frutos de la impericia del General en Jefe», y en esto sí que parece responder a la verdad histórica más que a lo anterior. Ni España, ni los españoles, han tenido que deber nada al oro de los ingleses. Si por el momento Godoy no hizo proposiciones de paz fué por una razón de decoro personal, ya que él había sido partidario de la guerra en fiera oposición con el Conde de Aranda. Mas llegó un día en que éstas se hicieron en forma claramente expuesta en las páginas de esta obra.

Circunstancias que amenguan la responsabilidad de Colomera. Conducta de la Junta de Guetaria.

Odio de Pinet a los españoles

El historiador militar de que estamos tratando quiere, a pesar de todo, amenguar en lo posible la responsabilidad del Conde de Colomera. Una circunstancia particular da, sin embargo, un viso de verosimilitud a las aserciones que éste lanzase en su propia defensa. «Se ha dicho —expone—que los estados de la provincia de Guipúzcoa se habían rehusado a las levas de hombres reclamadas por el General Caro al abrirse la campaña. Su negativa a atender a esta requisición no era, por ningún concepto, un acto de rebelión dado que los privilegios de esta provincia la exceptuaban del servicio militar. Pero tan pronto como por la toma de Fuenterrabía y de San Sebastián los franceses pusieron el pie en España, los Estados, previendo que el pequeño ejército de Colomera no podría garantizar al país de una ocupación extranjera, hicieron valer a los vencedores la oposición que ellos habían opuesto a las levas pedidas, y para librarse de las tasas o contribuciones vejatorias impuestas a los países conquistados, solicitaron que la provincia fuese considerada como un estado libre e independiente de la Monarquía española.»

Hasta aquí Jómini coincide con Beauzac, que manifiesta como: «Convencida de su impotencia, acaso inclinada hacia medidas de independencia, la Asamblea de Guipúzcoa se reunió en Guetaria con la autorización de los representantes del pueblo para arreglar las condicio-

nes de su capitulación». Ellas fueron bien pronto presentadas a Pinet en los términos siguientes: «Que la Guipúzcoa sería considerada como un estado libre y neutro y que no facilitaría ningún socorro ni a Francia, ni a España». Por toda respuesta—expone categóricamente el ciudadano francés—un Decreto de los representantes suprimió los Estados, y las tropas francesas fueron enviadas a Guetaria». Conducta tan desaforada, viene explicada por Jómini, diciendo: «Esta negociación, que los representantes en misión en el ejército presentaron como un esfuerzo sublime hacia la libertad, y del cual ellos no habían penetrado el verdadero objeto, fracasó en el momento mismo de haber sido acordada. Algunos despachos de los miembros de la Junta fueron interceptados y descubrieron la trama y atrajeron sobre el país todas las calamidades de que deseaba librarse. Los representantes, humillados de haber sido juguete de esta Asamblea provincial, desplegaron una severidad feroz, digna de un régimen de terror que pesaba entonces sobre la Francia entera. Una columna móvil fué enviada a Guetaria donde los Estados estaban reunidos, fueron disueltos y la guillotina alzada en la plaza de San Sebastián con desprecio de las capitulaciones, sacrificó a los nobles y a los sacerdotes con tanto encarnizamiento como hubieran podido desplegar en La Vandée. El representante Pinet, sobre todo, se conquistó en estas comarcas una reputación que rivalizaba con la de Carrier, y forzó al Gobierno acceder al clamor público llamándole al seno de la Convención.»

Pero según Beaulac, fué el odio que Pinet profesaba a los españoles, el que le determinó a hacer uncir sobre sus cabezas el yugo del terror. Y después de confirmar lo de que, por orden suya fué colocada la guillotina en la plaza de San Sebastián y que los hombres de su preferencia fueron encargados de la administración de la provincia, asegura algo que no deja de parecer dudoso, pues, según él, «los síntomas de alegría mal encubierta al ruido de la proximidad de los españoles, sirvieron de motivo para violar la capitulación». Esta aproximación de nuestras tropas resulta incomprendible, pues como sabemos, todas ellas se encaminaron a Tolosa. «Púsose en ejecución el Decreto de la Convención del 24 thermidor, haciendo detener a los nobles, sacerdotes y personas notables de Guipúzcoa. Esta conducta violenta, la dureza de la administración, el peso de las requisiciones, y, sobre todo, la clausura de las Iglesias, determinaron a una multitud de habitantes de toda clase a buscar un asilo en el interior de España».

Moncey substituye a Muller. Carácter de este último. Moncey contrariado en sus planes por los representantes de la Convención

Por estos días hubo de sobrevenir la dimisión del general francés Muller, que aceptada, fué substituido por el General Moncey (1). La situación del primero se había hecho muy difícil ante la intemperancia de Pinet y Cavaignac. «Muller—según lo declara Beaulac—dejó el mando del ejército del que logró la estimación y el recuerdo: sus talentos, su afabilidad, su modestia, le habían atraído el afecto de todos los corazones. Enemigo de violencias y de persecuciones, circunspecto, hasta la timidez en sus empresas, profundo e independiente en sus ideas, fué víctima de toda clase de contrariedades por parte de los dos representantes fogosos, altaneros y todopoderosos. Abrumado por los disgustos alcanzó, al fin, un retiro que había solicitado desde hacía largo tiempo con las más vivas instancias»; mas no sin exponer que, de no serle concedido éste, prefería ser relevado del puesto que ocupaba para ser destinado a servir a la República en otro cualquiera.

Encargado del mando el nuevo general, pensó en llevar a cabo una campaña de previsión ante el temor de que, reforzado a su vez el Ejército español pudiera llevar a cabo un golpe de mano, que sorprendiéndole en cualquier punto de la vasta línea que habría de cubrir desde Roncesvalles y otras comarcas más orientales todavía hasta Tolosa y la desembocadura del Deva en el Cantábrico, no podría por menos de revestir importancia. No eran de esta opinión los representantes del pueblo a quienes la dimisión de Muller, significando para ellos un triunfo, había ensoberbecido sobremanera, y confiando en la llegada de los considerables refuerzos que esperaban recibir, no creyendo encontrar obstáculo alguno a sus designios, se lisonjeaban ya con la idea de someter toda la región vasca hasta las márgenes del Ebro a la dominación francesa. Moncey tuvo que ceder y prestarse a acceder a las indicaciones de tales personajes.

Noble conducta de varios guipuzcoanos leales que se reúnen en Salinas de Leniz, primer paso para las célebres Juntas de Mondragón

Mas no es todo cobardía y entrega en la conducta de Guipúzcoa, pues como hubimos de exponer en el capítulo III de la primera parte de esta obra al tratar de la opinión pública en Navarra y las provin-

(1) Lámina núm. 9.

cias Vascongadas; «varios eminentes guipuzcoanos, cuyos nombres debieran figurar como beneméritos de aquella provincia, trataron de hacer un último y desesperado esfuerzo. En efecto, reuníronse en Salinas de Leniz don Joaquín Esteban de Romarate, alcalde de dicha villa; don José Javier de Antía, vecino de Oñate; don Joaquín María de Otañora, de Arechavaleta; don Ignacio de Mendiá, y don José Gastañadui, de Escoriaza, con el único y exclusivo objeto de establecer un plan de defensa, siendo éste, por lo tanto, el primer paso para las célebres Juntas de Mondragón. Y hemos de recordar que noticioso Verástegui de que, la primera conferencia tendría lugar el día 12 de agosto, envió a ella en nombre de la provincia de Alava, a don Juan Bautista Porcel, vocal de su Junta de Guerra, «para que con ellos acuerde (dice el oficio) el medio de aliviar los males que les afligen, asegurándoles la resolución de Alava de perder su nombre antes que faltar a su Dios y a su Rey, estando dispuestas a servirles con todas sus fuerzas». Y mientras los alaveses, los vizcaínos y los fieles guipuzcoanos se disponían a hacer frente al invasor, la Diputación de Guetaria esperaba recibir las bases que Pinet había de remitirle para la capitulación, y el día 25 de agosto, junto con el documento esperado, enviaba este convencional una columna de su tropa, que en la madrugada del día 26 apresó a todos los representantes de las Juntas a una, con los miembros de la Diputación, secretario, consultores y demás. Durante el mismo día fueron conducidos por custodia militar en clase de presos a Hernani, al siguiente a San Juan de Luz, y el 28 al castillo de Bayona, para ser reducidos a prisión la mayoría de ellos, en la que hubieron de permanecer hasta después de la paz de Basilea unos cuantos, los más destacados, y los restantes un par de meses.

Proclamas publicadas por la provincia de Alava excitando a la defensa del país

La provincia de Alava, el 10 de agosto de 1794, con motivo de los sucesos de que estamos tratando, creyó oportuno publicar una proclama que venía a confirmar lo ya expuesto en otra anterior de 3 de julio, ambas fechadas en Vitoria. El contenido de uno y otro documento viene expresado en la *Gaceta de Madrid* del martes 9 de septiembre del año en cuestión, según copia textual: «Vitoria, 5 de septiembre de... Esta provincia ha distribuido en ella la siguiente circular para los fines que expresa.»

«Desde los principios de mi feliz incorporación a la Corona de Castilla he servido a los Soberanos constante, agradecida y voluntaria en cuantas ocasiones me han comunicado sus urgencias. Las de la presente guerra con los franceses excitan mi voluntad a apurar todos mis recursos, porque jamás he tenido motivos más justos, ni razones más ca-

bales, para dedicarlos al servicio de un Príncipe que sostiene la religión contra los que intentan confundirla y romper el nudo de la obediencia, y de las leyes que selló Jesucristo con su preciosa redención; la he mirado con todo el horror que ofrecerían sus desgraciadas resultas, y he contribuído y contribuiré por la justa defensa con aquellos sacrificios que permite la triste constitución de mis vecinos seculares, a pesar de mis sentimientos, extendidos a otros mayores; pero aún no he agotado todos los recursos. Sé muy bien que los hijos que más me ilustran, aquéllos que por su augusto carácter han sido siempre los brazos que han sostenido la pureza de la Monarquía cristiana, los respetables Cabildos, Comunidades religiosas, párrocos e individuos de su ilustre Clero, se considerarían ofendidos si se dieran por acabados todos los medios, sin haber exigido de ellos lo que debe prometerse de su amor, piedad y fervoroso espíritu en la mayor aflicción de sus ovejas. En esta firme inteligencia he creído propio de mi obligación comunicarla a usted, en cuya generosidad me prometo hallar el alivio que necesito, y bajo de este concepto le ruego y suplico que, convencido de las justas y urgentísimas causas, y de lo que interesan usted mismo y todos los vecinos en común y en particular, acrelide su celo por la causa de Dios, del Rey y de la Patria, contribuyendo a sostenerla con los medios y caudales que pueda, y recibirán mi Diputado general, o Procuradores provinciales en cualquiera tiempo, para que así ayudados mis vecinos seculares se esfuercen a sobrellevar el peso de los nuevos servicios en que voy continuando, y dejar a la posteridad memoria indeleble de las heroicas virtudes de todos mis hijos. Nuestro Señor guarde, etc. De esta Sala provincial, y Vitoria, 3 de julio de 1794.—Por la M. N. y M. L. Provincia de Alava, sus Secretarios: Juan Antonio de Sarralde y Pablo Antonio de Aldama.»

Asimismo, en vista de los sucesos de la guerra publicó después el bando siguiente:

“Nos la M. N. y M. L. Provincia de Alava.—Ha llegado el caso de que mis nobles habitadores manifiesten con obras extraordinarias los efectos de su invariable fidelidad. Nunca se han visto en tanto riesgo mis pueblos, ni podido temer tanto mal. Los enemigos ensoberbecidos atentan contra todos, y pretender llevar sus armas por todo el Reyno. No se detienen en fingirse piadosos y prometer para seducir, ni en anular sus promesas para robar: tan fáciles para lo uno como para lo otro, sólo guardan consecuencia en lo que conviene a sus designios injustos por el momento que les interesa. Así lo experimentan los desgraciados pueblos rendidos a sus armas, y aún los mismos de su nación y partido. ¿Qué importa que con la boca, o con la pluma digan o protesten que respetarán el Santuario, que no alterarán un punto las máximas de nuestra sacrosanta Religión, y que mirarán como sagrado el derecho de propiedad, si vemos que en cuantos lugares grandes y pequeños dominan, profanan los templos, desprecian los ritos, hacen mofa de las imágenes de Jesucristo, de su Madre Santísima y de sus Santos,

y se apoderan de cuanto les agrada por más que lo resista el dueño, buscando pretextos que canonizan su tiranía por razones de Estado? Ofrecen la libertad e introducen la esclavitud, y aún ellos son esclavos unos de otros alternando por la inconstancia de la anarquía, y tan presto se ven exaltados como en el patíbulo. Sé que estas verdades, acreditadas con la sangre que ha teñido una gran parte de la tierra, se hallan impresas en los leales corazones de mis hijos, y quando no lo supiera, me lo darían a entender bien claramente las demostraciones de júbilo y alegría con que se presentan armados contra aquellos enemigos, dexando sus casas en el tiempo más preciso para la recolección de frutos, por la defensa de la Religión, del Rey y del Estado, como los antiguos cántabros, sus antepasados, por su amada Patria. Pero en medio de estos sinceros movimientos del amor y de la lealtad, no faltan lenguas y plumas que por una parte pretender lisonjear con futuras aparentes felicidades, y exagerar por otra riesgos insuperables en las fuerzas enemigas, con el fin de seducir y acobardar sin contar con las consecuencias. La malignidad de sus autores no puede contenerse de otra suerte que con el rigor del castigo: por tanto, mando a todos mis habitadores que los delaten ante mis jueces y justicias, y que justificándose debidamente esta casta de seducción perversa y perjudicial, se impongan públicamente las penas corporales más rigurosas, hasta la del último suplicio, a todos aquellos que por escrito o de palabra intentaren desviar a otros de la obediencia debida al Soberano, ya sea fingiendo humanidad, libertad y felicidades en la sujeción a la anarquía francesa, en competencia del suave yugo de nuestras leyes, ya atemorizando con los peligros de su observancia y del poder de los enemigos, o en otra cualquiera manera.—Vitoria, 10 de agosto de 1794.—Por la M. N. y M. L. Provincia de Alava.—D. Juan Antonio Sarralde.»

Patriótica actitud de Vizcaya

Si ésta era la conducta de la provincia de Alava, la de Vizcaya no fué menos patriótica. Y habiéndose dirigido a su Diputación el Conde de Colomera pidiéndole socorros extraordinarios que eran necesarios para cubrir las inmediaciones de Castilla contra la República victoriosa, el Señorío de la misma correspondió cumplidamente a las esperanzas del General, ordenando una leva en masa que comprendía a todos los individuos capaces de tomar las armas, desde la edad de diecisiete años hasta los sesenta. No fué menos noble y patriótica la conducta de las provincias limítrofes de Castilla, pues mientras no se mostraba muy activa la diligencia del Gobierno central, ellas ofrecieron las personas y bienes de sus habitantes para oponerse a la amenazadora invasión, disputándose generosamente el primer puesto en la defensa de la Patria, y en el propósito de contener y rechazar al enemigo, aunque fuera a costa de la propia vida.

Cuanto acabamos de exponer respecto de la conducta de Vizcaya y provincias castellanas limítrofes viene expresado con todo detalle en la *Gaceta de Madrid* del 19 de agosto de 1794, en forma que creemos oportuno e interesante poner de manifiesto. Según lo expuesto en ella, el Conde de Colomera envió un oficio fechado el 6 del mes que se cita a la Junta de la provincia, en el que se le decía: «Habiendo los enemigos por sus crecidas fuerzas penetrado en Irún, me vi precisado a retirarme con las tropas de mi mando al pueblo de Hernani y, no pudiéndome sostener aún en aquél, lo ejecuté a esta villa de Tolosa, donde he tenido la noticia de haberse entregado sin defensa las plazas de Fuenterrabía y S. Sebastián, asegurándoseme han influido en estos sucesos los alcaldes, y vecinos de dichas plazas, y aún tengo fundados recelos para creer lo mismo de la Diputación de la Provincia de Guipúzcoa, la que tiene contra sí los indicios de haber retirado sus habitantes armados, y no suministrarme la menor noticia de los movimientos del contrario; pero si llega a verificarse el entregarse en su manos, experimentará su destrucción, no sólo de las propiedades y demás distinciones que gozaba, sino de las leyes más santas, y de nuestra venerada Religión conservada y heredada de nuestros padres. Estas circunstancias, que son a la vez las más críticas y de la mayor consideración, piden un remedio y esfuerzo extraordinario, en el que se interesa igualmente la lealtad y amor a nuestro augusto benéfico Soberano; por lo que no dudo, que siguiendo V. S. la antigua acreditada y conocida fidelidad, se aplicará al remedio de tan grave mal, uniendo el todo de sus fuerzas para defender su frontera, y auxiliándose con las que pueda, respecto de que las mías apenas ascenderían a 4.000 hombres, a fin de sostenerme aquí lo posible, y procurar contener y dilatar los progresos de los enemigos. Nuestro Señor guarde a V. S. muchos años. Tolosa, 6 de agosto de 1794. — El Conde de Colomera. — M. N. y M. L. Señorío de Vizcaya.»

Al recibo y conocimiento de este oficio, la Junta aludida respondió en forma que la *Gaceta* expone en los siguientes términos: «Casi al mismo tiempo que tuvo el Rey noticia de la irrupción de los franceses en algunos parajes de Navarra y Guipúzcoa, recibió S. M. por medio del Excmo. Sr. Duque de Alcudia, su primer secretario de Estado, diferentes representaciones, y en ellas nuevas pruebas de la lealtad de muchos pueblos confinantes, tanto más dignas de estimación, quanto que estando expuestos a ser invadidos realzan su constante amor a la Real persona, y el espíritu que los anima; y habiendo merecido al paternal corazón de S. M. la más tierna gratitud tan generosas y vivas expresiones de fidelidad, para que lleguen a noticia de toda la nación, y nada pierdan de su natural sencillez y energía, se inserta la substancial de dichas representaciones. No podemos ofrecer en gracias a la brevedad copia exacta del texto de las mismas. Y nos limitaremos a exponer algunos de los extremos más importantes que en ellas se contienen. Reunidas en Guernica, el 7 de agosto de 1794, en Junta general, las

Juntas, Regimientos y Diputaciones generales del Señorío de Vizcaya, acordaron decretar, en vista de que todos los vocales hallábanse animados de un mismo espíritu de derramar hasta la última gota de su sangre en defensa de la Religión, de S. M. (que Dios guarde) y del muy noble y leal Señorío de Vizcaya, el que la gente alistada para el manejo de las armas se repartiese en tres tercios iguales, cuyos destinos se precisaban concretamente, habiendo de ser los reemplazos futuros con reclutas desde los diecisiete hasta los sesenta años, siendo el servicio estrictamente personal, sin admitir substitución alguna. Disponíase, igualmente, que los naturales ausentes volvieran al Señorío y que los inscritos en los puertos sólo quedaran en la marina los que en ella figuraran. Y se llegaba de tal modo a precisar la manera cómo había de darse cumplimiento a lo dispuesto, que llegaba a ordenar que el tercio que iba de ir a Tolosa a de estar pronto con las armas que tuviere, precisamente, el dia lunes próximo 11, para reunirse a la primera orden en las Casas Consistoriales y demás de las villas de Durango, Elorrio y Ante-Iglesia de Abadiano, so pena de responsabilidad a las justicias y jueces que no hicieran efectiva la entrega del tercio correspondiente el dia que se asignare y de proceder a lo demás que haya lugar."

Conducta de otras provincias y localidades cercanas

La *Gaceta de Madrid*, de que se trata, daba igualmente cuenta de la conducta de otras provincias y localidades. Y así decía: «La Merindad de Bureva, Provincia y Corregimiento de Burgos, en representación de 8 del corriente, dice: «Excmo. Sr.: Los 80 pueblos de la Merindad de Bureva, Provincia y Corregimiento de Burgos, por medio de sus procuradores generales a L. P. de V. E., con el más profundo respeto dicen: Que como fronterizos a las provincias, les llegó luego la noticia de la invasión de los franceses. Más que la perdida, aflige la consideración del daño que pueden causar en la salud del Rey nuestro Señor. Al punto se imploró con rogaciones públicas en cada pueblo en divino auxilio para que se la conservase y esforzase su Real ánimo. Resta ahora la fuerza, para la qual se ofrece a S. M. esta Merindad, no sólo con los brazos de cuantos pueden manejar las armas, sino con todos sus bienes, vidas y haciendas hasta derramar la última gota de sangre.»

«El Valle Real de Leniz, en la Provincia de Guipúzcoa, 9 de agosto. Excmo. Sr.: El Valle Real de Leniz y sus dos partidos de Escoriaza y Arechavaleta, penetrados del más vivo dolor, noticiosos de la entrega de la ciudad de San Sebastián, y de que el diputado general de esta provincia trata de capitular con el General en jefe enemigo de la entrega de toda ella, sin preceder aviso de sus Repúlicas, movidos del amor y firmeza en conservar nuestra Santa Religión, fidelidad a su Soberano y defensa de la Patria, ha resuelto enviar el dia de mañana toda la

gente así casados como solteros, sin distinción de personas, al quartel general de la villa de Tolosa, a sacrificarse hasta derramar la última gota de su sangre por conseguir su justo deseo.»

«La Ciudad de Burgos, cabeza de Castilla, representó en 4 y 7 del corriente con motivo de la noticia recibida de la invasión de los enemigos, que aquella capital siempre fiel a sus Soberanos se sacrificará en defensa de su Corona y en mantener la Monarquía libre de otro dominio que el suave, benigno y católico de que tiene la gloria de gozar.»

«Los Corregidores de las ciudades de Logroño y Santo Domingo de la Calzada han representado a S. M. los nobles sentimientos de todos los riojanos, que penetrados de amor y fidelidad al Rey nuestro Señor están prontos a sacrificar sus vidas y haciendas en su Real servicio y de la Patria, animados del valor heredado de sus mayores, y que en otro tiempo vencieron con tanta gloria a los franceses.»

**Los franceses intentan penetrar en
el valle de Salazar. Consideracio-
nes sobre esta acción**

La *Gaceta* del viernes, 29 de agosto de 1794, da cuenta de que el Conde de Colomera, en carta del 22 de dicho mes, decía lo siguiente: «En fecha 15 del corriente avisé a V. E. del ataque que hicieron los enemigos a los puestos del valle de Salazar, en la frontera de Navarra, donde mandaba el Marqués del Vadillo, Coronel del Provincial de Soria, y ofrecí explicarlo más, luego que en virtud de mi orden lo hiciese aquel jefe, el que lo verifica, refiriendo substancialmente: que el día 12, en conformidad a las prevenciones que le tenía hechas el Duque de Osuna, ejecutó una descubierta hacia los puestos enemigos y reconoció que en el nombrado Larraón se oía ruido de caxas, y que todos los puntos avanzados del contrario se hallaban reforzados; por lo que mandó se apostase la gente del valle, duplicando su vigilancia y aumentando la fuerza de sus avanzadas, que puso a las órdenes del Capitán de su Regimiento, graduado de Teniente Coronel, D. Manuel Ruiz, a quien instruyó le avisase de quantas novedades advirtiese; el que lo verificó dándole parte verbal a las dos de la mañana del siguiente día, de que las escuchas del monte de Irati dependientes de Picatúa habían roto el fuego, y que la tropa se hallaba colocada según le tenía prevenido; con cuyo aviso providenció Vadillo que su Teniente Coronel el Conde de Foncalada volviese a Ochagavía a alamar al paisanage y activar las órdenes que le fuese comunicando; tomada esta providencia se dirigió al punto insinuado de Picatúa, con toda su tropa, y lo reforzó con una compañía, observando a la salida del sol que los enemigos por todas partes avanzaban y cargaban, haciendo más esfuerzo en forzar el reducto de Medina Siloa, despreciando sus tropas el continuo fuego que se les hacía, y penetrando hasta el labio del foso, donde fueron recha-

zados por las granadas, mosquetería y fusilería. En este tiempo dos columnas se apoderaron de Picatúa, tomándolo por sus costados y espalda, y replegándose la gente de este puesto a los inmediatos bosques, con cuya falta batieron por segunda vez francamente el reducto, rodeándolo por todos sus lados, y haciendo fuego contra él dos republicanos que conducían, intimando en este instante su rendición a su Comandante el Capitán de Infantería D. Isidoro Zereceda, el qual en tan críticas circunstancias, se propuso abandonarlo por faltarle ya las granadas, en quien fundaba la esperanza de poderse sostener y lo verificó arrojándose él y su tropa con valor por una ladera casi inaccesible, retirándose también al bosque.»

«Situados los enemigos con ventaja, le fué preciso a Vadillo con el resto de sus fuerzas retirarse al amparo del citado bosque para rehacerse en él y obrar con oportunidad; así lo hizo y habiéndose reunido la tropa de los puestos replegados, y bastante número de paisanos, determinó atacarlos para recuperar el perdido reducto, para lo qual formó una columna de 300 hombres, a la que hizo extender y aparentar más fuerza y fondo de la que constaba, dividiéndola en dos divisiones, la una a cargo del Capitán D. Bernardo Verde con su subalterno D. Juan Simón González, y la otra al de D. Martín Francisco Ochoa, el que tenía por subalterno a D. Gabriel Antonio Macho, Comandante de los paisanos, y les previno atacasen por derecha e izquierda, mientras él lo ejecutaba con el resto de la gente por el frente; previniendo a todos que no hiciesen fuego, que se despreciase el del contrario y forzase el reducto con la bayoneta, cuyo decidido empeño, visto por el enemigo, así que estuvo la tropa a medio tiro, lo abandonó en fuga, cuyo ejemplo siguieron todos los demás puestos tomados por él; se les persiguió por nuestra parte hasta la noche, y recuperando los rebaños de ganado que se llevaban, dispuso el Marqués, después de dejar la gente que conceptuó propia en sus puestos, que a la restante se le diese el justo y merecido descanso retirándose con ella a Ochagavía.»

«Elogia el valor y serenidad de los oficiales en general de su Cuerpo, como asimismo el de los paisanos del valle, y no me queda duda que se han conducido bien, reservándose el recomendar los que se hayan distinguido para cuando esté escrupulosamente informado.»

«La pérdida del enemigo no ha sido corta según expresa el mismo Marqués, y la nuestra consiste en cuatro paisanos muertos, cinco heridos, siete contusos y seis prisioneros; diez soldados muertos incluso un sargento, ocho heridos y veintiséis contusos.»

Pero esta referencia oficial del suceso, no nos da exacta cuenta de su verdadera significación; no encaja por así decirlo, en el orden general de los hechos según las demás referencias de que puede disponerse y aparecen como un episodio aislado, como una acción independiente, acaso como un reconocimiento, sin un verdadero objetivo táctico que alcanzar. Por otra parte, el incidente del fuerte de Medina-Siloa figura como acontecido en una acción de guerra que no es, desde

luego, la de que se trata por corresponder a la invasión del valle de Roncesvalles, equivocadamente atribuída por Marcillac al 15 de agosto, cuando hubo de realizarse el 15 de octubre. Desde luego, por lo que hace referencia al relato de esta acción del día 15, reseñada por la *Gaceta de Madrid*, recuperadas las posiciones perdidas por los españoles no cambió en nada la situación de los frentes.

Salvajes expediciones de los revolucionarios franceses por Azpeitia, Azcoitia, Elgóibar y otros lugares de la costa

Imposibilitado Moncey de llevar a cabo sus razonables planes de campaña, hubo de acceder a las exigencias de Pinet que pudo ver satisfechos sus deseos en las dos expediciones llevadas a cabo por las tropas francesas, el 26 de agosto, el 28 y el 29 del mismo, en Guipúzcoa y la frontera con Vizcaya, las que procediendo como auténticas hordas salvajes dieron amplia expansión a sus criminales instintos. No deja de dar cuenta la información oficial de estas razias revolucionarias, y en la *Gaceta del viernes*, 5 de septiembre, se expone: «En la villa de Elgóibar se recibió el 26 por la tarde aviso de que 200 soldados franceses estaban en Azpeitia amenazando adelantarse hasta aquel pueblo, cuyos vecinos se han manifestado enemigos suyos, y constantes defensores de la Religión y del Rey. Se tocó a rebato en la Iglesia matriz y en sus anexas de Alzola y Mendaro: y destinándose para custodia de la población 50 hombres, y una partida para la de Mendaro, se nombraron por Capitanes de otros 180 paisanos al licenciado D. Pedro Martín de Larrumbide, D. Joseph Ignacio de Arriola y Muguruza, y don Francisco Ignacio de Zavala y Eztarain, que pasaron a ocupar el monte de Azcárate, punto único por donde podían acometer los enemigos. Allí permaneció la gente hasta las tres de la mañana, colocando avanzadas en las partes más expuestas para armarse mejor y abastecerse de municiones, se tomó el acuerdo de bajar a Azcoitia, distante una legua larga, y apoderarse de las armas embargadas ya para los franceses por orden de la Diputación de Guipúzcoa. Al rayar el día 27 se presentó toda la partida en la plaza de aquella villa, y ocupando las calles subieron los capitanes a la Casa Concejal, y tomaron 130 fusiles y todas las balas. Recorrieron luego el pueblo para obligar a que los sigiesen algunos vecinos, hasta que advirtiendo sus favorables disposiciones, suspendieron esta diligencia. Entonces se tuvo noticia de que los enemigos habían inventariado la plata del riquísimo Santuario de Loyola, a media legua de allí, en donde no hallando toda la que creían, llevaron en rehenes al alcalde de Azpeitia hasta que se presentase la demás. Desde luego pasó dicha gente de Elgóibar a aquel Santuario para libertar del poder de los franceses la efigie reliquia: esto es, un dedo de

San Ignacio, y sacar toda la plata. Se ofreció a acompañarlos D. Juan Martín de Elorza, y en el camino adquirieron varios carros de caxa. Llegados a la capilla del Santo forzaron las puertas, y en una hora de tiempo cargaron cinco carros con plata y ornamentos: ejecutándolo con la mayor precipitación por observarse que tocaban a rebato en Azpeitia, y que una partida al parecer de franceses estaba ya a media legua en el monte de Emparan. Inmediatamente que sacaron el quinto carro, les hicieron fuego que duró tres horas durante cinco cuartos de legua. De este modo rescataron toda la presa y la condujeron a esta ciudad, en la cual y en todos los pueblos de tránsito se han hecho funciones solemnes al Santo, llevando en procesión sus reliquias, y causando su presencia mucha ternura en sus habitantes."

Una carta recibida de Pamplona, en 18 de agosto, y que figura en la *Gaceta* del día 26 del mismo, se expone textualmente lo siguiente: «Los enemigos se mantienen por Tolosa, fortificándose y haciendo conducir el trigo de los almacenes a Bayona. Por Azcoitia y algunos otros lugares de la costa se han dejado ver, y en un carro se han llevado un San Ignacio de plata, que había en aquella villa; y como su fin no es otro que robar, se alzan con todo el dinero y la plata, y van dejando asignados. En San Sebastián, según muchos testigos oculares que se han escapado, han cometido mil excesos, y han faltado a todo quanto habían prometido. Aunque es verdad que se ha celebrado el Santo Sacrificio en las iglesias, las han profanado los franceses entrando en ellas con los sombreros puestos; y algunas efigies que se hallaban en las fachadas las han hecho astillas para guisar los ranchos. En Fuenterrabía han vestido a un santo de guardia nacional, y con un fusil le han puesto de centinela en la muralla; y lo mismo han hecho con una imagen de nuestra Señora, habiéndola vestido ridículamente con una espada en la mano. Los paisanos ya lloran su desgracia, y los franceses no cesan de publicar bandos para que todos entreguen las armas, y declaren el dinero y plata que tienen para convertirla en asignados, habiendo además trasladado a Bayona toda la tropa, y hasta los efectos de los hospitales. El alcalde Michelena no sale de casa sin una guardia de doce hombres, y le han embargado todos sus bienes. Todas las casas que se hallaban cerradas las han abierto, han sacado los muchos efectos que contenían y los están embarcando para Bayona. Algunos religiosos, que estaban en los hospitales, se quejan mucho del modo con que los han tratado. En algunos lugares no se contentan con quitar todo género de armas, sino hasta el hierro de los balcones; y cuando no les quieren recibir los asignados en pago de lo que comen y beben, se van sin pagar y éste es su modo de proceder, el que se va publicando por todas partes.»

Los alaveses atacan a los invasores

Pero no dejó de haber resistencia por parte de los vascongados. Y si es cierto que el 26 por la mañana, 200 franceses pasaron a Azpeitia y se apoderaron de parte del tesoro de Loyola, marchando seguidamente sobre Elgóibar, cargando cinco carretas con los despojos de la Iglesia de este lugar, no está menos comprobado que los alaveses, que en aquellas montañas se encontraban, les fueron molestando constantemente en los malos pasos de Azpeitia a Elgóibar, y reunidos en este último punto a varios paisanos atacaron a las tropas que custodiaban el convoy, y después de tres horas de un combate encarnizado, tomaron las carretas y llevaron a Vitoria en triunfo aquellos objetos de culto y adoración; causando a los franceses quince muertos y copando un destacamento compuesto de diecisiete soldados y dos guías que fueron fusilados. El enemigo hubo de retirarse a Tolosa después de este desastre.

Ciento dieciséis fueron las casas quemadas en Eibar, al llegar el 29 a Ermúa, y después de una valiente defensa de sus habitantes que se habían fortificado en la ermita de San Lorenzo, penetraron en el pueblo quemándolo casi por completo. Advertido de ello el primer Tercio vizcaíno de guarnición en Durango, sale de la localidad a marchas forzadas y llega por la noche al destruido pueblo, cuando el enemigo, avisado por traidores espías, se había retirado precipitadamente a Tolosa. «Horribles destrozos hicieron los franceses en ésta y otra expedición que simultáneamente realizaron por Deva, Ondárroa y Barriatúa». Y comentando todos estos hechos de que da cuenta González de Echávarri, expone: «Y para que no se crea que exageramos, tomaremos de un documento que inserta D. Fermín Lasala en su obra ya citada, la descripción. Se titula el tal documento «Consideraciones expuestas al Comité de Salud Pública respecto al país conquistado por el Ejército de los Pirineos occidentales», al pie sólo lleva las antefirmas: «El General de Brigada», «El Ayudante General» y la fecha 30 Germinal, año 3 (9 abril 1795), y uno de sus párrafos dice así: «La capitulación de San Sebastián fué violada; se estableció allí una comisión municipal formada de hombres que no podían tener la confianza del pueblo; se aprovechó la circunstancia de un terror público que, asustando a algunas mujeres, produjo desorden en la ciudad, para cerrar las iglesias. Los curas fueron arrestados, también las monjas fueron arrancadas de sus asilos, amontonadas en carretas, y bajo escolta de húsares atravesaron el país conquistado y llegaron a Bayona. Podéis pensar la impresión que esta conducta hizo en un pueblo tan fanático como el español... Algunos habitantes de Barriatúa o de Lequeitio habían venido a tomar grano a Deva de donde nuestros puestos de vanguardia distaban entonces más de tres leguas. Se aprovechó esta circunstancia pretendiendo que el grano era nuestro,

y se resolvió tomar venganza. Se concibió un proyecto de ataque (este proyecto se asemejaba a los llevados a cabo en la Vendée, donde fueron tan justamente reprobados por la Convención nacional); consistía en poner un desierto entre Vizcaya y Guipúzcoa. Hubo ciudadanos que presentaron observaciones: ni siquiera fueron escuchados. Ni siquiera fué consultado el General en Jefe, y quizás por vez primera se hizo mover tropas en un ejército sin que quien lo manda y es responsable fuese advertido. El plan se ejecutó con la misma barbarie con que fué imaginado. Se anduvieron doce o quince leguas en el país. Erruña, Ondárroa y Barriatúa, grandes aldeas en medio de montañas y valles deliciosos, vieron por primera vez franceses y los vieron con el hierro y la tea en la mano, violadores de la humanidad y de sus derechos más sagrados. Todo fué reducido a ceniza. Sobre todo la columna guiada por un tal Caussonne, antiguo Presidente del Tribunal revolucionario, establecido por los representantes Pinet y Cavaignac, cometió horrores inauditos hasta entonces; las mujeres fueron violadas, los desgraciados habitantes que pedían de rodillas se les dejase la vida fueron fusilados. Se llevó la barbarie hasta matar un cura y devolverlo en tal estado». Así habla un General francés de estas marchas, y el escritor francés Marcillac, las llama «expediciones de pillaje»; ¿extrañará ahora lo que íbamos nosotros diciendo?

**Informaciones de Marcillac y la
Gaceta de Madrid (14 de octubre)**

Marcillac, al informar que el 28 del mes de agosto otro destacamento enemigo se presentó del lado de Iciar y llegó hasta Ondárroa y Barriatúa, declara: «En estos pueblos cometió los mismos sacrilegios y crueidades que los otros sitios, robando las iglesias, quemando las casas y abandonándose a todos los excesos propios de una soldadesca desenfrenada». Y confirma lo anteriormente expuesto, añadiendo que este destacamento, que debía dirigirse a Lequeitio, al encontrar los pasos guardados o defendidos por los naturales, se retiró, habiendo apresado veinte individuos del pueblo de Ondárroa. Todas estas expediciones, que el propio Beaulac califica de novelescas (romanesques), hicieron todavía más temible el nombre de Pinet, comparado desde este momento a los *vieux de la montagne*.

Esta breve referencia del historiador francés viene suficientemente ampliada por la *Gaceta de Madrid*, del martes 14 de octubre, en la que se decía: «El Señorío de Vizcaya en carta de 30 del mes próximo pasado ha dado el parte que sigue a la letra, reducido a que no pudieron estorbar al enemigo su entrada en el pueblo de Ondárroa, donde cometió sus excesos acostumbrados, y a las medidas que tomaron para contenerle e impedir se interiorizase.» Por el contenido de esta carta se venía en conocimiento de los detalles del suceso, concluyéndose por in-

dicar: «Que los daños causados por los enemigos consisten en nueve casas quemadas en Barriatúa, dos antes de la entrada en Ondárroa, y todo este pueblo a excepción de la iglesia, la ermita de la Antigua y una casa. Que profanaron los santos lugares, derribando imágenes y abriendo violentamente el Sagrario. Que han cometido las mayores atrocidades y crueidades, hasta llegar al extremo de ir mutilando los miembros de un infeliz vecino de Gorocica (1), de modo que le hicieron padecer un penoso martirio, pues expiró al cabo de dos días; y para llegar al colmo de la barbarie, parece que ejecutaron el sacrificio a presencia de su propia mujer, según se dice. Que además del saqueo y pillaje han cometido tales violencias con el sexo débil, que el pudor no permite referirlas. Que cuando salieron de Ondárroa llevaron consigo hasta veinte vecinos de una misma villa.»

Según la versión de que se trata, el Comandante del puesto de Ondárroa, el 28 de agosto, al tener noticias que los enemigos se hallan en lo alto de Iciar, tomó la providencia de juntar la tropa en la plaza de Ondárroa, para deliberar el punto de defensa que había de tomar, pues contemplaba que el quedarse en el pueblo era exponerse a ser cortada la tropa y de ninguna utilidad en atención a que está situado en un punto que tomadas las alturas podían los enemigos ofenderlos impunemente. Ello le obligó, en efecto, a disponer la retirada.

Pero, tanto Pinet como Cavaignac, hubieron de sufrir el consiguiente castigo, dado que, poco tiempo después de todos estos acontecimientos, vieron expirar el término de su dominación preconsular. Y afirma el ciudadano historiador que: «Hasta el último momento Pinet sostuvo su carácter altanero y revolucionario como si ignorara el nuevo matiz que iba tomando el espíritu público en el interior de la República. Cavaignac, subyugado desde hacía largo tiempo por la influencia de su colega, llevó por lo menos al ánimo de su compañero los consuelos de la amistad. Delcher, Baudot y Garrau, fueron los nuevos representantes». No es injusta la condenación que de la conducta de Pinet formulan los historiadores o comentaristas españoles. Es la propia información francesa, la que manifiesta como: «Por orden de este comisario, columnas móviles mandadas por hombres tan feroces como él recorrieron el país en distintas direcciones esparciendo por doquier el terror y la desolación».

Es por todos conceptos interesante la labor política llevada a cabo por este hombre sanguinario durante su período de representante de la Convención en el Ejército francés de los Pirineos occidentales. En San Sebastián organizó Pinet una Comisión municipal y de vigilancia, compuesta de algunos franceses y otros españoles, cuyos nombres no queremos recordar, ya que no desdeñaron la tarea de administrar a sus convecinos bajo la inspiración o la férula del feroz procónsul y aún de recibir la gratificación que por entonces se daba a los ediles de su

(1) Goyerría.

categoría en Francia. No debió aceptarla de grado el pueblo; porque, así en las disposiciones de los representantes franceses como en las actas de la Comisión puede observarse esa tendencia repulsiva del pueblo a obedecer preceptos que seguramente no estaban conformes con los Fueros, de cuyo goce tanto se cuidaban pocos días antes frente al Gobierno español y sus delegados. Se dictaron órdenes para la compra y venta en los mercados, el cambio de género y de moneda; se procedió a multas, embargos y confiscaciones; prohibióse la emigración, no sólo a las provincias y ciudades no conquistadas todavía, sino hasta los lugares inmediatos y las casas de campo; se hizo presos a varios notables, de los que algunos eran diputados, entregándolos a las severidades del General Dessein, gobernador de la plaza; se despidió de sus conventos a los frailes y monjas, enviando a todos a Bayona en calidad de rehenes, sellando, además, las iglesias para inmediatamente después saquearlas de sus alhajas y ornamentos; se vedó el uso de las capas y capotes con pretexto de un pequeño motín provocado por tantas arbitrariedades; y, a vuelta de fusilar algunos de sus promovedores, se alzó en la plaza la guillotina, compañera inseparable de los famosos comisarios de la Convención (Gómez de Arteche) (1).

La marcha desastrosa de los acontecimientos influye en el ánimo del pueblo español. Jómini considera posible todavía la defensa española. El Gobierno de Madrid adopta la idea de una leva en masa

Sucesos tan desgraciados que de tal modo amenazaban la seguridad de España, habían de conmover sobremanera el ánimo del país. Y llevado de su espíritu religioso hubo de implorarse la bendición del Cielo sobre las armas españolas, ordenándose por las autoridades eclesiásticas de todas las provincias, cultos públicos durante nueve días en todas las Iglesias, que fueron llevados a cabo con todo el celo posible por parte del Clero y con la fervorosa asistencia de las poblaciones. No

(1) Una vez más hemos de recordar que el sanguinario Pinet, en su anhelo revolucionario, vino, sin advertirlo, a infringir a los separatistas de Guipúzcoa el merecido castigo. Según lo indica el general historiador que hemos citado: «Entre los papeles de la llamada «Colección de Vargas Ponce», existente en la Biblioteca de la Academia de la Historia, se encuentra el oficio de 6 Fructidor (23 de agosto) de aquel año de 1794, suscrito por los representantes ariba citados, en que rechazan la pretensión de los hombres de Guetaria para que se constituya Guipúzcoa en República separada y sin que los franceses traten de mezclarse para nada en sus asuntos; pero, aún así, obligándose a defenderla. Por el contrario, Pinet, les exigía juraran formar parte de la Francia en el concepto de que, de no hacerlo a las veinticuatro horas, sería tratada la provincia como país conquistado, cosa con que no necesitaba ciertamente amenazarla porque no otra hizo desde la entrada de sus compatriotas en San Sebastián.

podía, por su parte, el Gobierno de Carlos IV mantenerse inactivo, y, efectivamente, convocando un Consejo extraordinario, después de un detenido examen de las dificultades que podría experimentar el reclutamiento de 30.000 hombres, que había sido decretado desde los primeros días del año y de las pocas tropas de que podía disponerse en el interior de la Nación, adoptó la idea de la leva en masa que había propuesto Caro. Y expone el historiador Jóminí, que aunque fuese adoptada esta idea demasiado tarde para alcanzarse de ella todo el fruto que podía prometerse, la presura de los vizcaínos a marchar al frente de combate, prueba que tomada a tiempo, hubiera salvado la línea de defensa que se acababa de perder. «Por otra parte—sigue diciendo—, la indecisión del general francés, la mala inteligencia que reinaba entre él y los representantes favorecían mucho la realización de estas levas dándolas tiempo para organizarse, prestando más apoyo en favor de Colomera que los 200 guardias de Corps, el pequeño número de walones reclutados apresuradamente y los paisanos de Vizcaya o de la provincia de Alava, que reforzaron el cordón de tropas por él establecido.»

Notas favorables en medio de lo crítico de la situación. Patriótica conducta de Navarra. El Párroco y pueblo de Oñate. Optimismo de la Marquesa de Lozoya

No todo es abatimiento y desconsuelo en el cuadro general de esta desdichada situación de la causa española en momentos tan críticos. Ya antes del mes de agosto, el Conde de Colomera en carta escrita desde Tolosa, que figura en la *Gaceta de Madrid*, del viernes 22 de agosto, podía declarar cómo: «En medio de las desgracias veo con sumo gusto el amor del reino de Navarra hacia la persona de S. M., pues no cesa de facilitar cuantos auxilios se le piden, haciendo no pequeño servicio en el crecido número de carros y acémilas de carga que acaba de aprobar para retirar el infinito trigo que se hallaba acopiado en almacenes en esta inmediación, haciendo lo mismo con las municiones y pertrechos de guerra, que no juzgo aquí del caso». La declaración no puede ser más expresa y terminante. Navarra ponía de manifiesto, una vez más, la nobleza de su espíritu.

La pérdida de San Sebastián y la de Fuenterrabía; el abandono por parte de las tropas españolas de Tolosa, no abatían el ánimo de la Marquesa de Lozoya, que, en carta escrita en Pamplona el 18 de agosto, comunicaba a su mayordomo de Segovia: «Permanecen los enemigos en Tolosa atrincherándose fuertemente y cortados los puentes para que no los acometamos, por lo cual se cree que no tienen tantas fuerzas como creíamos, y que no vendrán tan brebe a poner sitio a Pamplona, de donde por aquella parte distan como siete leguas.

»También en San Sebastián están recogiendo todo lo precioso, y aún hasta los balcones de ierro, que indica el que no piensan los enemigos en permanecer en España, o que temen los hagamos salir, como prudentemente se cree, pues ia han llegado los siete mil quintos gallegos a Bilbao, y en aquellos mares permanece la escuadra de Borja, que infunde terror, así a los franceses como a los provincianos, quienes ia están mui arrepentidos, pues temen nuestro enojo, y al mismo tiempo esperimentan en los enemigos distinto trato del que creian, porque les quitaron todo el dinero y en su lugar les dieron asignatos.

»Los Vizcaínos y Alabeses se están instruyendo en el manejo de las armas, y con la guarnición de Madrid, que ia ha llegado, se animan mucho y no se duda rechazarán al enemigo si intentase pasar adelante, que no piensa en ello, pues no pasó una legua de Tolosa.

»Rugómez, con quatro cañones, salió el 12 para Vitoria, y se han colocado en el Puerto de Salinas, que es Sitio el más aproposito para que doscientos hombres rechacen a dos mil.

»Concluio diciendo que las cosas no van tan mal y que pronto mudarán de aspecto; así lo quiera Dios.»

Este optimismo de la noble dama se confirma una vez más, cuando en otra misiva suya del 25 de agosto, escribía: «Nada hai de nuevo que merezca la pena de escribirse; principian, sí, a llegar a Vitoria las tropas y, aquí llegaron antes de aier quince obuses de nueva imbeción, que todo confirma el que la Corte, desengañada, mira ia estas cosas con más atención. Dios la dé todo acierto para componerlas, que bien se necesita.»

Y no sólo era la Marquesa de Lozoya la que se manifestaba en estos términos. En la *Gaceta* del 9 de septiembre, se hace constar que: «La villa de Oñate, en representación de 22 de agosto, dirigida al Excmo. Señor Duque de la Alcudia, dice que durante la guerra ha coadyuvado voluntariamente a Guipúzcoa con un tercio de 100 hombres, y quando la irrupción nombró diputados que ofreciesen para aquel ejército todos los vecinos de la villa, los quales esperan impacientes la orden de tomar las armas, estando dispuestos a sacrificar sus bienes y sus vidas en defensa de nuestra Santa Fe, y por amor y fidelidad al Rey y a la Patria.»

Asimismo, se hace constar en la *Gaceta de Madrid*, de la indicada fecha, que don Agustín de Iraola, cura de la parroquial de la Asunción de Elgueta, representaba en escrito del 23, «la firmeza de los feligreses de aquel dilatado distrito en defender hasta derramar la última gota de sangre la Religión Católica y en el servicio de S. M.; y que desean los manden unirse con las tropas y paisanage de las tres provincias para ayudar a aniquilar a los enemigos. Ofrece dicho Párroco el sacrificio de su vida por los mismos fines, y pide se le destine donde se conceptúe pueda ser útil». Y la villa de Elgóibar, en Guipúzcoa, exponía en representación del 24 del propio mes: «Que todo aquel vecindario y común está ansioso de incorporarse con el ejército, y dar una solidísima prueba de lealtad y amor a la Religión y al Rey a consta de

sus mismas vidas». Y como prueba del estado de ánimo individual, manifestábase igualmente, en el órgano oficial de publicidad, que: «Para el servicio de los hospitales de campaña del Exército de Aragón han entregado a aquél Intendente doña Catalina Lázaro y doña Marta Antonia Domínguez, vecinas de la ciudad de Zaragoza, en el presente año hasta 95 libras de hilas finas, cuya laudable caridad ha sido muy grata a Su Majestad.»

Actitud de la Junta a Guerra alavesa. Junta de diputados en Mondragón. Navarra se dispone a organizar cuatro batallones de tropas ligeras. Significación de estas medidas

Pero este espíritu y voluntad de reacción diligente y patriótica, se concretaba, en muchos casos, en un hecho positivo, en un organismo apropiado. Al día siguiente a la entrada de los franceses en Guetaria, o sea, el 27 de agosto, la Junta a guerra alavesa, presidida por Verástegui, circulaba por los pueblos de Guipúzcoa: «Una hoja impresa excitando a los fieles guipuzcoanos para que nombren una Diputación en quien deleguen toda su autoridad y facultades para que sean más uniformes, activas y eficaces sus gestiones, más fáciles de atraer los demás pueblos y para vindicar cualquiera voz esparcida contra la constante lealtad del Cuerpo universal de la Provincia de Guipúzcoa; y esta idea así vertida, hace avivar más y más, si no el patriotismo, la actividad de la Junta de Salinas, y el alcalde de Mondragón cita para el día primero a una reunión en dicha villa, de los pueblos no sujetos al invasor.»

Este hecho estaba plenamente reconocido por la información oficial, que en la *Gaceta* del martes, 16 de septiembre, daba al conocimiento público la siguiente referencia. «Vitoria, 6 de septiembre.—Escriben de Mondragón, con fecha del 2, que aquella villa y las demás de la provincia de Guipúzcoa, que se han mantenido fieles al Rey, y se la han agregado, dieron principio a sus Juntas el día anterior, nombrando por diputados: de Mondragón, al Conde de Villafranca; de Vergara, a don Joseph de Murúa y Eulate, y de Escoriaza, a D. Ramón de Gastanadía; por asesor y Secretario a D. Joseph Vicente y D. Joseph Mateo de Eri, tío y sobrino; por Sargentos Mayores a D. Esteban de Viguri, don Luis y D. Antonio de Oyarzábal; por ayudantes a D. Miguel de Charrualde y D. Pedro Joseph de Urreta; habilitado a D. Pedro Antonio de Vicuña, y Tesorero a D. Joseph Ignacio de Mendía, vecino de Escoriaza. Queda reservado a la Diputación el nombramiento de Diputado general». Y en esta misma *Gaceta*, se advertía que: «Los enemigos hacen correr la voz de que han recibido refuerzos, pero sus opera-

ciones lo contradicen. En Eibar ha quedado 116 casas, y Ermúa sólo han dexado cinco. Se llevaron los copones, tirando las Formas por el suelo, donde permanecieron hasta el día siguiente, que un molinero las levantó y puso sobre el altar. Entre los muertos de Ermúa se cuenta a don Manuel de Ribas, a quien dieron los franceses, antes de matarle, el más horrible martirio.»

En 5 de septiembre, todavía desde Pamplona, podía escribir la Marquesa de Lozoya que: «Los enemigos permanecen mui sosegados en Tolosa, donde se fortifican temiendo ser arrojados por los nuestros, pues se va poniendo respetable este exército, así con los muchos quintos como con los Regimientos que van llegando y los que llegarán de Galicia, Aragón y aún Cataluña. Ya están en las inmediaciones de esta plaza dos regimientos de caballería más de los que había, y de infantería, el de las Ordenes, Princesa, y muchos terceros batallones que sólo eran en el nombre, ahora están completos. Los navarros, desengañados ya de que los paisanos nada sirven, van a poner mui pronto cuatro batallones de tropas ligeras, de suerte que aora ya se va poniendo en todo este exército, y esperamos en Dios mudarán las cosas. Yo me persuado de que con tanto regimiento descansado, y luego que lleguen tres de milicias de Galicia, relebarán a Luis, pues sin embargo de que nada he dicho al Virrey, él vien conoce lo mucho que ha trabajado nuestro Regimiento.»

No se engañaba la Marquesa en comunicar a su mayordomo que los franceses realizaban obras de fortificación y de defensa en Tolosa, mas sí en suponer que esto significaba estar dispuestos a mantener un estado de quietud. Como veremos en el capítulo siguiente, el General Moncey, ante las negativas de Pinet primero, y de Garrau después, viéndose imposibilitado de llevar a cabo sus planes de establecer una línea más fuerte colocándose en condiciones de poder llevar a cabo una ofensiva a fondo, hubo de dedicarse, en efecto, para no dejar comprometida su posición en Tolosa, seriamente amenazada de un ataque de flancos a adoptar una actitud defensiva, disponiendo la realización de obras que garantizasen la seguridad de la misma y lanzar golpes de mano con el fin de causar desperfectos en la gran Vía internacional que desde Francia conducía a la capital de España.

Y respecto de la eficacia que pudiera tener la organización de los nuevos batallones navarros, Marcillac comenta: «Navarra dió también pruebas de fidelidad y facilitó un contingente considerable. Pero ¿qué pueden realizar masas reclutadas apresuradamente, después de las derrotas y contra tropas victoriosas? Y si a continuación el historiador francés del siglo XVIII afirma, que este sistema de reclutamiento en aquel tiempo «es demasiado rápido para que pueda esperarse algún éxito de estas medidas tomadas en el desorden y en la confusión», ¿qué pudiéramos nosotros decir en la época presente?

CAPITULO XII

MONCEY LOGRA PONER EN EJECUCION UN PLAN OFENSIVO

Moncey concibe un plan ofensivo del que da cuenta en un consejo de guerra. Oposición del representante Garrau y del Comité de Salud Pública. Opinión de Jomini. Sus inconvenientes



ONCEY, libre ya de la presencia del imperioso revolucionario Pinet, pensó en reunir todas las fuerzas que operaban al flanco de su frente ofensivo y se hallaban diseminadas en Guetaria y otros fuertes de la costa, retirando la vanguardia de la división de Fregeville a Andoain y el Cuerpo de batalla a Hernani, detrás del río Oria, a fin de mejor ligarla a la división de Laborde, pudiendo en esta situación esperar a los quince batallones enviados desde la Vendée y con fuerzas ya suficientes, continuar con garantías de éxito la ofensiva tan fructuosamente iniciada.

En un consejo de guerra, en el que todos los generales fueron consultados con la asistencia, como es natural, del representante Garrau, el General en Jefe de Ejército francés de los Pirineos occidentales, dió cuenta de su plan abiertamente. Garrau se opuso terminantemente, pretextando que la conquista de Tolosa había tenido demasiada resonancia para poder abandonarla sin verse obligado a ello a causa de los sucesos de la guerra. Era, pues, necesario esperar la decisión del Comité de Salud Pública, que lejos de aprobar la marcha retrógrada, autorizó tan sólo la evacuación de Guetaria y prescribió la reunión de las divisiones de Fregeville y Laborde, trasladándose aceleradamente por Lanz y Lecumberri a Pamplona, en tanto que las divisiones de la iz-

quierda rechazarían a los españoles de Orbaiceta, de Roncesvalles y de Burguete.

Jómini, que así nos da cuenta de la marcha de los acontecimientos, opina que: «Este proyecto, que consistía en destrozar la derecha del enemigo, como acababa ya de aniquilar su centro y su izquierda, estaba concebido con arreglo a los buenos principios del arte militar: pero su ejecución, confiada a diez columnas diseminadas, operando en un radio de acción de veinticinco leguas a través de valles desprovistos de comunicaciones transversales, se hallaba sujeto a encontrar bastantes obstáculos y proporcionaba materia suficiente a más de un comentarista.»

Nuevo plan de Moncey. Sometido el 7 de septiembre a la aprobación de un consejo de guerra es aceptado. Comentarios sobre el mismo

Este nuevo plan de ejecución concebido por Moncey conforme a las prescripciones que se le habían impuesto, fué de nuevo sometido, el 7 de septiembre, a un consejo de guerra que hubo de aprobarlo y enviarlo en seguida al Comité del que obtuvo igualmente la aprobación. «Consistía en presentar las cabezas de las columnas ante los principales puntos de la línea enemiga; hacer atacar algunos y formar, por la reunión de varias divisiones, un cuerpo elegido, que se labraría un paso a viva fuerza y tomaría posición entre la derecha de los españoles y la plaza de Pamplona. A este efecto, una parte de la división Marbot, debía marchar por Ochagavia a Villanueva para envolver las tropas del Duque de Osuna establecidas en Orbaiceta y Roncesvalles, en tanto que la brigada Roucher se dirigiría sobre la fundición por el monte Abody. El General Mauco con cinco batallones, avanzaría por el gran camino de Orisson por Altoviscar, para asaltar de frente el campo de Lindús, mantenido por Mendizábal, al propio tiempo que tres batallones destacados por Berderitz y Almandoz, inquietarían sus flancos. Estas tropas debían en seguida perseguir al enemigo desde el momento que realizara algún movimiento para evitar el ser envuelto, fuése por la columna Marbot o bien por la de trece batallones, doscientos caballos y una batería ligera, que al mando de Laborde, debía desembocar por el coll de Velate hacia Lanz, y arrojando a un lado la brigada Filangiere, avanzar hasta la retaguardia del Duque de Osuna, cortándole toda comunicación con Pamplona y estableciéndose entre Zubiri y Burguete. Cinco batallones, viendo de Maya, fueron destinados a flanquear esta última columna y a tomar posición en Aycoa, a las órdenes del general Digonet. Finalmente, el ala derecha secundaria la empresa por un movimiento sobre las montañas de Gorriti.»

Como era de esperar, no deja Jómini sin el debido comentario este

plan ofensivo. «Puede verse—arguye—por la distancia de las columnas y los obstáculos insuperables que las separaba, cómo le hubiera sido fácil a Urrutia hacer fracasar esta empresa. No se trataba, para ello de otra cosa, que abandonar a tiempo algunos valles y concentrarse en la llanura de Pamplona, a fin de rechazar sucesivamente, con la masa de estas fuerzas, todas las columnas a medida que ellas desembocasen de los valles de Roncesvalles, Erro, Euguí y Lanz. Pero no fué así. los españoles se creyeron inatacables detrás de sus atrincheramientos y fueron batidos totalmente, rechazados, no obstante la disposición demasiado extendida, de sus adversarios.»

Mas, como lo indica el historiador militar que nos ocupa, un ataque de esta naturaleza requería muchos movimientos preparatorios, por ello no pudo realizarse hasta mediados del mes de octubre, transcurriendo el de septiembre, sin más novedad que la de algunos encuentros o golpes de mano de escasa importancia.

Los franceses tratan de penetrar en el valle de Aezcoa. Son por dos veces rechazados

El día 15 de septiembre, los vecinos del valle de Aezcoa tuvieron que rechazar una incursión francesa, y el día 21 volvieron a ser atacados, teniendo que huir los franceses con pérdida de cinco muertos, algunos heridos y unas pocas cabezas de ganado. Según carta de Colomera, del 22 del mes en cuestión, transcrita en la *Gaceta de Madrid* del martes 30: «A consecuencia de un cohete tirado a las siete y media de la noche del 16 por el campamento contrario de Mezquinza y correspondido por el de Berderitz, mandó el Brigadier D. Domingo Fernández Cueto, que se halla empleado en la Fábrica de Euguí, después de haber dado aviso al Mayor General de quien dependía, que estuviessen las avanzadas, patrullas y escuchas con la mayor vigilancia, y que el resto de la tropa se pusiese sobre las armas al romper el día, como siempre se practica, mandando hacer la descubierta precavida, la que encontró a varios cuerpos enemigos, tomadas las alturas y piedras llamadas de los Realistas, hasta donde regularmente llegan las nuestras, las que siendo cargadas por fuerzas considerablemente mayores, se repliegaron por Orzavearni a la entrada del bosque. Avisado Cueto de esta ocurrencia determinó su pronto socorro, mandando varios piquetes de su batallón del Príncipe, Provincial de Logroño, Voluntarios de Navarra y la alternación del mismo batallón, todos al cargo de su Sargento Mayor don Henrique de la Mata Linares, el que con sus buenas disposiciones, valor y serenidad de los oficiales y tropa, logró rechazar al enemigo, y perseguirlo en la fuga en que se puso hasta que juzgó conveniente, respecto a haber llegado a la vista de sus campos. El número de ellos sería de 600 a 800 hombres duplicado de los nuestros, que en ayunas y

con penosa subida los desalojaron de todas las alturas que ocupaban. La pérdida ha consistido en seis heridos de la mayor gravedad; y la del contrario, según se vió, debe de ser considerablemente mayor. Tanto D. Ventura Escalante como Cueto elogian el valor de los oficiales y soldados de la acción y no me queda duda que cada uno por sí, y todos en general, llenaron completamente sus deberes; lo que puede Vuestra Excelencia elevar a la noticia de S. M. para su conocimiento.»

Este parte de Colomera, en que se da cuenta de la acción dirigida por Cueto, nos evidencia cómo la operación del 15 de agosto, no acarreó la pérdida de la fábrica de Euguí como lo indica Marcillac, puesto que en esta fecha del 16 de septiembre todavía se hallaba en nuestro poder, y la información oficial viene a confirmar lo que la Marquesa de Lozoya, en carta escrita el 19 de septiembre, desde Pamplona, exponía. Decía esta señora: «Acavo de tener carta de Luis, en que me dice se halla, gracias a Dios, bueno, y con la satisfacción de haber nuestro regimiento rechazado gloriosamente a ochocientos franceses que intentaron antes de aír atacar la fábrica de Euguí por la parte de los Alduides; luego que nuestra descubierta oyó disparar un cohete en el campamento de Berderitz, y que se correspondió con otro en el que fué de nuestros realistas, dió parte, a Cueto, que era el comandante, el qual embió a reforzar los altos, los cuales ya estaban tomados por los Enemigos, pues nuestras avanzadas se venían retirando y haciendo fuego; y reforzadas éstas por una compañía de nuestro regimiento, mandada por Aguado, con otros socorros del del Príncipe y Logroño, y después por todo nuestro Regimiento, que ocupaba el centro, lograron rechazarlos, a satisfacción del general Escalante, que con el aviso llegó a tiempo, y trajo consigo cuatro compañías de granaderos de Castilla, y al Regimiento de África, pero éstos no vieron al Enemigo, al que se persiguió hasta dejarlo en su campamento de Berderitz; hubo tres heridos gravemente, que a la hora presente habrán muerto, y otros tres o cuatro levemente, todos del del Príncipe; pero con todo que no hubo desgracia alguna en nuestro regimiento, le alavan mucho, diciendo se portaron como leones, en especial la compañía de Aguado, que estaba más avanzada, a la que se fué Martínez de voluntario, e igualmente ha hecho fuego con ellos; en el parte que da Cueto alava a todos mucho y no deja de hacer conmemoración de ninguno.»

De este modo o en otros muy semejantes, hubo de llegar al conocimiento público el desarrollo de la acción de que se trata.

Gratitud del Monarca por la actitud de los navarros. Los franceses intentan hacerse dueños de las entradas a los valles de Salazar y de Roncal siendo rechazados

Es de interés, sin duda alguna, el hacer observar que en esta *Gaceta* del martes 30 de septiembre de 1794, una vez más se hacía pública la gratitud del Monarca por la conducta seguida por los navarros en todo momento: «El reino de Navarra—se dice en ella—continuando en dar nuevas pruebas de su constante lealtad y amor al Rey, ha ofrecido por medio de aquél Virrey presentar cuatro mil de sus bizarros naturales, para que regimentados y divididos en cuatro batallones hagan el servicio de tropas ligeras, como los dos batallones de voluntarios de su nombre que formó en el principio de la guerra y han hecho utilísimo servicio en toda ella. S. M. ha oído este extraordinario y brillante servicio con la complacencia que es consiguiente al ver el esmero y esfuerzo con que dicho Reino se interesa en la defensa pública y bien de su Real Servicio y se ha servido mandar se le manifieste así, como su Real gratitud.»

Y ciertamente que la Real Majestad no se engañaba. Los navarros seguían dando pruebas de su patriotismo y de su valor. Por estos mismos días, unos parciales intentos de castigo por parte de los franceses sobre los habitantes de los valles de Salazar y de Roncal, fueron duramente rechazados. La información oficial de la *Gaceta* nos daba cuenta de ello. La del 21 de octubre, decía lo siguiente: «El Sr. Conde de Colomera, en carta de 26 último, dice a la letra lo que sigue: «El Duque de Osuna, destinado en el mando de la derecha de este reino, en oficio de 25 del corriente me da aviso y traslada el parte que le dió don Manuel de Cagigal, Coronel agregado al Provincial de Valladolid, comandante interino de éste y de la defensa de los valles de Salazar y Roncal, que cubre con él, y cuatro compañías del Provincial de Soria, reduciéndose a expresar el ataque que intentaron los enemigos, que en sustancia es como sigue: «Que el día 17 descendieron los contrarios de sus puestos en bastante número, y con la idea al parecer de robar ganado y quemar nuestras bordas. Avisado Cagigal distribuyó sus tropas y paisanos en el mismo instante, dando el mando de la derecha al Conde viudo de Foncalada, Teniente Coronel del de Soria, con dos compañías del mismo Provincial, y el suficiente número de paisanos armados; y él tomó a su cuidado todo lo demás de la línea y costado izquierdo: acudiendo en tiempo tan oportuno, ayudados del valor, buen orden y disciplina, que lograron rechazar a los contrarios de las alturas y puntos que ya ocupaban, y persiguiéndolos hasta la vista de sus mismos atrincheramientos, sin más desgracias de nuestra parte que la de un paisano muerto, y según acreditó y señaló el reguero de la sangre, considera-

ble la de los enemigos. En esta pequeña acción asegura Cágigal que todos, los oficiales, tropa y paisanos, cumplieron exactamente con sus deberes, mostrando el mayor valor y los mejores deseos de sacrificarse hasta lo último.»

«En este mismo día hicieron también una tentativa por el valle de Roncal en número de 600 a 700 hombres; pero reunidos sus valerosos naturales los rechazaron, e hicieron poner en fuga precipitada, persiguiéndolos hasta dentro del territorio de Francia, y tomándoles un prisionero; sin que el valle experimentase otra falta que la de siete bajas que incendiaron. Estos vecinos son dignos de todo elogio por la bizarria y buena disposición con que se reúnen para obrar defensiva y ofensivamente en los casos de esta naturaleza: cuyos sucesos comunico a V. E. para que los eleve a la noticia del Rey.»

Efectivamente, la *Gaceta de Madrid* no mentía, según era opinión general entre el vulgo español, poco seguro de la información oficial. Los franceses atacaron los puestos roncaleses en el citado día 17 de septiembre, y acudiendo a contenerles los habitantes del valle de Roncal, sostienen dura batalla en los puestos de Urdate y Belay. Los revolucionarios tienen que ceder por fin al valiente empuje de aquellos bravos montañeses y su fuga es tan precipitada, y la persecución tan viva y cercana, que no pueden por menos de verse en la necesidad de izar bandera blanca. Una vez más los habitantes del valle de que se trata respondían a su noble tradición.

El Alto Mando español supone razonadamente que el enemigo ha de desarrollar una activa ofensiva. Las autoridades de Navarra y Vascongadas reclaman y ofrecen toda clase de auxilios

Aunque todos estos ataques franceses no revistieran importancia alguna, no debieron pasar inadvertidos para el Alto Mando español, que bien fuese por indecisión, o por falta de confianza en sus propios recursos, no podía considerar que el Ejército francés se mantuviese inactivo tras las ventajas que acababa de alcanzar. Las distintas autoridades civiles de las provincias vascongadas y de Navarra, no cesaban de reclamar a la autoridad militar toda clase de auxilios para poder hacer frente a los probables acontecimientos que se avecinaban. Las Cortes de esta última pedían auxilios para el valle de Salazar que se veía amenazado, y no eran concedidos. Ofrecían al Virrey todos los mozos útiles del Reino, o todos los naturales llamados en apellido, y éste contestaba que creía lo más conveniente que se organizasen los cuatro batallones que se había acordado formar, y el primero de los cuales hubo de nutrirse con los baxtaneses y los vecinos de los otros pueblos que

habían sido ocupados por el enemigo, decisión que hubo de satisfacer en alto grado al Rey, según hubo de manifestarlo a los naturales del país por conducto del ministro Conde de Campo Alange. Y como Navarra, igualmente las otras provincias vancongadas, conocedoras del peligro trataban de ponerse en condiciones de defensa.

**Ataque a las avanzadas de la
Fábrica de Orbaiceta (23 de sep-
tiembre)**

El día 23 de septiembre, fué el señalado por los revolucionarios para intentar un golpe de mano sobre las avanzadas de la fábrica de Orbaiceta, según lo hace constar el Duque de Osuna en carta fechada el 25 del mismo mes (*Gaceta de Madrid*, viernes 17 octubre), declarando que, el móvil no era otro que el vengarse de la derrota sufrida el día 21, así tratar de castigar a los vecinos del valle de Aezcoa por haberles rechazado el día 15, no sin daño. Según la referencia del Duque, su actuación al saber que los enemigos pensaban, en la mañana del día 23, atacar las mencionadas avanzadas con bastante fuerza, fué la siguiente: «Pasé inmediatamente aviso al Brigadier Marqués de la Cañada Ibáñez para que reforzase y previniese a sus avanzadas, comunicándole al mismo tiempo la orden que había dado para escarmentar al enemigo y contenerle en sus límites: consequentemente y sin pérdida de tiempo dispuse saliese de Roncesvalles un destacamento compuesto de un batallón de la Corona, el Regimiento de Avila, y algunos piquetes de infantería y caballería, a los órdenes del brigadier D. Carlos Masdeu, que aunque enfermo más de quatro días había, y no restablecido, solicitó con todo empeño ser empleado, con el fin de que empeñados los enemigos en su ataque, saliese a cortarlos en su retirada, al mismo tiempo que aumentaba la defensa de aquellos puestos: con efecto, los enemigos lo empezaron por los apostaderos de San Esteban, que oportunamente habían sido reforzados por disposición del Marqués de la Cañada con paisanos del valle, en los cuales fueron rechazados, y arreglado a las prevenciones del mismo, saliendo de allí a poco que empezó el ataque con una partida elegida del Regimiento de la Corona, su capitán D. Manuel de las Peñas, del puesto de las Arratacas, reforzada por parte de los destacamentos de Izpegui y Mendilaz, amenazando el flanco derecho de los enemigos, les hizo desistir de su empeño y empezar a retirarse. En este intervalo la columna de Masdeu llegó a las Arratacas, cuando ya los enemigos estaban empezados a batir, y dispuso reforzar la tropa de Peñas con una compañía del batallón de la Corona; apostó la de granaderos del propio Cuerpo, el Regimiento de Avila y la caballería con inteligencia: pero sin gran fruto, en parte, por la precipitada fuga que hicieron los enemigos, despeñándose por lo más escabroso del monte Araburu, obligados al mismo tiempo por las par-

tidas de Orion, que iban a cogerlos entre dos fuegos, en lo qual acertaron; pues a poco más que hubieran sostenido su ataque les hubiera salido más cara su tentativa. Con todo creo que no les quedan más ganas de volver tan pronto a divertirse: pues según las noticias que he tomado, no bajará su pérdida de ochenta hombres entre muertos y heridos, no habiendo tenido por nuestra parte más que un soldado de la Corona gravemente herido de la partida de veinte hombres que mandaba el Sargento primero del mismo Cuerpo Francisco Mármol, digno del mayor elogio por su bizarría y empeño en desalojar a los enemigos de una altura, que ocupaban con fuerzas superiores. Los enemigos fueron perseguidos por nuestras tropas en su retirada, hasta el último monte que da vista a San Juan de pié de Puerto, y llevarlos hasta meterlos dentro de sus avanzadas de San Miguel; y aunque la tropa llena de valor y buenos deseos de batirse pidió al Brigadier D. Carlos Masdeu seguir el alcance hasta el mismo San Juan, la prudencia y conocimiento de su Comandante no lo halló por oportuno, y mandó su retirada, que se hizo con toda quietud después del medio día.»

Otro golpe de mano o reconocimiento sobre el monte de Arceleta

Alta

Pero no fué en el día 23 la acción citada la única que hubo de realizarse. El Duque de Osuna en la carta de referencia sigue diciendo: «En la misma mañana repitieron los enemigos uno de sus reconocimientos o paseos sobre el monte Arceleta-alta, al salir el sol, ocupando su altura principal, al tiempo que la descubierta del Regimiento de América, compuesta de cuarenta hombres, y mandada por el primer Teniente D. Antonio Elola, subía a ella, la que habiéndola encontrado con fuerzas superiores, se vió obligada a retroceder a ocupar una segunda altura con bastante precipitación, así por temor no la ganasen antes los enemigos, como para poder más bien ser sostenida de otra partida de sesenta hombres del mismo Cuerpo, a la orden del capitán D. Juan González. En dicha altura se sostuvo bizarramente Elola y su partida, ayudado de las hayas no obstante la gran desproporción de fuerza y haber tenido un muerto y tres heridos en brevísimo tiempo, dando lugar a que del campamento de Canzuspl saliesen socorros. Recelándose de que estas escaramuzas, aunque sin objeto, habían de repetirse, tenía ya de antemano dada la orden a todos los puestos, que siempre que se presentasen los enemigos, se saliese con la mayor prontitud cargándolos con vigor para escarmientarlos y contener su fingida arrogancia, apretándolos de firié. Arreglado a esta orden, luego que el Marqués de Mora, que se hallaba de Coronel de día, oyó los primeros tiros, y vió a los enemigos que habían hecho retroceder a nuestra partida, se dirigió a la avanzada de Arceletabaxa, desde donde pidió un refuerzo al Brigadier Marqués de

la Cañada Tirry, Comandante del Campo, quien sin pérdida de tiempo le envió doscientos hombres y la compañías de granaderos del Regimiento del Rey. Luego que tuvo este refuerzo Mora, dispuso que la compañía de granaderos del Regimiento de León, que estaba de avanzada, destacase una partida para amenazar a los enemigos de la izquierda, al mismo tiempo que la otra de granaderos Provinciales de Castilla marchaba a tomarlos por su derecha: y atacando a los enemigos por su frente con singular denuedo y celeridad, sin embargo de la mucha cuesta que hay que subir, los desalojó prontamente cargándolos sin detención en su retirada, que hicieron con precipitación y desorden, hasta llevarlos a los mismos Alduides y proximidad de sus avanzadas por en medio de los bosques y barrancos. Habiendo hecho ocupar las principales alturas y reconocido los contornos, hizo quemar unas doce bordas que les podían servir de abrigo para después emprender su retirada. Aunque esta operación se hizo con felicidad y acierto, el tiempo indispensable de su tardanza, la proximidad de las fuerzas de los enemigos, y la distancia de más de una legua a nuestro campamento, los alentó y confió, aunque ya batidos, determinándolos a enviar refuerzos. A eso de las once me avisó el Marqués de la Romana, que con la mejor voluntad y deseos por el servicio de S. M. me pidió el transferirme inmediatamente al campamento de Caunipil, desde la madrugada, lo que le concedí, que los enemigos aumentaban sus fuerzas a punto que les causaba algún cuidado, ya que había dispuesto enviar un refuerzo de doscientos hombres, marchando con él para sostener a Mora en su retirada: no dexó de dármele a mí también, y no pudiendo ir personalmente al punto por estar pendientes aún los sucesos de la fábrica de Orbaiceta, cuyos avisos esperaba, noticioso ya de haber empezado la función, necesitando dar desde aquí las disposiciones, y no pudiendo separarme por las largas distancias que median entre todos estos puntos, mandé al Ayudante del Regimiento de África D. Rafael de Estrada, previniese de mi orden al Brigadier de día, hiciera salir un destacamento de fuerza que socorriera a Mora, y que al mismo tiempo ocupase las alturas de retirada para que no pudiese ser inquietado en ella. Así se practicó inmediatamente y conseguí mi intento: pues aunque los enemigos empezaron a picar la retaguardia, luego que vieron salir las tropas y ocupar las alturas y puntos principales se detuvieron, dejando al destacamento de Mora, que estaba cansado por la excesiva fatiga que había tenido en toda la mañana, que se retirara con todo sosiego, y aún descansase a su vista sin incomodarle. Los enemigos se retiraron de la posición que últimamente antes que la tropa que había ocupado los puestos, con lo qual hicieron la suya con quietud, estando todas las tropas a las cinco de la tarde en sus campos ya de vuelta. Nuestra pérdida ha consistido en dos muertos, ocho heridos y tres contusos, todos del regimiento de América, excepto uno de la segunda clase del de León, pues los que más sufrieron fueron los de la primera partida de descubierta. La de los enemigos es sumamente mayor, pues se

han contado cuatro muertos y dos heridos prisioneros, que arrancó nuestra tropa de entre las manos de sus soldados que los llevaron a rastra, y me han asegurado pasará tal vez de cien los heridos que han recogido, habiendo observado por los caminos y bosques que se retiraron repetidos y abundantes regueros de sangre; y aunque he mandado practicar un reconocimiento para recoger los cadáveres, no ha podido tener efecto por el mal tiempo.»

A continuación el Duque de Osuna no se olvidaba de recomendar a la gratitud Real los nombres de aquellos Generales, Jefes, Oficiales y tropa que habían contribuido al éxito alcanzado. Eran citados el Brigadier don Carlos Masdeu, el Coronel Marqués de Mora, el capitán don Manuel de las Peñas, los tenientes Elola y Zapiain, los subalternos Fonginir y Canales, y no se echaba en olvido al Mariscal de Campo Marqués de la Romana. La misma recompensa solicitaba para varios sargentos, clases de tropa y soldados. En la *Gaceta* del 17 de octubre, y con referencia a una carta del 3 del mismo, de nuestro General, se daba cuenta de los sentimientos de fidelidad manifestados por el cura párroco de la villa de Lizarza, de su justicia, así como en la carta anterior lo había dado de los vecinos del valle de Aezcoa, a los que consideraba «signos de estimación y de alguna demostración de S. M., por la exactitud con que acudieron de sus casas, sin embargo de las distancias, y la valentía con que acometieron y rechazaron a los enemigos.»

Noble actitud del Párroco y de habitantes de Lizarza

Dichos sentimientos del párroco citado venían por éste expresados en los siguientes términos: «Excmo. Sr.: Ya expresé a V. E. verbalmente que mi feligresía de la Parroquial de Lizarza, ocupada por el francés y reconvenida por él, para que sin perder momento entregase todas las armas, así de particulares como concejiles, tomó para responder al oficio el tiempo necesario para ocultarlas: y congregada luego, el Ayuntamiento general, el día 18 de agosto último, respondió con una negativa absoluta.»

«Mas como este solo procedimiento no llenaba los deseos que tenía aquel pueblo fiel a su Religión, a su amado Rey y a su Patria, se resolvió también recoger sus armas, a tomarlas, y a contribuir con todas sus fuerzas hasta arrojar de su seno a este furioso y cruel enemigo de Dios y de los hombres, uniéndose con sus paisanos los guipuzcoanos en donde V. E. le destinase. Abandonando sus haciendas, sus casas y sus intereses a la furia del francés, sólo esperaba las órdenes de V. E. y tuvo la bondad de prevenirme que recogiese mi gente de los diversos destinos que la deparó su fortuna, y se restituyese con los tercios de Guipúzcoa, que paraban en esta noble y leal villa de Mondragón.»

«Sin perder momento, y según exigían circunstancias tan urgentes,

me dediqué a poner en práctica esta diligencia, y coadyuvándome los demás sacerdotes y Alcaldes, que los estimulaba igual espíritu, se convocaron los hábiles que por entonces se pudieron para las armas, me siguieron con gusto a esta Villa, y consiguiente a los avisos que va pasando el Alcalde con arreglo a lo decretado por la muy noble y muy leal provincia de Guipúzcoa en su última junta de septiembre próximo pasado, espero que en breve se unirán con éstos los que faltan.»

«Noticioso entre tanto el francés de esta conducta de los naturales de Lizarza, ha pensado artificiosamente suspender los rigores de su cruel guerra, hasta convocarlos por medio de un tiránico, sedicioso y escandaloso Manifiesto, cuyo nombre solo horroriza: y habiéndole fixado los emisarios conveccionales en las puertas del balcón de su sala capitular, se arrancó de ellas con el desprecio que se merece, y se arrancaron también las puertas que lo tuvieron fixado para echarlas al fuego, y tendrá seguramente la misma suerte el árbol del libertinage que fixen en aquella plaza.»

«Está visto, Excmo. Sr., el premio de la gratitud del impío, del tirano, del monstruoso francés: entre tanto tenemos el consuelo que nos infunde la buena causa: la causa de nuestra santa Religión: la causa de nuestro Rey y Señor, y de nuestra Patria siempre fiel y siempre resuelta hasta perder sus intereses temporales, hasta derramar su sangre. Todo me ha parecido deberlo poner en noticia de V. E., cuya vida ruego a Dios guarde felices años para el bien de Todos.—Mondragón y septiembre, 20 de 1794.—Excmo. Sr.—B. L. M. de V. E. su mayor servidor y atento Capellán.—Francisco Antonio de Lizarza.—Excmo. Señor Conde de Colomera.»

**La situación a fines de septiembre.
Nuevas disposiciones tomadas por
Moncey. La línea española. Ronces-
valles objetivo principal de la ofen-
siva francesa**

Así terminó el mes de septiembre que, aunque comenzado bajo buenos auspicios, al ver los guipuzcoanos el poco terreno que habían conquistado los franceses desde los primeros días de agosto, pudieron recobrar esperanzas y tranquilidad. Nuestra situación distó mucho de estabilizarse, aunque a pesar de todo hubiera quedado bien organizada la línea defensiva española desde Deva al valle del Baztán. Considerando Moncey que se hallaba en condiciones de reanudar su ofensiva sobre Navarra para alcanzar su total ocupación, contando ya con un ejército de doce mil hombres, entre los cuales se encontraban restos de los veteranos de la guarnición de Mayence, empleó las jornadas del 15 y del 16 de octubre en acercar las cabezas de sus columnas a los puntos de ataque.

La línea española se extendía en un espacio de unas cuarenta le-

guas y estaba guarnecida por doce mil hombres en el valle de Roncesvalles, al abrigo de fuertes atrincheramientos. En Lanz encontrábanse 2.000; en Lecumberri, 4.000, y otros tantos en la frontera de Guipúzcoa con Vizcaya frente al valle del Deva. El objetivo principal de la ofensiva francesa era el valle de Roncesvalles que había de romper el frente español en su parte central y permitiría a las tropas de la Revolución, al apoderarse de éste, disponer del camino más directo para la conquista de Pamplona.

Opinión de Beaulac sobre el partido que debió adoptar la defensa española

Opina Beaulac que, después de la invasión de Guipúzcoa, los españoles debieron abandonar la defensa del valle que se cita, puesto que, no contando con tropas numerosas, no se encontraban en estado de sostenerse en posiciones alejadas de la plaza indicada, fáciles de sorprender por un enemigo activo, emprendedor, muy superior en fuerzas y, sobre todo, que había logrado someter a su dominio una parte considerable del territorio fronterizo español de los Pirineos occidentales. Supone este historiador que, a pesar de todas estas circunstancias, los nuestros no parecieron determinarse a ello, bien porque los ricos establecimientos de Eugui y de Orbaiceta los estimasen de una utilidad demasiado importante para ser entregados a las tropas francesas tan fácilmente, o acaso porque los atrincheramientos formidables de que disponían, les pusiera a cubierto de un descalabro, asegurando su situación. «Sea de ello lo que fuere, a fines de octubre, los generales franceses resolvieron aprovecharse de las ventajas que les ofrecía la brillante posición, con la que nunca pudieron soñar. Sesenta y seis batallones y cuatro regimientos de caballería componían la fuerza del ejército, desde luego, provistos de una numerosa artillería.»

Plan de invasión de Roncesvalles

En este estado las cosas, había llegado el momento de dictar las disposiciones oportunas para realizar el ataque. Siendo el objetivo principal de éste, como antes hemos dicho, Roncesvalles en el alto valle del Urobi, afluente por la derecha del Irati, que lo es del Aragón, la operación había de realizarse para derrotar al Cuerpo de Ejército que al mando del Duque de Osuna, ocupaba aquella comarca. Las fuerzas del General Laborde, desde Elizondo, en donde se hallaban apostadas, después de cruzar el puerto de Velate, habían de caer sobre Lanz donde el 17 de octubre habían de reunirse con otras que, procedentes de Santesteban, en el valle del Bidasoa, atravesarían la cordillera por

Donamaría. Una vez hecha esta concentración, que Beaulac fija en 14.000 hombres, este Cuerpo de Ejército de la Revolución, doblando a su izquierda marcharía sobre Burguete, en el valle de Roncesvalles, en tanto que más allá, hacia el Este, otra nueva columna al mando del General Marbot, formando un Cuerpo de 6.000 hombres reunidos en Tar-dets, franquearía las montañas de Erronymendy y de Larrau, pasaría por Ochagavía, en el valle de Salazar, llegando a Villanueva (Irriberry en lenguaje vasco), de tal modo que por este movimiento circular las tropas españolas del valle de Roncesvalles, detenidas en su retirada, observadas, seguidas incesantemente y presionadas de frente por la división de San Jean Pied de Port, fuesen enteramente envueltas y obligadas a rendir las armas. Se aprovecharía el terror que extendiera acontecimiento tan decisivo, para intentar un ataque impetuoso contra Pamplona, desprovista de guarnición. Así lo expone el ciudadano francés de que se trata.

Además, para entretener a los españoles en su flanco izquierdo, nueve batallones recibieron orden de avanzar sobre Lecumberri en el valle de Larraun, en tanto que otros seis irían a colocarse en las posiciones intermedias entre este punto y el antes citado de Lanz. De esta suerte, el flanco derecho de las tropas francesas que avanzaban sobre este puesto, se verían libres de un ataque por parte de los españoles, y, del mismo modo, la retaguardia de tales fuerzas, al marchar sobre Burguete, quedaría asegurada.

Póngase en ejecución el plan de Moncey

Para la ejecución de plan tan meditado, el 25 vendémiaire, o sea el 16 de octubre, el General Laborde partió a media noche de Elizondo con siete batallones, de los dos de Granaderos y doscientos cuarenta húsares. Llegaron a buena hora al pie del coll de Velate, por un camino muy bueno, aunque desigual, encontrando en este paso algunos atrincheramientos de escasa importancia, que según la información francesa, fueron tomados sin gran esfuerzo y la columna, después de haber derrotado un Cuerpo español de dos mil hombres, descendió a ocupar Lanz a las nueve de la mañana. Lanz fué abandonado tras una débil resistencia de la guarnición que en ella había, perteneciente al Cuerpo de tropas mandado por Filangieri.

Una vez aquí la división Laborde, realizó su junción a las once de la mañana con las brigadas Castelvert y Dumas, que compuestas de nueve batallones en conjunto, según Jómini, y de cuatrocientos dragones y húsares y siete batallones, según Beaulac, habían descendido desde Santesteban y Baygorry por el coll de Berderitz, siguiendo el camino de Orquin, no sin tener que vencer la enérgica resistencia de los soldados españoles que defendían el paso del coll citado. «Esta reunión de veinte batallones seleccionados —expone Jómini— formó el cuerpo

que se denominó columna infernal, aludiendo al valor experimentado de las tropas que la componían».

Todas estas tropas reposaron en Lanz en la noche del 25. Al día siguiente a media noche, la vanguardia puso en marcha, perdió la dirección en ella y no logró incorporarse al ejército hasta las once y media, en una altura cerca de Euguí; los caminos eran estrechos y ásperos en esta parte de la comarca. Pudo descender inmediatamente a este puesto que encontró evacuado. La columna reposó durante dos horas en otra altura que separa a Euguí del pueblo de Cilveti. El Mariscal de Campo don F. Antonio Filangieri había reunido cuatro mil hombres en la primera de estas dos localidades y en su retirada de la fundición de Euguí al campo de Cruchespil, este cuerpo de caballería y de infantería, que iba acompañado de dos piezas de a 8 en bronce, fué sorprendido y disperso en el camino que conduce desde la fundición a Vizcarret, perdiendo dichos cañones.

En su deseo de salvar a esta escolta, Filangieri volvió sobre sus pasos, mas esta decisión le fué funesta, pues, atacado en las alturas de Mezquiriz, al Este de Vizcarret, sobre el camino de Pamplona a Burguete, fué completamente derrotado, fijando la información francesa en doscientos hombres los que quedaron tendidos en el campo, y se cientos veinticuatro fueron hechos prisioneros. Los restos de esta columna española fueron a reunirse con las tropas de Osuna en Burguete. Pero las francesas que habían recibido la orden de prolongar su marcha a esta localidad, vivaquearon durante la noche en Vizcarret, circunstancia que, como hemos de ver, perjudicó al éxito de esta expedición. El General Cestelvert, por su parte, había sido destacado a Euguí, con seis batallones y algunos jinetes para ocupar la altura de Gubiri, a fin de cortar la retirada por este lado.

Combate de Vizcarret. Actuación del General Laborde

Jómini, que designa la acción que acabamos de relatar con el título de combate de Vizcarret, coincide con nuestra versión al afirmar que la columna infernal se puso en marcha con la intención de operar a la izquierda de Burguete y encontrar en las alturas de Vizcarret el pequeño Cuerpo de Filangieri, reforzado con un destacamento que apresuradamente le había enviado Urrutia. Este constituía un ligero obstáculo para una fuerza escogida como la de la citada columna. Laborde, sin esperar a que su adversario hubiese desplegado del todo, ordenó a la 40 Media Brigada y al 4.º Batallón de Gers atacar de frente, y a Latour d'Auvergne, envolverle con sus veinte compañías de granaderos. Después de un choque de los más rudos y una resistencia honrosa, los españoles dejaron el campo de batalla lleno de muertos; los republicanos hicieron setecientos prisioneros, el resto se salvó a favor de

las tinieblas en el valle de Roncesvalles, incorporándose a la división del Duque de Osuna. Los vencedores, en lugar de continuar su camino por Merquiriz para llegar a Espinal, siguiendo las huellas enemigas, se detuvieron acampando en vivac ante Vizcarret y enviaron la brigada Castelvert a Zubiri, con el objeto de cortar el camino directo a Pamplona.

Las divisiones de Mauco y de Marbot marchan sobre Orbaiceta. Firme actitud del General Urrutia

Respecto de las dos divisiones de Mauco y de Marbot, que habían de avanzar por la izquierda para caer sobre el flanco derecho de Roncesvalles, constituía su primer objetivo la fábrica de Orbaiceta, que había de atacar de frente, el primero de dichos generales, en tanto que el segundo lo haría por retaguardia. Al frente de la división de Mauco iba también el General en Jefe Moncey. Mauco avanzó por el centro hasta ocupar la meseta de Yeropil, esperando el momento de asaltar la fábrica citada, tan pronto como Marbot llegara a su destino, lo cual pudo éste lograr, mas no sin tener que entablar una lucha encarnada, pues, tras de haber logrado cruzar la cresta de los montes de Ori, de los que manan las fuentes de la Nive, al Norte, y del Iratí, al Sur, así como los afluentes del Cassan, al descender al territorio español para asaltar la posición de Ochagavía, no pudo arrojar de ella a los españoles sin tener que haber vencido una fuerte resistencia.

El General Urrutia, que mandaba las tropas de este sector y se hallaba ignorante todavía de cómo Filangieri se había visto forzado a abandonar, tanto Lanz como Eguí, imaginóse que los franceses meditaban un golpe de mano sobre Orbaiceta, y para contrarrestarlo concentró su pequeña reserva en la montaña de Altoviscar, altura situada al Norte del puerto de Ibañeta y de Burguete, dominando el paso de la carretera, que desde Valcarlos, conduce a este pueblo para seguir más adelante y no tardar en bifurcarse en otras dos que conducen a Pamplona, por la derecha, y a Aoiz por la izquierda. Desde la cumbre de Altoviscar se veía bordear la carretera del lado de Poniente con múltiples y pronunciadas curvas trazadas al pie de sus faldas. Urrutia dió por consiguiente orden terminante de sus generales de mantenerse firmes en sus puestos.

Las dos divisiones indicadas logran apoderarse de Ochagavía y llegan ante el pueblo y fundición de Orbaiceta. Espacio vacío entre Vizcarret y Burguete

Mientras se llevaba a cabo la operación encomendada a Laborde por el flanco occidental de Roncesvalles, las divisiones de que estamos tratando en marchas que pudiéramos llamar simultáneas, lograron, casi sin combatir, rechazar las tropas de Cagigal, de St. Simon y de Mendizábal, al valle de que se trata, lo que, como vamos a ver, determinó al Duque de Osuna a ordenar la retirada de todos sus puestos avanzados, para luego evacuar Burguete, no sin incendiar los grandes almacenes que en él estaban establecidos.

En efecto, el 14 de octubre (23 vendémiaire), siete batallones, que se habían reunido en Tardets, a las órdenes del General de división Marbot, quien tenía asimismo a las suyas al General de brigada Roucher y a los Ayudantes Generales Junker y Morand, salieron para Larrau al día siguiente, y el 25 lo hicieron formados en tres columnas con orden de dirigirse, las de la izquierda y centro hacia Ochagavía por Izalzu y por el camino directo, y la de la derecha avanzando hacia las montañas de Abody. Mandaba las tropas españolas acantonadas en Ochagavia el General don Manuel Cagigal, que ante la presencia de los franceses quiso disputar el terreno el más largo tiempo que le fuere posible. Pero tan noble propósito no pudo realizarse, pues sus esfuerzos resultaron vanos, y el mismo día 25 vendémiaire, o sea el 16 de octubre, los soldados de la Revolución hicieron su entrada en Ochagavía.

El 17 octubre, las columnas de que se trata, ya reunidas, comenzaron su marcha por el camino más corto en dirección a Villanueva, que ocuparon después de poner en fuga a un destacamento de cerca de trescientos hombres. En su marcha, estas fuerzas habían evitado el paso por los pueblos y aldeas. Los puestos avanzados fueron lanzados más allá hasta cerca de Burguete, y la columna de la derecha, que había vivaqueado en la montaña de Abody durante la noche, siguiendo a lo largo de la cresta montañosa este día 26 vendémiaire (17 de octubre), hasta llegar a dar vista al pueblo y fundición de Orbaiceta; desde aquí descendió al valle de Aezcoa, y doblando a la derecha, marchó a apoderarse de los mismos.

Si tenemos en cuenta las posiciones ocupadas por las dos grandes columnas, en dicho día 17 de octubre por la tarde, es fácil comprender cómo el intervalo entre Vizcarret y Burguete estaba vacío y cómo, por este punto, podían los españoles llevar a cabo su retirada.

La división de San Juan de Pie de Port, conquista Orbaiceta

“Todo el frente cubierto por la división de San Jean Pied de Port, debía para obrar, esperar a que el movimiento que se ha indicado se realizará por completo. La laguna que había dejado en la línea envolvente la división del General Laborde, había rendido, sin duda alguna, una de estas disposiciones sin objeto alguno; pero como este incidente estaba ignorado, las órdenes debieron ser ejecutadas.” (Beaulac). No obstante, el 26 vendémiaire por la mañana, tres batallones acampados en Mezquiriz, a las órdenes del General de Brigada Castelvert, se lanzaron sobre los puestos avanzados del campo de Cruschespil, defendido por más de tres mil hombres mandados por el Coronel Figueroa. Parece ser que, por un momento, los españoles vacilaron sorprendidos, pero rehachados de su primer temor, y reforzados por seiscientos hombres llegados de Atalosty, mandados por Frías, rechazaron a su vez a los franceses y en una viva persecución les hicieron cuatrocientas bajas entre muertos y heridos.

El General Digonet, que se hallaba colocado con tres batallones en las alturas de Almundoz, descubrió al mediodía la cabeza de la columna de Laborde que desfilaba por el camino de Euguí y creyó que era el enemigo en retirada. Este General, suponiendo hallarse cerca ya de Burguete, descendió, pues, al pueblo de Euguí, que el General Dumas, pensando lo mismo, hubo de atacar apoderándose de la fundición tras una enconada resistencia. En tanto que esto sucedía, las columnas formadas con parte de la división de Saint Jean Pied de Port, al mando del General de División Mauco y al superior del General en Jefe Moncey, el día 25 vendémiaire (16 octubre), hallábase establecida en la meseta de Yeropil frente a frente de la fundición de Orbaiceta (1).

La conquista de esta plaza hubo de corresponder, como se ha dicho, al General de Brigada Roucher, haciendo por el lado correspondiente al citado valle de Aezcoa. Tenía orden de intimar a la guarnición y de atacarla decididamente si ella no se rendía al momento. Por otra parte, el cuerpo de tropas establecido en Yeropil no esperaba más que el sil-

(1) La fundición de Orbaiceta estaba situada en una garganta estrecha entre dos montañas muy elevadas; un arroyo que la baña va a desembocar en el Iratí, a poca distancia de ella. Los edificios de este establecimiento eran muy amplios y ocupaban toda toda la longitud de la garganta. El agua necesaria a los trabajos llegaba por conductos construidos a lo largo del camino. Fundianse en ella balas de toda clase. Los españoles no habían escatimado nada para hacer esta posición respetable. Del lado de Saint Jean Pied de Port, habían defendido las avenidas por reductos construidos sobre las montañas de Urculu y Altoviscar sobre los puertos de Orbaiceta y de Roncesvalles. Las partes posteriores estaban igualmente bien fortificadas y todas las alturas circundantes cubiertas de atrincheramientos empalizados, terminados en sus extremos por obras en madera provistas de cañones, y cuyo fuego batía el camino de llegada y el que conducía a Burguete (Beaulac).

bido de una bala para descender a Orbaiceta. La intimación fué hecha a la guarnición amenazada, advirtiéndole que en caso de resistencia sería pasada a cuchillo, a lo cual el comandante del fuerte, Marqués de la Cañada Ibáñez, respondió verbalmente que, a juicio suyo, la generosidad francesa no habría de desmentirse (la générosité française ne se démentirait pas á son égard). En efecto, Roucher no atacó; las tropas de Yeropil permanecieron en sus posiciones y durante la noche la guarnición de Orbaiceta, fuerte de dos mil cuatrocientos hombres, verificó su retirada en silencio por el paso de Navaz, incorporándose a Burguete y desde aquí al pueblo de Aoiz.

La división de la derecha se apodera de Gorriti y entra en Lecumberri. El cuerpo de tropas del General Pinet llena su objetivo

En cuanto a la división de la derecha que compuesta de nueve batallones había de avanzar sobre Lecumberri, al mando del General Fregeville y que había sido concentrada en Areso, pudo cumplir su cometido. En efecto, cinco batallones de ella, a las órdenes del Jefe de Brigada Leferron, partieron de Andoain el 24 de vendémiaire (15 octubre), y se trasladaron a las alturas del citado pueblo de Areso, en tanto que otros cuatro, mandados por el propio General de División Fregeville, se dirigían a Tolosa al mismo punto. A la mañana del día siguiente, este General se apoderó del pueblo de Gorriti defendido por mil quinientos españoles, que llevaron a cabo una fuerte resistencia. En seguida marchó hacia Lecumberri por la carretera, mientras Leferron lo hacía a su izquierda, por la cresta de las montañas. Como era de esperar, Lecumberri fué evacuado y las tropas francesas en él se establecieron.

Por lo que hace referencia al Cuerpo de tropas, que compuesto de seis batallones hallábase a las órdenes del General de Brigada Pinet (1) y cuyo objetivo no era otro que enlazar la división de la derecha con las de la izquierda, la partida de esta columna tuvo lugar el 25 de vendémiaire a media noche desde Oyarzun. Al día siguiente, arrojó del pueblo de Goyzueta de trescientos a cuatrocientos paisanos armados allí reunidos y después de una marcha sumamente penosa a través de las montañas, logró vivaquear en las alturas de Zubieta. El 18 de octubre, a la una de la mañana, abandonó esta posición, y caminando siempre a través de las montañas, llegó a las diez de la noche a las alturas de Cascue, Guélbenu, Arosteguy, acampando siempre, no llegó a astantonarse en los pueblos hasta diez días después de su arribo a estos pueblos.

(1) Este General era hermano del Convencional del mismo apellido.

Crítica situación del Duque de Osuna en Roncesvalles. Atacan los generales Urrutia y Horcasitas el 10 de octubre. El primero abandona los puestos de Gorriti y Huici; el segundo las ventas de Velate, Odolaga, la fábrica de Oroquieta y valle de Ulzama

La situación del Duque de Osuna no podía ser más crítica al ver reunidas, al amparo de las tropas que guarnecían Roncesvalles, las procedentes de los puestos avanzados que habían sido abandonados. Las noticias que había recibido el Conde de Colomera de los Tenientes Generales don José de Urrutia, que mandaba las tropas establecidas en Leckumberri, y de don Francisco Horcasitas, que mandaba las del valle de Ulzama, eran las siguientes: «Antes del amanecer atacaron los enemigos los puestos de Gorriti y Hubici; sus tropas defendieron tenazmente palmo a palmo el terreno, y a las nueve de la mañana se replegaron a los puntos que les tenían indicados; a poco rato se presentaron los enemigos en varias columnas, que según todos hemos calculado era su número de ocho a diez mil hombres: ha durado el fuego hasta después de puesto el sol y la defensa ha sido brillante; pero me he visto en la precisión de retirarme a este pueblo de Irurzun con las tropas de mi mando, cediendo a la grande superioridad de los enemigos; y luego que pueda recoger las noticias particulares, pasaré a manos de V. E. la relación circunstanciada, con el estado de muertos, heridos, prisioneros y extraviados. Espero que V. E. se sirva comunicarme sus órdenes. Dios guarde a V. E. muchos años. Irurzun, 16 de octubre de 1794.— Excmo. Sr.— Joseph de Urrutia.»

Lo comunicado por el Teniente General D. Francisco de Horcasitas, decía así: «Al amanecer de este día han atacado los enemigos en número de seis mil a seis mil quinientos hombres de Infantería y de trescientos a cuatrocientos de caballería, las ventas de Velate y Odolaga, y al propio tiempo la fábrica de Oroquieta y valle de Ulzama, introduciéndose por el lugar de Elzaburu y el de Alcoz, y divididos en cinco divisiones, a pesar de que en las inmediaciones de Lanz nada le ha quedado que hacer, a mi vista, al batallón de Cazadores de Galicia del mando de su Teniente Coronel el Conde de San Román para contenerles; con la más increíble aceleración se nos han arrojado por las alturas de aquel valle y lugares de Cenoz y Urrizola al lugar de Olagüe; y por el costado opuesto en dicho valle hacia el lugar de Lizazu y Larrainzar con dirección al de Latasa; de suerte, que si las buenas disposiciones y actividad del Mariscal de Campo D. Gaspar de Paternó, no hubieran ido tan unidas, sin la menor duda, se hubieran quedado en poder de los enemigos los dos cañones que estaban en Lizazu. Finalmente, a

las dos de la tarde me he visto en la precisión, con el Batallón de Granaderos Provinciales del mando del Marqués de Ferrera, el mencionado de Cazadores de Galicia, y ocho compañías del primer Batallón de Voluntarios de Navarra, al mando del capitán del mismo D. Nicolás Elio, y ciento diez caballos del Regimiento de Caballería de Montesa, al de su coronel D. Joseph Benito Zarauz, únicas tropas que estaban al mío, de ceder el pueblo de Olagüe a tan excesiva superioridad, y de retirarme a este pueblo de Sorauren, con el buen orden que me ha proporcionado el esmero con que el Brigadier Marqués de Ferrera ha cubierto mi retirada; habiendo ya encontrado en el lugar de Ostiz al Mariscal de Campo D. Gaspar de Paternó, que con las tropas que le había encargado en el citado valle de Ulzama, se ha visto obligado a tomar igual partido. La noticia de los heridos y extraviados la remitiré a Vuestra Excelencia cuando los Cuerpos me la pasen. Lo pongo en noticia de V. E. y espero que se sirva decirme el destino que guste dar a estas tropas que están repartidas en Ostiz y este pueblo. Dios guarde a V. E. muchos años. Sorauren y octubre, 10 de 1794.»

El Duque de Osuna da cuenta del peligro que le amenaza y de su retirada a Aoiz sobre el río Yratí

Crítica era, por tanto, como lo hemos dicho anteriormente, la situación del Duque de Osuna en Roncesvalles con un ejército de nueve mil hombres aproximadamente. El peligro de su situación no podía ser más amenazador, y toda resistencia en la posición que ocupaba había de resultar, no ya ineficaz, sino expuesta a un irreparable descalabro. En oficio de 18 de octubre, el Duque comunicaba al Conde de Colomera (*Gaceta* del martes 28 de octubre de 1794, lo siguiente: «Informado ya V. E. de las disposiciones del enemigo para venir a atacarnos por el frente y los flancos, se verificó ayer mañana haciendo un ataque general en todos los puntos de fábrica a fábrica, siendo falsos los de Trona, Ibañeta y Altoviscar, y reales y fuertes los de las fábricas y Eruzupil. De este último fueron rechazados con gloria de las armas del Rey, sin embargo de su empeño tenaz; pero no tuvo igual suerte la fábrica de Euguí, cuyo fuerte de campaña se defendió bizarramente, según me ha informado verbalmente el Mariscal de Campo D. Antonio Filangieri, que antes de las ocho de la noche se reunió conmigo en Burguete con muy poca tropa de la de su mando, por haber dado en la retirada con un cuerpo fuerte de los enemigos entre Cilveti y Linzoain, en cuyo encuentro tuvo una gran pérdida, cuyo pormenor ignoro aún. La fábrica de Orbaiceta se vió constantemente atacada todo el día, y en la tarde perdió sus avanzadas, al mismo tiempo que manteniendo el enemigo un cuerpo fuerte para pasar la noche en Ventartea, Orión y demás puntos avanzados, la cerraba por su espalda con otro

no menos respetable; pues según conjeturo por las noticias y partes dadas, no bajaba su número de trece a catorce mil hombres. El cansancio de mis tropas, la situación en que iba a verme de tener que retirarme, y no poderla socorrer, unido a las pocas fuerzas de su guarnición, ya fatigada y casi rodeada, atendiendo al mismo tiempo a la pérdida que había experimentado, no pequeña, y la necesidad de conservar su fuerza, me hizo tomar la determinación de prevenir al Marqués de la Cañada Ibáñez, su Comandante, la inutilizase y evacuase luego que fuera de noche, reuniéndose a mí, si podía; lo que se ejecutó sin embargo de tener los enemigos casi cercados todos los pasos, y haberle intimado la rendición de ella. A las cinco de la tarde me hallaba con las noticias del mal estado de la fábrica de Orbaiceta, el gran número de enemigos que la rodeaban y venían a quitarme la retirada por el valle de Aezcoa, al mismo tiempo que una partida avanzada de caballería que había colocado en el camino de Pamplona para darme avisos, me participó el fuego vivo de los enemigos con las tropas que se retiraban de Euguí en las inmediaciones de Vizcarret: en cuyas críticas circunstancias, habiendo consultado al Mariscal de Campo Marqués de la Romana, a los brigadieres D. Benito Pardo de Figueroa, Marqués de la Cañada Tirry, don Juan Butler y D. Baltasar de Frías y al Coronel D. Juan José Pardo, Comandante de Artillería, fueron de acuerdo se practicase la retirada a este pueblo por el único camino que nos quedaba.»

Acertada resolución del Duque de Osuna. Se reúne en el citado pueblo con el Marqués de la Cañada

Ciertamente, era el único camino, la única solución que el buen sentido reclamaba. «Previendo este caso—sigue informando nuestro General—hice retirar la víspera diez piezas de artillería de las que menos me podían servir, por no alcanzar a más el número de mulas con que me hallaba; todas las demás, que son doce, han quedado inutilizadas, y de entre éstos despeñados a más los cuatro cañones de San Carlos. La retirada se ha hecho con felicidad, sin que los enemigos la hayan inquietado, sin embargo de su proximidad, por hallarse ya posesionados del paso de Navaz y Butiaga, y del camino real entre Espinal y Vizcarret; he llegado poco antes de medio día, habiéndome visto precisado a hacer una marcha tan larga con todo que la tropa está fatigada, para estar más próximo a Pamplona, y a recibir las órdenes de V. E. quiera enviarme; siendo éste un parte para que no ignore V. E. el suceso por mayor, reservándome el darlo a V. E. circunstanciado. así de los hechos como de las pérdidas luego que reciba las noticias de los Comandantes de los puestos y jefes de los Cuerpos; el honor de las armas ha quedado bien puesto en lo posible que es la única satisfacción que me queda en medio de un suceso tan poco agradable; pero sin recurso para impedirlo por la

gran superioridad de los enemigos, pues según todos los cálculos ascendía a treinta mil los que atacaron.»

De esta suerte, al final del tercer día del tiempo transcurrido en esta ofensiva francesa, si, ciertamente, el Ejército de la Revolución había podido desalojar a las tropas españolas de sus posiciones avanzadas, no había logrado apoderarse de la plaza de Pamplona, objetivo principal de la operación. El gran espacio vacío comprendido entre Vizcarrat y Burguete facilitó a las tropas del Duque de Osuna su retirada a Aoiz y su reunión después a las de Urrutia en las llanuras de Pamplona, mediante un rodeo de lo más penoso. En Aoiz, Osuna se había reunido con el Marqués de la Cañada y, según lo expone Príncipe, uno y otro se miraron poco menos que pasmados de la pericia y serenidad con que cada cual había sabido ponerse a salvo con sus tropas cuando todo auguraba su pérdida.

Ocupación de Roncesvalles por los franceses. Su significado moral para los franceses

La ocupación de Roncesvalles pudo permitir a los franceses el vengarse, en cierto modo, de la derrota que en los comienzos de la Edad Media hubieron de padecer los suyos, cuando la famosa expedición de Carlomagno a España, tan generalmente conocida. Con toda solemnidad verificóse el derribo del monumento que recordaba tal hazaña de los bravos navarros, y es interesante conocer lo que, sobre este hecho, escribe el Príncipe de la Paz en sus Memorias, en el capítulo XXIII de la primera parte: «Este monumento—expone literalmente—era una antigua pirámide, carcomida por las injurias del tiempo, que la tradición de aquellos lugares reverenciaba como un padrón de la derrota, verdadera o fabulosa de los franceses en aquel valle bajo el emperador Carlomagno. Los Comisarios de la Convención hicieron seriamente muchas pesquisas para encontrar la *maza de Roldán* y las *chinelas* que el famoso Obispo de Turpin hubo de descalzarse para huir con más prontezza. Faltos de otros trofeos que enviar a París, deseaban remitir estas pobres reliquias de los viejos tiempos y acompañar con ellas su estrambótico parte a la Convención, que es curioso, y lo insertaré todo entero.—Ciudadanos (decía): El Ejército de los Pirineos occidentales, conseguida una victoria señalada sobre los españoles, ha vengado una injuria de alta fecha. Nuestros antepasados, en tiempos de Carlomagno, fueron derrotados en el llano de Roncesvalles. En memoria de aquel suceso, el orgullo español había levantado una pirámide en el campo de batalla. Humillado ahora en el mismo lugar por los republicanos franceses, la sangre de los españoles había borrado ya los caracteres de aquel triunfo: quedaba sólo el frágil edificio que en este mismo instante queda ya arrasado. La bandera de la república está ya ondeando

en el mismo lugar donde el orgullo de los reyes tenía la suya enarbolada; el árbol fructífero de la libertad ha reemplazado la clava destructora del tirano. Una música guerrera y patética se ha seguido a esta gloriosa inauguración; los manes de nuestros padres han sido consolados, y el Ejército de la República ha jurado vencer para gloria del nombre francés de todas las edades y para dicha de los venideros.—Este raro documento (prosigue el Príncipe de la Paz), digno en verdad del héroe de Cervantes, fué firmado por los dos Convencionales Baudot y Garraud. Ciertamente el valor y la gloria militar de los franceses no tenía necesidad de añadir a sus laureles esta desdichada guirnalda de hojarasca, precio inútil de mucha sangre derramada; pero los diputados necesitaban ocultar y enlucir el desaire de su empresa.»

El resultado de la ofensiva no satisface las esperanzas abrigadas por los republicanos. Frentes ocupados por ambos beligerantes ante Pamplona. Una operación de Fregeville contra la línea del Deva

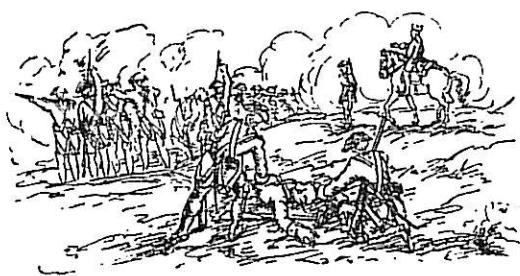
Aludía en esta última declaración, al hecho cierto de que, los franceses no habían podido conseguir su objetivo de apoderarse de Pamplona y destruir nuestro ejército. Desde luego, el resultado de la ofensiva del ejército de Moncey, no era otro que la destrucción de las fundiciones de Orbaiceta y de Euguí y la ocupación de Roncesvalles, pero ni el valle de Salazar, ni el de Roncal, habían sido invadidos. Así lo reconoce Jómini al declarar que «los republicanos no habían podido conseguir más que una victoria a medias, en verdad favorable, puesto que ella había hecho caer en su poder cuarenta piezas de artillería, mil quinientos prisioneros, los bosques del alto valle de Irati, y las fundiciones de Euguí y de Orbaiceta, que desde el comienzo de la guerra habían sido objeto de tantas expediciones infructuosas.»

Coincidiendo con estas declaraciones del historiador citado, Beauzac comenta «que tal fué el resultado de esta expedición en la que se habían fundado tan altas esperanzas. Los incidentes sobre todo en un país montañoso, son casi siempre el escollo de los más bellos planes militares». Y en nota aparte, añade: «No obstante, debe creerse que otras causas se opusieron al éxito de las diversas expediciones que tuvieron lugar durante esta guerra para envolver los Cuerpos enemigos; el poco conocimiento del país, la multiplicación de las columnas en movimiento, poco cuidado en mantenerse constantemente en situación de obrar, acaso demasiada indiscreción en las confianzas ante el total desarrollo de las operaciones». De todas maneras, los franceses cerraron su frente o línea ofensiva contra Pamplona y ocuparon un frente extensivo desde Lecumberri hasta Arriba, en el Irati, pasando por Viz-

carret; los puestos avanzados fueron colocados en Casene, Latasa y Villanueva, en tanto que el valle de Roncesvalles era ocupado por varios destacamentos.

G. de Echávarri, en su obra tantas veces citada, da cuenta de la operación realizada por el General Fregeville sobre el flanco izquierdo de nuestro frente defensivo de Navarra, en forma que no deja de ser interesante por la interpretación que de ella hace. Después de indicar que, aunque con mal armamento la línea desde el Deva al valle de Baztán estaba bien trazada, expone: «Los días 16 y 17 de octubre trataron los enemigos de romperla atacando simultáneamente dos puntos de ella, las trincheras de Sasiola defendidas por los vizcaínos, y las de Descarga que guipuzcoanos y alaveses guarneían; inútil fué el intento, gracias a las ventajas topográficas de estas posiciones y el arrojo de sus defensores, y derrotada en Sasiola el ala derecha del Ejército francés, viendo cuán infructuosos eran también sus esfuerzos por romper la línea en Descarga, imaginó un cambio estratégico, evacuó rápidamente sus posiciones, y lanzándose por su izquierda, se internó por Lecumberri, siguiendo el valle de Ulzama, Euguí y Orbaiceta, apoderándose de sus fábricas y destruyendo cuanto encontraba.»

Dejamos al criterio de nuestros lectores la estimación del verdadero sentido que hay que dar a esta referencia del escritor de que se trata, y realizaremos en el capítulo siguiente el estudio de aquellas operaciones que dieron final a esta campaña de 1794 en la zona de los Pirineos occidentales.



CAPITULO XIII

LA OFENSIVA FRANCESA INEFICAZ A MEDIADOS DE OCTUBRE DE 1794

Moncey insiste en apoderarse de Pamplona. Circunstancias que lo impiden



O es la crítica española, ciertamente, la que declara el resultado ineficaz de la ofensiva desarrollada por el General Moncey a mediados del mes de octubre de 1794. Una vez más, la información francesa ha de justificar nuestro aserto. «Después del resultado poco decisivo de esta empresa—confirma el tantas veces citado ciudadano Beaulac, relator detallado de estas campañas en los Pirineos occidentales, cuando la guerra de España con la Revolución francesa, objeto de nuestro estudio (1)—quedóse durante algunos momento en la incertidumbre acerca del partido que se debía tomar. La conquista de Pamplona halagaba tanto a los espíritus, que no era fácil determinarse en absoluto a abandonarla. No obstante, la artillería no estaba preparada para un sitio de tal importancia; los aprovisionamientos eran poco abundantes; los transportes, insuficientes; los caminos muy difíciles y, por encima de todo, la crudeza de la estación invernal se dejaba sentir. El General en Jefe se inclinaba por una pronta retirada, los representantes del pueblo se opusieron a sus designios bajo orden formal.»

Estaba, por lo tanto, en lo cierto Marcillac al exponer que, no obstante lo inseguro de la estación: «Los franceses, a pesar de todo, parecían querer aproximarse a Pamplona con el designio de establecer el

(1) Obra citada, cap. VIII, pág. 150.

sitio, pese a las dificultades que el país y la estación podían ofrecer a cada instante. Los generales se daban cuenta del peligro de su situación; consideraban, incluso, como prudente una retirada. Pero parece que los representantes del pueblo querían a toda fuerza ganar terreno sin embarazarse por las consecuencias.» Mas, como dice Jómini (1) «para hacer decisiva esta empresa, era necesario perseguir al enemigo, no darle ningún reposo, hacerle empeñar una batalla ante los muros de Pamplona, antes que hubiese tenido tiempo de rehacerse de su primer *estupor*, y tal era la intención de Moncey, pero un huracán espantoso vino a detenerle en medio de sus éxitos, así como una lluvia torrencial acompañada de granizo y de viento que duró ininterrumpidamente varios días, pero que no impidió que el Ejército francés volviese a recobrar el mismo furor de siempre, después de un momento de descanso que había enfriado el ardor de las tropas e hizo las sufrir mucho, haciendo los transportes de enfermos y de víveres imposibles». El ejército se vió, por tanto, detenido desde el primer momento en los puestos en que se encontraba.

Posiciones francesas en el nuevo frente ocupado

Era necesario tomar posiciones en el nuevo frente ocupado y al efecto, el ejército de que se trata organizóse en cuatro divisiones. La primera, a las órdenes del General Fregeville, ocupaba Lecumberri; la segunda, a las del General Marbot, cubría el espacio comprendido entre Lecumberri y Olagüe; sus puestos avanzados fueron adelantados hasta Gascue, Latasa y delante de Ostiz; la tercera división se extendía desde Larrasoña hasta Vizcarret, al mando del General De Laborde, y la cuarta, a las órdenes de Mauco, se extendía por los pueblos de Burguete, Roncesvalles, Arribe, Garralda, Orbaiceta, Orbara y Villanueva, al otro lado de Irati, en su orilla izquierda. En esta posición, que el propio criterio francés califica de penosa, el ejército de la Revolución fué poco inquietado por las tropas españolas.

Los franceses intentan acercarse a Pamplona (15 de noviembre y 24 del mismo). Acciones de Iroz y Zabaldica

No obstante lo desfavorable de las circunstancias, el 15 de noviembre quisieron los franceses acercarse a Pamplona, dando lugar a las acciones de Iroz y Zabaldica. Tan sólo la información oficial de la *Gaceta*

(1) Obra citada, cap. XLI del libro VII.

de Madrid, del 28 de noviembre, nos da conocimiento de esta acción en carta escrita por el Conde de Colomera, el 21 de dicho mes, en la que se remiten copias de los partes que este General en Jefe había recibido de su subordinado el Marqués de Castelar y éste del Brigadier D. Benito Pardo de Figueroa, Coronel del Regimiento de la Princesa, quien a su vez transmitía el que le enviara el Teniente Coronel del mismo Cuerpo D. Juan O'Neill.

Resumiendo todo cuanto se dice en tales documentos, es fácil deducir que en la mañana del 15 de noviembre de 1794, la división que desde Burguete había descendido por la carretera que alcanzando en Zubiri el valle del río Arga, marcha paralelamente a este río por Larrasoña, Huarte y Villava a Pamplona, estableciendo sus cuarteles en Zurriain, intentó efectuar un reconocimiento sobre las posiciones españolas que se extendían a lo largo del curso del Arga y de la carretera referida, o como en aquella época se decía, camino Real. El frente español apoyaba su derecha en Alzuza, no lejos de Huarte, y la izquierda ante Anchoriz, teniendo sus puestos avanzados en Zabaldica, sobre el camino citado, en la orilla derecha del Arga, e Iroz en la opuesta.

El puesto de Zabaldica se hallaba al mando del Teniente Coronel don Juan O'Neill, del Regimiento de la Princesa, así como el mando de este ala al Brigadier, Coronel del mismo, don Benito Pardo de Figueroa. Eran las ocho de la mañana cuando O'Neill recibió el parte de la guardia de Caballería, dando cuenta de que unos 1.500 hombres se dirigían a la altura de Anchoriz y que otras tres columnas, cada una de 600 con 80 caballos, se aproximaban por el canal de Zubiri (1) a nuestras avanzadas apostadas sobre el camino Real. Tomadas las disposiciones oportunas, mandó el Jefe de que se trata reforzar con 80 hombres del Regimiento de Africa, la posición del monte de Zabaldica, para sostener la avanzada de la izquierda en caso que fuese atacada, y los capitanes del Regimiento de la Princesa que guarneían al camino Real, que si eran atacados por fuerzas superiores vadeasen el río y se replegaran con dirección a las montañas de Iroz para defender dicho camino y con otras dos compañías del propio Cuerpo, se situaran a la inmediación de la avanzada de la izquierda, por presumirse sería el ataque a este puesto.

A las ocho y media de la mañana pudieron los nuestros, establecidos en la altura de Zabaldica, ver que la columna de los 1.500 hombres se habían posesionado del monte y bosque de Anchoriz, desde cuya ventajosa posición batían ya la expresada avanzada, que obligaron a retroceder algo al principio. Pero habiéndole enviado de refuerzo 50 hombres de la Princesa, al mando del segundo teniente D. Joaquín Moreno y del subteniente D. José Ordóñez, se logró ocupar el mismo punto que teníamos, no obstante el vivísimo fuego que tuvieron que sufrir.

El Brigadier Pardo de Figueroa, que se había dado cuenta de cuanto

(1) Este canal debe de ser el propio río Arga antes de llegar a Larrasoña.

ocurria, mandó para reforzar este punto, una compañía de Voluntarios de Aragón y otra de las de su Regimiento de la Princesa, reconociendo en su parte al Marqués de Castelar, que debido a ésto y a las buenas disposiciones del Teniente Coronel del expresado Cuerpo don Juan O'Neill, se consiguió rechazar al enemigo y perseguirle hasta sus cuarteles de Zuriáin. Estos refuerzos llegaron a las nueve y media, según lo declara este jefe y comunica que el puesto de Anchoriz fué atacado con tanta bizarría por la tropa de Voluntarios de Aragón y Princesa, que consiguió el empeño hasta poner al enemigo en precipitada fuga, siguiéndole hasta una legua de camino.

Todo ésto había ocurrido por el flanco izquierdo de nuestro frente de ataque; por el de la derecha, los franceses consiguieron situarse en el monte de Iroz, y siendo indispensable desalojar de esta ventosa posición, el Brigadier Pardo de Figueora determinó atacarlos con dos compañías de su Regimiento y otras dos de los citados Voluntarios. El empuje de estas tropas fué tan enérgico, que el enemigo abandonó inmediatamente el citado monte y hubo de retirarse por la izquierda del río hasta Zuriáin. Advertía nuestro Brigadier que, para poder emplear estas tropas en una operación tan necesaria, le había servido de mucho el refuerzo de tropa del Regimiento del Rey, que le había enviado oportunamente el Mariscal de Campo D. Antonio Filangieri.

Por lo que al Marqués de Castelar se refiere, éste, al tener noticia del ataque realizado por los enemigos y haberse asegurado de que las tropas avanzadas en Zabaldica y en Iroz se disponían a rechazar el ataque de los soldados de la Revolución, a las nueve de la mañana mandó tocar a generala y colocó sus tropas en los parajes acostumbrados, aguardando de este modo los avisos correspondientes para suministrar desde su puesto o cuartel general en Huarte los auxilios que fuesen posibles a la parte donde los juzgasen más necesarios. Lo que así ejecutó, dándose cuenta de cuanto hemos relatado. Y al saber que los enemigos con fuerzas de infantería y caballería se dirigían por el camino Real, al momento mandó al Brigadier don Juan Butler, *por la regata*, con una compañía de granaderos y dos de fusileros del Regimiento de su mando, para que se dirigiesen a Zabaldica y custodiar y defender el referido camino, para cuyo efecto, igualmente, mandó acompañase a esta tropa una partida de guerrilla compuesta de doce Dragones de la Reina. Sea por la presencia de este refuerzo, o por los reveses sufridos en Anchoriz, Zabaldica e Iroz, a la una del día había cesado enteramente el fuego.

No era parco el Marqués de Castelar en dar conocimiento al Conde de Colomera del brillante comportamiento observado por las tropas que habían tomado parte en la anterior operación. Y no sólo manifestaba como el Mariscal de Campo don Francisco Antonio Filangieri: «Se avanzó desde el principio y distribuyó sus órdenes y disposiciones con el mayor acierto y notorio conocimiento, sino que se encontraba en el caso de no poder menos de hacer mil elogios del Brigadier D. Benito Pardo de Figueora y, sobre todo del Teniente Coronel D. Juan O'Neill.

lle. Igualmente recomendaba el justo mérito que habían adquirido todos los oficiales, muy particularmente los que enunciaba éste último jefe.»

Marcillac dá cuenta de los combates entablados los días 15, 24 y 25 de noviembre

De estas acciones, Marcillac da cuenta manifestando que, después de ataque realizado el 15 de octubre: «todo fué tranquilo hasta el 15 de noviembre, en cuya fecha los franceses intentaron aproximarse más a la capital de Navarra. Salieron del centro de su posición delante de esta plaza, y llegaron a los pueblos de Zabaldica y de Iroz, pero después de un combate muy vivo se vieron obligados a retirarse a sus puestos de Sorauren y Olague.»

El 24, los franceses volvieron a la carga, pero concentrando sus operaciones sobre Pamplona, extendieron su ataque por todos los puestos que defendían o cubrían esta plaza. En la izquierda de los españoles, doce mil franceses se apoderaron del pueblo de Navaz, que fué defendido con obstinación y valor, pero en su derecha los españoles forzaron los puestos enemigos y les arrojaron de los pueblos de Sorauren, Olave y Olaiz. Rechazáronles de las alturas que se encuentran situadas frente a Ostiz y se mantuvieron en esta posición, no obstante los esfuerzos enemigos para recuperarlas, en tanto que las tropas de la izquierda, habiendo recibido algunos refuerzos, tomaron la ofensiva y forzaron a los franceses a evacuar los pueblos de Belzunce y de Anoz.

Jómini enjuicia la conducta de los generales Marbot y Colomera. Establecimiento de Urrutia a retaguardia de Pamplona

Reconoce Jómini que este combate sangriento entablado el día 24 y que duró hasta el 25 de noviembre, entre la división Marbot y el Cuerpo español que cubría Pamplona, victorioso el primer día para el francés, no lo fué en el segundo, en que se vió arrojado de Olague y Sorauren, y expone cómo Urrutia pudo volver a ordenar sus tropas estableciéndolas a retaguardia de Pamplona, entre el río Iراتi y el Arga; la derecha en Urroz, la izquierda en Zabalza, y la vanguardia a la derecha apoyada en el curso de este último río. La guarnición de la plaza fué completada al contingente de diez mil hombres con el auxilio de las milicias y hubieron de perfeccionarse las fortificaciones.

Manifiesta el historiador militar que citamos, cómo durante todo este lapso de tiempo, Colomera no realizó movimiento alguno en favor

de su derecha y permaneció como encerrado en las posiciones de Mondragón y de Vergara, sin tratar de reunirse con Urrutia, maniobrando entre los ríos Ega e Ibero, ni penetrar en el valle de Baztán para inquietar el flanco derecho del Ejército republicano. Parecía esperar el rigor de la estación para conseguir aquéllo que un General activo no debía alcanzar más que de sus combinaciones. Y coincidiendo con este parecer, Marcillac, opina que, la superioridad que los españoles habían recobrado ante Pamplona, podía devenir funesta a los franceses, puesto que, si el Conde de Colomera hubiera llevado fuerzas considerables sobre este punto, habría forzado a los enemigos a evacuar el valle de Baztán y, a consecuencia de esta maniobra, recuperando los puestos de Vera y de Irún, la seguridad de las divisiones que habían ocupado Vizcaya y Tolosa se hubiera visto comprometida.

Información de la «Gaceta de Madrid» (2 de diciembre) relativa a las acciones de los días 24 y 25 del mes de noviembre

Una vez más la información oficial española responde a la verdad de los hechos. La *Gaceta* del martes 2 de diciembre, daba al conocimiento público la siguiente información: «El Sr. Conde de Colomera, General en Jefe del Ejército de Navarra y Guipúzcoa, en carta del 25 del actual, escrita en Pamplona, refiere, como sigue a la letra, las brillantes acciones en que nuestras tropas, no sólo rechazaron a los enemigos en sus ataques obstinados que ejecutaron el 24, sino que los desalojaron enseguida de varios puestos ventajosos que ocupaban.»

«Recelando por los movimientos del enemigo, que con la fuerza de doce mil hombres meditaba atacar mi izquierda situada en Ilzos (1) y los Berrios, expedí mis órdenes a todos los Comandantes de los puestos, con prevención expresa a cada uno de lo que deberían ejecutar, y reforcé con dos Batallones de Reales Guardias Walonas, y uno del Príncipe que saqué de la guarnición de esta plaza, la citada izquierda mía. Dispuesto ésto monté a caballo a las seis de la mañana de ayer con dirección al expresado paraje, llegando a ella tan a tiempo; que empezaba el fuego de los contrarios, los que se presentaron en varias columnas de infantería sostenidas de sus respectivos escuadrones de caballería y precedidas todas de partidas avanzadas de tropas ligeras.»

«Bizarramente resistieron la acción nuestras tropas, y la sostuvieron con empeño y tesón hasta que obligaron a los enemigos a retirarse de su primer ataque, cargándoles siempre hasta los pueblos de Belzunce y Anoz; y viéndoles ya en estado que no podían renovarlo por aquella parte, dejando con el mando de los Cuerpos allí situados al Mayor

(1) ¿Cildoz?

General D. Ventura Escalante, que me seguía desde el principio de la acción, me dirigi a mi derecha que mandaba el Teniente General don Joseph Simón de Crespo, a quien de antemano le tenía prevenido atacase antes del dia las alturas que dominan los pueblos de Sorauren y Olague, y en el camino me encontré un ordenanza, que me traía un parte suyo, notificándome en él que las había ocupado, desalojando de ellas a los contrarios, aunque con alguna pérdida.»

«Luego que verifiqué mi llegada a aquel paraje, examiné los puestos que ocupaban las tropas de S. M., como también las de los enemigos, y visto que no habían llegado los batallones de la Princesa y Voluntarios de Aragón, que había mandado venir a reforzar las citadas alturas tomadas, y que los contrarios habían recibido algunos batallones de refresco, con los cuales se adelantaban con el fin de volverlas a recuperar, previne a los Cazadores de Galicia y al Batallón de Ultonia sostuviesen a toda costa las nominadas alturas de la izquierda; lo que practicaron con obediencia y valor, hasta que habiendo llegado después el Provincial de Toro, el resto de los granaderos de Galicia, y el primer batallón de la Princesa, auxilié con aquél el referido puesto de la izquierda, y con los otros el de la derecha. El fuego continuaba con mucho tesón, sin declararse por una y otra parte la mayor ventaja.»

«A la una del dia se me incorporó en aquel sitio el segundo batallón del Regimiento de la Princesa y los Voluntarios de Aragón, con cuyo oportuno refuerzo se superaron los puestos de los enemigos, y se les puso en precipitada fuga, persiguiéndoles nuestra gente llena de vigor, alegría y buena disposición, hasta arrojaños de los lugares de Olague y Oláiz y de las alturas que tienen a su frente muy cercanas al de Ostatiz; todo lo que estaba concluído a las tres de la tarde, pero reconociendo ya que nuestra tropa se hallaba muy fatigada de la acción, y que no se había desayunado ni comido, mandé hiciese alto para que lo practicase y descansase, dejando colocada la línea como juzgué más conveniente a su mejor defensa.»

«Todos los Generales, los Jefes de los Cuerpos, sus Oficiales y tropa, han llenado completamente sus deberes, manifestando a porfía los vivos deseos de sacrificarse hasta lo último, cuya noble emulación me ha servido de la mayor complacencia. El Duque de Osuna me acompañó desde el principio del ataque hasta su conclusión, lo mismo que ejecutaron el Cuartel-Maestre General D. Antonio Hurtado, y el Teniente General D. Francisco Horcasitas, que me pidió voluntariamente encargarse del mando de un escuadrón de Farnesio, destinado a avanzar hacia los enemigos, lo que le concedí.»

«Espero que V. E. se sirva elevar a la noticia de S. M. este favorable suceso, con las ventajas conseguidas por sus Reales armas, reservándome para después pasar a manos de V. E. la relación de aquellos gestos que particularmente se hayan distinguido y el detalle circunstanciado de heridos y muertos que hemos tenido; pero puede Vuestra Excelencia asegurar al Rey que los enemigos han perdido mucha

PLANODE LA PLAZA

CLUB JUJU DE PAMPLONA. — *Y*o, el dominguero de Pamplona, anduve de vacaciones en la villa de San Sebastián, y allí, en el famoso restaurante "El Jújú", que dirige el chef don Juan José, comí un plato que me quedó en el estómago, y que no pude olvidar. Me refiero a la "olla de callos", que es una especie de callos de cerdo, cocinados con cebolla, puerro, caldo de carne, y un poco de aceite, y que se sirven con un poco de leche. Es un plato que me quedó en el estómago, y que no pude olvidar.

Civillium



Plano de la plaza y ciudadela de Pamplona.

gente, y que han dexado a nuestra vista bastante número de cadáveres, como también se han hecho algunos prisioneros, y recogido heridos que no pudieron retirar.»

Información francesa sobre dichas
acciones

La información francesa nos facilita detalles que escapan a la consideración o indicación de los informes españoles. Era este día el General Marbot el que dirigía el ataque francés. A la derecha suya, el General de Brigada Pinet, fué el que con dos batallones y sesenta dragones se apoderó del pueblo de Navaz, después de una muy viva resistencia, según antes indicamos, y reconoce esta información francesa, que este movimiento fué seguido de una pronta retirada, puesto que la izquierda del Ejército republicano había sido rechazada. «Los españoles habían llevado a este costado sus principales fuerzas, y después de haber arrojado a los franceses de los pueblos de Sorauren, Olave y Olaiz, las persiguieron hasta las alturas de Ostiz, en donde se detuvieron. No fué sin algún temor, como los franceses desmoralizados, rendidos de fatiga y desprovistos de municiones, esperaban el día siguiente. El ataque se reanudó, por parte de los nuestros, a buena hora y con no menos furor. Los españoles parecían recobrar sus ventajas de la víspera, cuando un batallón vasco, destacado de Zubiri, vino a través de las montañas a cogerles por retaguardia. Fué entonces una derrota general por parte suya. Más de seiscientos quedaron sobre el campo de batalla, hicieronse pocos prisioneros, la mayoría de los que habían caído vivos en manos de los franceses fueron despiadadamente degollados, después de la acción. Una ley había ordenado la guerra a muerte y ella fué ejecutada en esta ocasión. Algunos combatientes más humanos, entre ellos Harispe, jefe de brigada de los vascos franceses, salvaron la vida a algunos hombres haciéndoles pasar por desertores. Cerca de cuatrocientos franceses fueron puestos fuera de combate durante estas dos jornadas.»

No hemos de desmentir desde el primer momento al ciudadano Beauzac, en cuanto declara en esta *vigorosa* información, ni tampoco tenemos gran interés en rebatir aquella otra, manifestando, cómo los habitantes de Pamplona, dando la derrota de los franceses como cierta, hubieron de salir en masa de la villa para gozar de este espectáculo, pero que, desde el momento en que la fortuna se declaró contra las armas españolas, llenos de espanto, se precipitaron en tumulto en la población, creyendo ya ver sobre sus murallas al ágil cazador de Baigorri. Pero si esto fué así, ¿cómo los franceses tuvieron que abandonar, según hemos dicho anteriormente, los pueblos de Sorauren, de Olave y Olaiz, así como los pueblos de Balzunce y de Amoz? ¿Dónde estaban o qué les ocurrió a los ágiles cazadores de Baigorri?...

Enseñanzas que proporcionan los hechos anteriores tanto a Moncey como a los Comisarios. La esperanza de la inmediata conquista de Pamplona se desvanece

Pero tanto los resultados de estas acciones de los días 15, 24 y 25 de noviembre, como las disposiciones tomadas por Colomera para la defensa de Pamplona, llevaron al ánimo del General Moncey, como de la inmensa mayoría de los franceses, la convicción de que, en vez de la conquista de Pamplona que daban como cosa fácil los Comisarios de la Convención, acompañada como era lógico de la derrota de nuestro ejército, podría muy bien suceder que vieran muy pronto la del suyo, si no se acogían a territorios sólidamente ocupados, en que pudieran rehacerse de las pérdidas que llevaban ya experimentadas. (G. de Arteche.) (1).

El sueño conquistador de los decididos y flamentes comisarios de la Convención, quedaba desvanecido. «Esta nueva invasión de los franceses resultó, así, más aparatoso que útil; porque, después de todo, vió el General Moncey que, careciendo de medios suficientes para emprender el sitio de Pamplona, no obtenía otros resultados que el incendio de algunos pueblos, y el convencimiento de que no podría por entonces mantenerse en un país, todo él sublevado y que no tardaría en reivindicar su independencia. Un historiador francés, recordando que el rey Francisco I, duque de Valois (2), en 1512, vió destruido su ejército en aquellos mismos sitios y por iguales causas, dice así: «Por todos lados se dejaba sentir la necesidad de abandonar tan ásperas posiciones. Los caminos se hacían de día en día más impracticables, hallándose los transportes destruidos, y los soldados, extenuados por la falta frecuente de alimento y por las aguas corrosivas de las montañas, desnudos y miserables, iban en montón a parar a los hospitales.»

Ante la terminante declaración de este escritor francés, que no es otro, que el conocido ciudadano Beaulac, no es lógico que nuestro historiador militar pregunte: ¿Se quiere una prueba mayor de la impotencia de los franceses en su invasión de España y de cuán cara les hubiera salido de haber el Gobierno español mirado con la atención que cumplía cuáles eran sus deberes en la defensa de nuestro territorio?

(1) Obra citada, pág. 415.

(2) En esta ocasión el Duque de Valois no era todavía rey de Francia, pero gobernaba como tal al servicio de Luis XII, que le llamó a su lado cuando no tenía más que siete años.

Según lo esperaba Colomera, Moncey decide abandonar el cerco de Pamplona. Se combina esta retirada con un avance de la división de Fregeville en Guipúzcoa sobre Vergara

El momento que pudiera esperar Colomera para ver, en cierto modo, despejada su situación por razón del mal tiempo, hubo de llegar. «Moncey—expone Jómini—estaba convencido que no podía mantenerse ni sitiaria Pamplona, sin librara una batalla decisiva que Urrutia podía aceptar con iguales probabilidades o garantías de éxito. El general francés calculó también que la estación estaba demasiado avanzada para permitir el transporte a través de las montañas del inmenso material de guerra necesario para un sitio, y que lejos de encontrarse en estado de poder alcanzar el provecho de una victoria, le sería más favorable no exponerse al peligro de una derrota. Resolvió, por consiguiente, retirarse a San Sebastián, después de haber abatido las defensas del enemigo, y quemado las fundiciones de Orbaiceta y de Euguí; devastación tanto más fatal, por cuanto que estos establecimientos, consagrados a la artillería de la marina española, habían servido, desde hacia cincuenta años, a los intereses de Francia y debían serlo todavía útiles el día en que España retornara a su política natural» (1).

La retirada del Ejército francés detenido ante Pamplona se imponía, y hubo de decidirse El General Moncey, habiendo, sin duda, recibido de los poderes de su Gobierno, que le colocaban en situación de seguir sus planes ciegamente por mando de sus representantes, permitido para llevar a cabo dicha empresa, dispuso su realización para el 29 de noviembre. Mas queriendo hacer de ella una causa de éxito ocultándola a los ojos de su Gobierno (Marcillac), combinó un ataque a Vergara al mismo tiempo que sus tropas del ala izquierda evacuaran Navarra. Desde luego, como lo indica Jómini, este movimiento retrógrado era delicado, dado que era preciso ejecutarlo ante Urrutia, que espiaba el momento de caer sobre el Ejército francés y hubo de preludiarla con operaciones más serias por medio de ataques a los puestos, en las que, desde luego, había ya obtenido algunas ventajas.

(1) Como pueden observar nuestros lectores, Jómini hace alusión a las relaciones que entre España y Francia había establecido el Pacto de Familia, y que después de esta guerra fueron reanudadas por Godoy, primero con el Directorio y el Consulado, y luego con Napoleón.

Marcha de la división de Fregeville a Vergara y ocupación de la misma (25 de noviembre). Lamentable sorpresa que este hecho causa en el ánimo español, desmorallizándolo

«A fin de asegurarla, la división de Fregeville recibió orden de desfilar por Irurzun sobre Mondragón, para arrojar de sus puestos el Cuerpo español que había quedado en Guipúzcoa, en tanto que la División Laroche, recientemente formada con batallones llegados del Oeste, se dirigía sobre Vergara, en dos columnas, por Placencia y Azcoitia». Según lo declara Jomini, esta combinación no obtuvo todo el éxito que de ella se esperaba: «La vanguardia de Urrutia, batida en Irurzun, hubo de replegarse a su Cuerpo de batalla; pero Fregeville, falto de guías, no pudo llegar a tiempo a Mondragón para cortar la retirada de la división Rubí, que el General Laroche había sorprendido y batido delante de Vergara, ni a la de Gil, rechazada de Placencia, por el General Schilt y que se reunió a la primera, en marcha, de Salinas. Estas columnas fueron rechazadas tan sólo por el disparo de algunos cañones.»

Reconoce Marcillac, que queriendo Moncey llevar a cabo su plan anteriormente indicado, ordenó que: «En la noche del 25 de noviembre, la división francesa que ocupaba Lecumberri, se pusiera en marcha hacia Vergara para cooperar al ataque de esta posición; pero este puesto, inexpugnable por poco que fuera defendido, había sido evacuado por las tropas españolas a las órdenes del General Rubí, antes de que el Cuerpo de tropas, que debía atacarle frontalmente, hubiera podido llegar en su totalidad. Algunos disparos de la vanguardia francesa fueron suficientes para forzarle a desfilar al momento. El terror, la confusión, hubieron de extenderse entre las tropas, y poco faltó para que el propio General fuese capturado en el momento en que iba a sentarse a la mesa. La derrota de estas tropas no perjudicó más que al General que las mandaba; no tomó ninguna de las precauciones necesarias para la defensa, no obstante lo bien fácil de este puesto, y perdió la cabeza cuando los disparos de fusil le anunciaron la proximidad de los enemigos. Esta división se retiró a Salinas, abandonando todo el valle del Araquil. Después de haber saqueado a Vergara, los franceses ocuparon a Azcoitia y Azpeitia en la orilla del Urola, que baña los muros de Vergara, aproximándose así a la frontera vizcaína.»

El Marqués de Rubí convoca un Consejo de Guerra, que considera imposible la defensa de aquella frontera. Saqueo de Ciordia

Hemos de hacer recordar al lector que, al tratar de las biografías de los personajes que más se distinguieron en la guerra objeto de nuestro estudio, en la de don Prudencio María de Verástegui, ilustre prócer alavés, se dió detallada cuenta de los sucesos que acaban de citarse. En esta biografía, se manifestaba cómo aterrorizado el Marqués de Rubí, había llegado a Ullívarri y Gamboa, reuniendo Consejo de Jefes, en el que acordaron ser imposible la defensa de aquella frontera en tales condiciones, y sin más medios de defensa, asegurando en el parte allí confeccionado, que Guipúzcoa estaba perdida. Expone G. de Echávarri, que el día 30 de noviembre era tal el pánico en los Generales del Ejército nacional (1), que el Delegado Regio D. Pedro Flores Manzano hubo de retirarse de Vitoria a Armiñón, y los pertrechos de guerra que Rubí tenía en Mondragón, trasladados a la capital de Alava por un convoy. El Capitán D. José Rubio, Comandante del puesto de San Adrián, hubo de manifestar que había hecho una descubierta y que los franceses, después de saquear Ciordia la noche anterior, habían penetrado en la iglesia, roto el Sagrario, hecho pedazos la imagen de Nuestra Señora, y robar en los montes de Encia todo el ganado de cerca que encontraron, y después de cometer todos estos atropellos, se retiraron a Olazagutia. Informaba también el Capitán Rubio, que aunque los alaveses hubieron de atacar al enemigo, ante la superioridad numérica del mismo, se refugiaron en una colina de la parte de Alzania, teniendo noticias ciertas de que 700 hombres habían penetrado en Segura.

Moncey dispone una retirada general. Disposición del frente adoptada por el Ejército francés en toda su extensión

Pero desde el momento en que el General en Jefe del Ejército francés de los Pirineos occidentales, recibió autorización para llevar a cabo su plan de abandono del sitio de Pamplona y retirada a posiciones que aseguraran la existencia y fortaleza de su ejército, no obstante esta victoria obtenida por el General Fregeville, que desde Tolosa y en combinación con otras columnas que, habiendo partido de Icia y Guestraria, habían arrojado a los españoles y al Marqués de Rubí, que los

(1) Se refiere, claro está, a los que operaban en aquel sector.

mandaba, de Vergara y Azpeitia, según hemos visto, dispuso una retirada general que, con el pretexto de los cuarteles de invierno, viniera a ponerle en éste de 1794 a 95, a cubierto de cualquier ataque que pudieran emprender las tropas del Ejército español en Navarra y, con ellas, los voluntarios vizcaínos que, desde sus posiciones en el Deva, guarnecían la frontera desde el mar a la villa de Mondragón, que era en aquellos días el centro de la sublevación vascongada contra los invasores.

Aprovechándose de la inactividad del General Urrutia en esta ocasión, la retirada pudo realizarse sin dificultad alguna, y de esta suerte Fregeville, con dieciséis compañías de granaderos y nueve batallones, pudo colocarse al flanco derecho de Tolosa, entre Azpeitia y Azcoitia; la división Laroche, entre esta última villa y Lizarza; Marbort, con catorce batallones, cubría a Hernani, a San Sebastián, el Puerto de Pasajes y Fuenterrabía; Laborde ocupaba el valle de Bartzán y el de Lerin, con dieciocho batallones y, finalmente, la división Mauco ocupaba los Alduides y el coll de Berderitz (1).

La marcha de Fregeville, según Beaulac

Según la información proporcionada por Beaulac, para hacer fácil y honrosa esta retirada del 9 frimaire (29 de noviembre), el 6, o sea el 26, el General de División Fregeville, recibió la orden de marchar con seis batallones de que hemos dado cuenta anteriormente, para cortar la retirada de un Cuerpo de cerca de cuatro mil hombres, acampado en las alturas de Vergara y a las órdenes, según sabemos, del Marqués de Rubí. Al día siguiente, cuatro batallones se pusieron en marcha desde Tolosa y otros dos de Guetaria para atacar a los españoles de frente. Fregeville durmió el 6 en Lacunza, el 7 cerca de Salvatierra, el 8 en Segura y el 9 en Anzuola, no llegando a Vergara hasta cuando las otras dos columnas reunidas, habían ya batido a los nuestros. El día 8, los granaderos, a las órdenes de Gravier, habían empeñado la acción que no había sido ni larga ni mortífera; puestos en derrota los soldados de Rubí, habían huído en la más grande confusión, dejando ciento cincuenta muertos en el campo de batalla; habiendo hecho los franceses doscientos prisioneros, cogido un cañón y cuatro banderas. Y afirma el ciudadano francés, que es probable que, si por diversas circunstancias la marcha del General Fregeville, que debía pro-

(1) El 17 frimario (7 de diciembre), el ciudadano Harriet, Jefe del primer batallón de cazadores vascos, volviendo de la expedición de Vergara, recibió orden de ocupar Gatzelu, pueblo a una legua y media al este de Tolosa, y que estaba ocupado por los españoles. Una viva fusilada hubo de empeñarse, como consecuencia de la cual los nuestros tuvieron que retirarse en dirección a Gorriti.

longarse hasta Salinas y Mondragón, no hubiese sido modificada, el Cuerpo de tropas del General español, hubiese quedado copado."

Y el historiador francés declara que, como anteriormente se expuso, Vergara fué saqueada y los franceses tomaron entonces posesión de Azpeitia y Azcoitia. Y respecto a las divisiones que el 9 de frimaire (29 de noviembre), efectuaron su retirada, asegura que, la división de la derecha, que había sido reforzada por muchos batallones venidos de la izquierda, hizo alto en Tolosa, según sabemos; la de Marbot, en Lescara y las Cinco Villas, y la del General Mauco en St. Jean Pied de Port por Orison y los Alduides, no ofreciendo los españoles obstáculos en ninguna parte.

Refiriéndose a esta retirada, la *Gaceta* del martes 9 de diciembre, daba traslado de una carta que el Conde de Colomera había enviado a la Superioridad, con fecha 1 del mismo. El texto de la misma era el siguiente:

Información oficial de la «Gaceta de Madrid» de dicha marcha

«Manifesté a V. E., con fecha de 27 del corriente, por extraordinario, la retirada que ejecutaron los enemigos; mis disposiciones para cargarlos, y los puntos a que habían llegado y ocupaban, en aquel entonces, las tropas del Rey, reservándome hasta estar más instruido, el continuar en los demás sucesos.»

«Efectivamente, no han perdonado los contrarios precaución alguna para ocultar sus intentos de replegarse, pues lo verificaron a la media noche, sin preceder toque de caja ni otra señal, temerosos y acelerados de que se les persiguiera, dejando algunos soldados enfermos y cansados, fusiles, bayonetas, sacos de bizcocho y otros efectos que podían embarazarles y detenerles en su fuga; y para mejor cohonestar sus intenciones, dispusieron hacer una llamada o diversión por la parte de Guipúzcoa y valle de Araquil destacando alguna porción de la gente que tenía en Tolosa, Hernani y San Sebastián, y de la que asimismo se retiraba de Lecumberri en forma de ataque o expedición, penetrando hasta Vergara y dicho valle de Araquil, según me manifiesta el Marqués de Rubí, y yo lo haré pormenor de este suceso, luego que lo practique aquel General, y me entere de las circunstancias que precedieron y acaecieron, como de su conclusión; pero no creo fuese otro su objeto que el que llevo insinuado, y en el día me prometo estarán retirados también de aquella parte como lo han ejecutado de Araquil, y lo sé por las noticias que acabo de recibir, con lo cual ha quedado ya libre enteramente la comunicación de Vitoria a esta plaza.»

«Por nuestro frente, ocupamos el valle de Ulzama, pueblo de Eugui y alturas inmediatas. Por la derecha, tenemos todos los valles, desde la línea divisoria acá, a excepción del de Valcarlos, que se perdió en la

anterior campaña, a causa de estar del otro lado de los montes, incluyéndose, en lo que nuevamente se ha adquirido; el valle de Salazar, el de Aezcoa, fábrica de Orbayceta, aunque destruída, Burguete y Roncesvalles; y por la izquierda, la antigua posición de Lecumberri, que cubre los valles de Larraun, Basaburúa Mayor, Moz y Gulina.»

«Sin embargo de la prontitud con que dispuse seguir a los contrarios, no dió lugar, su presteza, a cargarles de firme, y sólo sí les hemos tomado algunos prisioneros, heridos y enfermos que no pudieron transportar; manifestándome en todos los lugares que han evacuado la miseria en que se hallaban, las enfermedades que les consumían, y la pérdida que aquélla y éstas les ha ocasionado. La citada retirada, la practicaron al valle de Baztán, San Juan de Pie de Puerto y pueblos que mantienen de la provincia de Guipúzcoa.»

Retirada del Ejército francés de las proximidades de Pamplona

La retirada del Ejército francés de Navarra, era un hecho. Por su evacuación, Pamplona se encontraba a salvo. Los españoles recuperaron sus primeras posiciones de las que habían sido lanzados desde el mes de junio, es decir, que su derecha estaba apoyada en los Alduides, Orbaiceta y Euguí; su centro, al norte del valle de Ulzama (dados que los franceses conservaban el curso del Bidasoa), y su izquierda en Lecumberri y el coll de Arráiz, cubriendo la grande comunicación con Navarra. Estos últimos puestos, estaban mandados por D. Antonio Fianquier (L. de Marcillac).

Coincidiendo con estas declaraciones del historiador francés, al servicio de España, Jómini, expone: «El riguroso invierno que valió al Ejército del Norte la conquista de Holanda, rindió al de los Pirineos un reposo, tanto más preciado, por cuanto las hostilidades, en medio de las nieves y de los precipicios helados, pudieran habido, acaso, acarreando su ruina, y que una epidemia cruel causaba ya grandes daños. Así, no obstante los errores del Conde de Colomera, gracias al rigor de la estación los españoles recuperaron, al fin de la campaña, casi las mismas posiciones que habían ocupado al iniciarlas.» Y a continuación señala la posición de nuestro ejército en la forma que se ha dicho.

Moncey trata de invadir Vizcaya y es rechazado por dos veces. Relación oficial española

Pero, aún después de realizada la retirada del ejército francés hubo de manifestarse la actividad guerrera. Quiso Moncey que una división tratara de penetrar en Vizcaya y, en efecto, el 28 de noviembre

hubo de presentarse ante los pasos del Deva, en Sasiola y Elgóibar. Pero el intento resultó fracasado y los vizcaínos, reunidos con un regimiento de línea, habiendo reforzado el puesto de Elgueta, que dominaba las alturas de Vergara del lado oeste de Guipúzcoa en la frontera de Vizcaya, sostuvieron el ataque que los franceses empeñaron el día 30 sobre este puesto. Reanudando su ofensiva el 2 de diciembre, rechazaron a los franceses y les obligaron incluso a evacuar Vergara y concentrarse en Tolosa. Era, por tanto, cierta la versión que del hecho publicaba la *Gaceta de Madrid* del 16 de diciembre de 1794. Decía esta versión:

«El Sr. Conde de Colomera, General en jefe del exército de Navarra y de Guipúzcoa, remite en carta de 8 del corriente el parte que recibió del Teniente General Marqués de Rubí, del Sargento Mayor del Batallón de Voluntarios de Guipúzcoa, que a la letra, es como sigue:

«Excmo. Sr.: Consecuente a las instrucciones de V. E. ocupé la villa de Elgóibar con parte de mi Batallón de Voluntarios de Guipúzcoa, el Tercio de los naturales armados de la misma provincia, mandado por don Antonio de Oyarzábal y cien hombres del Regimiento de las Ordóñez, con su Capitán D. Francisco Bayón, para cubrir la orilla izquierda del río Deva, colocándose al mismo tiempo en Sasiola los tercios de Vizcaya, mandados por D. José Antonio de Gaytán y D. Antonio Varraycúa, para observar por la costa de Guetaria al enemigo, cuando éste el día 28, se presentó en las alturas de Azcoitia con fuerzas superiores, pero con movimientos inciertos de sus operaciones, hasta que descendió por los montes sobre Vergara, cuando V. E. me reforzaba con parte del Regimiento de Laredo, mandado por D. Francisco Moggrovejo; en aquella situación hice replegar hacia mí a los vizcaínos que ocupaban los puentes de Sasiola, y dejando aquellos puestos, en razón de los que ocupó el enemigo nuevamente en Vergara, pasamos a la cordillera del monte de Arrate para observarles; y sabiendo que se entretenía en Vergara, los Comandantes, de común acuerdo, nos dirigimos a ocupar las alturas de Elgueta, por ser dominantes a la situación del enemigo, donde se aumentó el número de nuestra gente de los naturales de Vizcaya, mandados por su Diputado General D. Ramón de Gacitúa y D. Mariano Castaños, poniéndose para el mismo efecto sobre las armas todos los guipuzcoanos, al mismo tiempo que Vuestra Excelencia me remitió dos mil alaveses a las órdenes de su Comandante D. Felipe Larrea; con la reunión de estas fuerzas tomamos una posición ventajosa para contener los progresos del enemigo, quien se presentó a atacarnos el día 30 en el plano del monte de la Ascensión; pero manteniendo con firmeza nuestra situación favorable, duró el fuego de fusil todo el día, sin más pérdida de nuestra parte que un soldado muerto y ocho heridos, por hallarnos favorecidos de un espeso bosque, cuando el enemigo se hallaba en precisión de maniobrar en descubierto, por cuya ventaja se logró rechazarle hasta el mismo pueblo de Vergara, y continuamos en recibir nuevos refuerzos de estas tres

provincias, y formamos el plan de ataque en varias columnas, que se verificó la madrugada del día 2, que al ver el enemigo nuestro movimiento, abandonó con poca resistencia a Vergara, dejando en él mucha parte de las provisiones que había encontrado, y además se le hicieron seis prisioneros; contrayendo particularmente su mérito la prudente conducta de los Comandantes militares de las divisiones que gobernaban a los naturales de estas tres provincias, quienes concurrieron con emulación al éxito de este día, como asimismo la distinción con que asistió el Teniente Coronel D. Francisco Mogrovejo, sus oficiales y tropa, como igualmente los oficiales y tropa del Batallón de Voluntarios de Guipúzcoa, y asimismo los ya referidos del Regimiento de Infantería de las cuatro Ordenes Militares. — Dios guarde a Vuestra Excelencia muchos años.—Vergara, 2 de diciembre de 1794.—Excmo. Sr. Gabriel de Mendizábal.—Excmo. Sr. Marqués de Rubí.»

Fuerzas del Ejército y tropas alavesas atacan a Vergara

Por otra información no oficial podemos saber que el día 30, muy de madrugada, se presentó en Ullívarri Gamboa, en donde estaban conferenciando el General Rubí y D. Prudencio María de Verástegui, el Comandante alavés D. Felipe Santiago de Larrea, «para decirle al General que aunque los franceses están en Vergara ellos conservan sus puestos y están prontos para atacarlos, y que se adelante a Mondragón para protegerlos; insisten Verástegui y Larrea en esto, y el Marqués del Rubí les contesta que aquéllo es indefendible, y que si son tan osados, hagan lo que les parezca y quieran». Por esta información extra-oficial, sabemos que, en efecto, los mil alaveses que estando en Arlabán y que hubieron de reunirse con los de Zumárraga y Descarga, formando un total de dos mil hombres, apostados en lo alto de Beirumendi, antes de las cuatro de la tarde, fueron enviados por el ilustre prócer alavés, D. Prudencio María de Verástegui. Al mismo tiempo, uno de los jefes guipuzcoanos escribe al ilustre patrício alavés D. Carlos Ruiz, que pida auxilio a los vizcaínos». (G. de Echávarri.)

Un nuevo testimonio nos sigue dando datos del hecho de que se trata; es el Duque de Mandas, quien, en su citada obra, nos manifiesta: «Pero un provinciano, que era un gran soldado y había de ser en la siguiente guerra con Francia el General ilustre del cuadro de Alba de Tormes, D. Gabriel de Mendizábal, Jefe de uno de los batallones de Guipúzcoa, reunió paisanaje armado guipuzcoano, algunas fuerzas alavesas (2.000 hombres al mando de Larrea y 1.500 vizcaínos que colocó en las alturas de Elgueta y Anguiozar, en todo, unos 5.000 hombres, y a pesar de que Rubí le decía era empresa difícil y arriesgada recuperar Vergara, habiendo empezado a maniobrar el 29 de noviembre, el 2, recuperó la Villa, donde halló muchas municiones y armas francesas.»

El relato del ilustre magnate es cierto. En efecto, en la noche del 30. atacaron a Vergara las citadas fuerzas, mas tuvieron que ceder por haberse quedado sin municiones los guipuzcoanos; pero en la mañana del 2 de diciembre, el empuje fué tremendo, la acción reñidísima y los franceses hubieron de retirarse a Azcoitia y Elosúa, dejando en el campo de batalla dieciocho muertos y cuarenta y siete prisioneros. Muchas fueron las bajas por ambas partes, y entre ellas debe citarse al Teniente alavés D. Pedro Guibilorado, herido de suma gravedad, pero el sol de la victoria lució aquel día para los ejércitos aliados de las provincias hermanas.

**Otros encuentros finales de poca
importancia**

El día 19 de diciembre, escribe G. de Echávarri, el enemigo ataca con inusitada violencia el paso del río Deva por Sasiola y hace jugar la artillería, pero tras un rudo combate, es rechazado hasta Arrona, dejando en poder de los nuestros algunos prisioneros y muchos muertos y heridos. Y Beaulac, por su parte, nos da cuenta de que, el 17 fri-
maire (7 de diciembre), el ciudadano Jarrier, jefe del primer batallón de Cazadores vascos, volviendo de la expedición de Vergara, recibió orden de ocupar Gaztelu, pueblo a legua y media a la izquierda de Tolosa, en donde encontró a los españoles. Empeñóse un tiroteo muy vivo, a la terminación del cual Jarrier, arrojó a los enemigos del mismo, persiguiéndolos hasta cerca de Gorriti, y afirma que, de este modo, concluyó la segunda campaña del Ejército de los Pirineos occidentales. Nos creemos en el caso de no conceder gran significación a este encuentro.

**Juicio crítico de Beaulac sobre la
campaña de 1794. Acertada consi-
deraciones de este escritor**

El juicio crítico que de la campaña que acabamos de describir emite el ciudadano francés, no puede ser más satisfactorio en favor de los suyos. Merece ser conocido en toda su integridad. Se expresa así: «Sucedidos extraordinarios habían cambiado la faz de las cosas y hecho inclinar todas las ventajas del lado francés: el número de sus tropas se había acrecentado prodigiosamente, el espíritu militar afianzado, y un gobierno terrible había establecido un lazo de conjunto en todas las operaciones.»

«Las posiciones de los españoles estaban bien construidas, pero su extremada extensión la convertía en débiles en muchos puntos.»

«Prontos a aprovecharse de su superioridad, los franceses cortaron fácilmente esta línea de defensa allí, donde dirigieron sus esfuerzos.

Desde el momento en que hubieron de caer sobre su retaguardia, ellos abrieron todos los pasos envolviéndoles sucesivamente.»

«Los españoles cometieron dos faltas graves durante esta campaña, la primera fué la de haber dejado sin defensa las plazas de Fuenterrabía y San Sebastián; la segunda, la de haber permanecido en el valle de Roncesvalles después de sus primeros reveses.»

«La ocupación de San Sebastián y de Fuenterrabía, abrieron la derecha a los franceses, y el Ejército de Roncesvalles estuvo a punto de caer por entero en nuestras manos.»

«Cuando se tiene un apoyo tan formidable como el de Pamplona, no había inconveniente en abandonar un país casi desierto al enemigo.»

Pero nos cabe a los españoles un pequeño consuelo; Beaulac nos lo ofrece: «Puede compararse nuestra conducta en esta campaña con la que los franceses habían tenido al comienzo de la precedente: Mismas faltas; mismos reveses. Trabajos inmensos y todo el arte de la fortificación utilizado, no pudieron contrapesar la desventaja del número y la de una defensa demasiado extensa (1). En el país donde combatían los españoles contra un enemigo desprovisto de medios apropiados para un sitio en regla, todos sus cuidados debieron volver hacia las plazas de Pamplona, Fuenterrabía y San Sebastián. Su ejército, reunido en una posición inaccesible, hubiera podido entonces aprovecharse de mil circunstancias favorables que, probablemente, se hubieran presentado. Pero creyeron, después de haber perdido su superioridad, que los propios medios de defensa debían ponerles en seguridad; los sucesos de esta campaña debieron de instruirles sobre este error. Tan sólo hechos favorables debidos al azar, pudieron salvar al ejército español de un completo aniquilamiento.»

No quiere Beaulac que estas consideraciones suyas queden flotando en el ánimo del lector, y dando muestras de no desconocer la historia militar y los escritores de este carácter de la antigüedad, no vacila en apoyar su juicio crítico en los preceptos que éstos pudieran formular. «Maquiavelo—expone—en sus décadas de Tito Livio, examina esta cuestión: «Cuando un enemigo se presenta con una gran superioridad de fuerzas para invadir un país rodeado de montañas, ¿hace falta o no disputarle el paso?» Es necesario, dice, cuando no hay más que un solo paso del que podéis hacer uso fácilmente y mantener vuestras fuerzas; en todo otro caso, vale más salir al encuentro del enemigo o esperarle en el interior del país. Es así como los romanos procedieron por dos veces con Aníbal. La primera, dejándole pasar los Alpes; la segunda, permitiéndole traspasar el Apenino.»

Y por si este ejemplo no fuera suficiente, el ciudadano francés, añade: «Es así como en 1536, el Condestable de Montmorency, dejó a

(1) Afirma este ciudadano que los españoles colocaban ordinariamente sus reductos en baterías emplazadas en cimas muy altas, por lo que sus fuegos, mal dirigidos a grandes distancias, perdían en las cercanas toda eficacia.

Carlos V entrada libre en la Provenza y acampó en la llanura de Avignon.»

«Pero lo que confirma más todavía los preceptos de Maquiavelo, dice el Conde Algarotti, en sus cartas militares, es que ellos fueron observados en 1745 por el Gran Federico de Prusia, cuando todas las fuerzas de la Casa de Austria amenazaban caer sobre él. Hubo de esperarlas del otro lado de las montañas, en la llanura de Strieg, y obtuvo así una victoria completa.»

Consideraciones desapasionadas de Luis de Marcillac

No discrepa de la opinión del historiador francés que nos ocupa, la de su compatriota, pero no compartidor de sus fervores revolucionarios, Luis de Marcillac. Este, según su plan de exposición, no deja esta campaña de 1794 en Navarra y Vascongadas sin su correspondiente y acertado comentario. Y así, dice: «Resumiéndola veremos al bravo Caro usando de todos los medios que le ofrecía su genio, retardar la invasión de los franceses, puesto que él sabía que no podría impedirla; atacándolos diariamente, no obteniendo siempre los resultados que esperaba a causa de una falta de conjunto, que no era debida a sus planes, sino particularmente de parte de uno de sus oficiales generales, el General Urrutia (1). A pesar de ésto, les obligaba a mantenerse a la defensiva, ganando de este modo un retardo favorable. La empresa del 23 de junio es una obra maestra de combinación, y hubiese aplazado más tarde la invasión, si Caro se hubiese mantenido al frente del ejército; pero Colomera cogió el mando en el momento más crítico, y éste en lugar de reunir su ejército en un solo punto importante o principal, lo diseminó, y así se vió forzado en toda su línea. Cuando un ejército numeroso puede mantenerse a la defensiva, cabe extenderse. Pero cuando no se cuenta más que con un pequeño Cuerpo para defender una grande extensión, es preciso formar una masa, mantenerse en el centro de su línea, maniobrar continuamente y estar siempre, incluso, en ocasión de caer sobre el enemigo que quiere penetrar en el país que se defiende». Y en conformidad con estos principios, arguye de este modo Marcillac:

«Teniendo Pamplona su retaguardia, si este General (Colomera), dejando Guipúzcoa bajo la salvaguardia de los habitantes del país, que hubieran ocupado en él los desfiladeros, hubiese hecho otro tanto, el norte del valle de Bartzán con todas sus tropas de línea, su vanguardia y sus milicias en Vera, ¿qué enemigo, incluso superior en número, hu-

(1) En esta imputación poco favorable al ilustre General, no parece Marcillac estar muy en acuerdo con la favorable opinión que por parte de la mayoría del ejército español había merecido.

biera osado atacarle en las posiciones inaccesibles que le era factible ocupar o se hubiera aventurado a penetrar en Guipúzcoa? Semejante empresa hubiera sido imprudente, y dudo que un general inteligente hubiese así comprometido su flanco y su retaguardia delante de un ejército que podía en dos marchas cortarle por completo la retirada. Ved aquí, pues, la primera falta de los españoles; la segunda, muy grave en su sistema defensivo, fué la de no haber realizado todo esfuerzo para defender o recuperar los Alduides, cuya ocupación por los enemigos los colocó a retaguardia del Ejército español, y les condujo consecuentemente a Vera e Irún.»

Pero si para el ciudadano Beaulac, todo lo hecho por los franceses queda fuera de toda censura, para Marcillac: «Los franceses no están exceptuados de algunas faltas militares que habíamos ya indicado. Con las fuerzas que ellos tenían, hubieran podido alcanzar los más grandes resultados, si no se hubiesen entretenido en emplazar puestos delante de Pamplona, en los que no podían, sin embargo, llevar a cabo el sitio, no teniendo gruesa artillería, siendo los caminos difíciles y encontrándose en una mala estación. Estas faltas son debidas, más que a una falta de medios por parte de los generales, a la autoridad ridícula de esos espías o servidores de un Gobierno cobarde, que recibían el apelativo de representantes del pueblo». Y a continuación, el historiador militar glorifica la conducta del General D. Ventura Caro, según lo hubimos de exponer en su biografía.

Juicio crítico de Gómez de Arteche

Gómez de Arteche, después de dar cuenta de la retirada llevada a cabo por el Ejército francés, el 29 de noviembre, y de la última acción del 2 de diciembre, expone: «Así acabó en los Pirineos occidentales la campaña de 1794, si victoriamente, como en los orientales, para los franceses, con dificultades que no les permitieron sacar de ella todo el fruto que esperaban, y era de temer de sus primeros triunfos en las márgenes del Bidasoa. Y no es que dejases de procurárselo, pues habían concentrado en los dos extremos de la cordillera fronteriza de ambas naciones cuantos medios pudieran necesitar, abandonando el Pirineo central a su propia defensa, esto es, a la tranquilidad que le prometían la aspereza de sus montañas y la situación de nuestro ejército, solicitado de los de sus flancos de Cataluña y Navarra en las circunstancias en que se veían, harto más difíciles que las en que él se hallaba. Porque si los franceses intentaron alguna irrupción en el territorio español, sólo había sido desde su abrigo predilecto de Arán, y solo también por vía de diversión hacia el Urgel para ayudar a sus compatriotas en la jornada, tan detenidamente escrita en el anterior capítulo, sobre la capital de aquella interesante comarca del alto Segre. Es evidente el vencimiento de nuestros compatriotas en aquel año,

innegable desde que fué invadida la frontera y asegurada la conquista de una gran parte de la provincia de Guipúzcoa, con la ocupación de las dos solas plazas que debieran servir para su defensa ; pero todavía daba lugar, tal y tan trascendental como fué, a comparaciones con los de la coalición en las márgenes del Rhin, en que no llevarían la parte peor nuestras armas. Porque, con toda la fuerza de ejército tan poderoso como reunieron los franceses frente a la línea española del Bidassoa y con todo el aparato de una invasión, cuyos primeros trances fueron nada menos que la que pudiéramos llamar la gran batalla del Baztán y San Marcial y la rendición de las plazas de Fuenterrabía y San Sebastián, la impotencia de los invasores púsose de manifiesto en su detención ante la corriente humilde del Deva y su fracaso en el intento de apoderarse de Pamplona, induciéndolos o, mejor dicho, obligándolos a retirarse en busca de abrigo y en espera de nuevos refuerzos para su enflaquecido y no poco desmoralizado ejército. Eso que el Conde de Colomera no supo quizá aprovecharse de estos accidentes, del de Navarra particularmente, porque, como dice la historia más encomiástica, de las guerras de los franceses de 1789 a 1815, si aquel General «hubiera sabido reunir sus fuerzas en aquel punto (junto a Pamplona), hubiérale sido fácil obligar a sus enemigos a evacuar el valle del Baztán, y a consecuencia de esa maniobra, que le hiciera dueño de Vera y de Irún, habría cortado las tropas francesas que operaban hacia Vizcaya y Tolosa, comprometiendo singularmente su seguridad.» Y añade a renglón seguido : «Los mismos franceses reconocían más y más todas las desventajas de su posición..»

Comentario de nuestro historiador sobre la conducta del General Caro

No podía faltar en el juicio crítico de nuestro historiador un comentario concreto sobre la conducta observada por el ilustre General don Ventura Caro : «El sistema militar de este General fué excelente mientras no existiera la desproporción de fuerzas que después se observó entre los dos ejércitos ; todavía se puso de manifiesto en la última acción dirigida por él, a fin de contener al enemigo en sus propósitos, ya transparentes, de tomar la ofensiva ; pero cuando ya pudo verse que la invasión era inmediata, y que no sería fácil contrarrestarla, el nuevo general en jefe debió acudir con toda preferencia al mantenimiento de las plazas de guerra que, de no entregarse, hubieran servido para la defensa del territorio en que se asientan y para la reorganización de las tropas batidas en el Baztán y San Marcial. Es verdad que el país, por las razones que largamente hemos expuesto, no parecía inclinado a oponerse a la irrupción francesa ; pero si se hubiera visto protegido por el ejército y a cubierto de ella por las plazas, cuyos gobernadores, apoyados en una fuerte guarnición, se impusieran por su autoridad y ca-

rácter, los débiles se habrían reanimado, los descontentos sometidos, y todos, vueltos a ideas más patrióticas, hubieran hecho otra vez más los sacrificios de otros tiempos. Un ejército no desmoralizado todavía y un pueblo protegido, además, por las monaías, casi inaccesibles en la guerra, que cubren la totalidad de la provincia de Guipúzcoa, sobraban, en tal ocasión, para detener la marcha de los franceses, como habían «sobrado en las dos invasiones de 1638 y 1719, para que ni Condé ni Berwick pasaran del campo de Fuénterrabía y de San Sebastián, dando lugar a una victoria en la primera de aquellas memorables jornadas y a la paralización de las operaciones en la segunda».

Lo que en realidad fué para los franceses la campaña de 1794 en los Pirineos occidentales

Gómez de Arteche nos hace ver cómo los resultados de la campaña de 1794, tanto en las operaciones llevadas a cabo en la zona de los Pirineos orientales, como en la de los occidentales, no fueron todo lo favorables que ellos pudieran pensar o deseiar. «También aquí faltó la dirección hábil que era necesaria desde que D. Ventura Caro hubo de abandonar el mando del Ejército español. Es innegable que la iniciativa de aquel General ilustre, contenía a los franceses en sus propósitos, muy meditados, de invadir el territorio vasco-navarro. Sus frecuentes agresiones al de la República, repetidas con singular insistencia y con una energía que debía llenarles de admiración, les retenía en su línea y los campamentos en que se apoyaba. Se disponían a verificar la gran combinación que les condujo al Bazaín y San Marcial, y la expedición a Valcarlos, y el ataque del 23 de junio sobre Urrugne, sorprendiéndolos, sin duda, paralizaba su acción por más de un mes, hasta asegurarse de la grandeza de sus medios y la pequeñez de los nuestros. La habilidad, fué, por otra parte, a coincidir con aquella superioridad numérica y, lo que aún les favoreció más, con la presencia en frente de un general que, lleno de valor, de experiencia y patriotismo, carecía, sin embargo, de los talentos militares de su antecesor. Las maniobras de Muller o, por decir mejor, del General Moncey, obtuvieron el éxito que merecían ciertamente, decisivo para la invasión que, así, se vió coronada con una conquista tan inesperada como la de Figueras, la de las plazas de Fuénterrabía y San Sebastián, y la que pudiéramos llamar correría feliz por casi todo Guipúzcoa, hasta las márgenes del Deva.»

«Pero allí, como en Navarra, sucedió lo que tan gráficamente explica Rosseeuv Saint-Hilaire: «Que la Península ha sido siempre un cepo que se cierra sobre cuantos se aventuran a entrar en ella, y desde la de Roncesvalles hasta nuestros días, rara vez ha ofrecido fortuna a la invasión extranjera». A la prudencia de Moncey y a la de la Jun-

ta de Salud Pública, que dió oídos a sus insistentes reclamaciones contra la jactancia de los representantes de la Convención, debió la Francia el que sus ejércitos no sufrieran el bochorno de repasar del todo la frontera en aquella misma campaña. «Se acercaba el invierno, añade el insigne historiador, algo más imparcial que Thiers y otros como éste, deslumbrados con las glorias de los soldados sus compatriotas, y el general francés (Moncey), a despecho de todos sus éxitos, obró prudentemente al dirigirse a tomar sus cuarteles de invierno a las puertas de la Francia, en San Juan de Pie de Puerto y el valle del Baztán.»

«Esas frases de un historiador francés, y de tal autoridad—concluye por declarar el General Gómez de Arteche—nos ahorran todo género de observaciones y de comentarios sobre la campaña de 1794. Si en el Norte habían conseguido los franceses abrirse, como dice Thiers, el camino de las conquistas, obteniendo la Bélgica, la Holanda, el país comprendido entre el Mosa y el Rhin, el Palatinado y la linea de los Alpes mayores, en España, decimos nosotros, aún conquistadas Fieras, Rosas, Fuenterrabía y San Sebastián, sus ejércitos acababan por tomar posiciones de un carácter puramente defensivo y cerca de su frontera.»

La situación no era, por tanto, desesperada para los españoles. Podía esperarse una oportuna reacción, una nueva campaña en 1795, que reparara los desastres de la que terminaba, pero como vamos a ver, ésto no hubo de realizarse. La conformidad en el juicio crítico emitido por los historiadores que se han citado y lo acertado de sus consideraciones, nos releva del compromiso de exponer el nuestro, que reconoce toda su exactitud y veracidad. No podemos suponer que puedan ser rebatidas por ningún criterio razonable y desinteresado.



CAPITULO XIV

ESTADO DE LA OPINION PUBLICA EN ESPAÑA A FINALES DEL AÑO 1794

La guerra al comienzo del año 1795. Castel-Franco substituye a Colomera. Marcha de las operaciones hasta el 13 de julio. Rumores de paz. Incertidumbre y desconfianza. Situación no del todo desfavorable para los españoles



finales del año 1794, el estado de la opinión pública en Navarra y, por consiguiente, en toda España, era el de la incertidumbre y la desconfianza. Pocos podían darse cuenta del verdadero estado de la situación. «De novedades de la guerra, no puedo decir a V. M. ninguna cosa sin la contingencia de que no sea cierto»—escribía la Marquesa de Lozoya a Segovia—, añadiendo que: «se asegura estar Sangro con diez mil hombres cerca de Pamplona». No se atrevía, por tanto, la ilustre dama a aceptar como buenos ninguno de los informes que pudiera recibir. La carta llevaba fecha del 2 de noviembre y estaba firmada en Corella.

En la del 11 de diciembre, volvía a declarar que: «De la guerra por este lado no sabemos cosa particular, más que todos los pueblos que han dejado los franceses quedan apestados, de modo que el General no quiere entrar la tropa hasta tomar algunas precauciones». Y si cuanto había acontecido en este frente occidental, no era muy a propósito para dejar satisfecha a la gente, tanto militar como civil, a mayor abundamiento las noticias que venían del frente catalán, no podían por menos de colmar la desilusión y la desesperanza. Sólo quedaba lugar a la resignación. Bien nos lo da a entender la Marquesa en el escrito que

se cita: «La noticia que aier nos a dado la *Gaceta* de la entrega de Figueras nos ha sido del mayor sentimiento. Dios quiera que se concluya todo con felicidad, como todos aseguran, pues se conoce que tenemos ofendido a Dios y nos quiere castigar». No obstante el buen sentido y profunda piedad de la Marquesa, no creemos que lo sucedido fuese debio a la intervención de la Divina Providencia, pues cuantos reveses hubiéramos experimentado, eran causa de la incapacidad de un Gobierno que no se daba cuenta de la realidad del problema, cuya resolución había abordado; de un mando militar falto de medios para llevar a cabo de su cometido, y de una masa popular que, si en un principio, llena de entusiasmo, lo creyó todo posible desde el primer momento, al choque con la primera adversidad escapó a todo compromiso. Ni la Nación, ni los hombres que al frente de ella se habían colocado, tuvieron el conocimiento y la visión clara de la significación y consecuencias del conflicto presentado y de las trascendentales influencias que había de tener para lo sucesivo.»

Hemos manifestado en el capítulo anterior que, al terminar la campaña de 1794, la situación de nuestro ejército en este sector de los Pirineos occidentales, no era del todo desfavorable, dado que los españoles habían recobrado las posiciones que ocupaban antes de iniciarse la última ofensiva de Moncey en Navarra. Por otra parte, sea que los franceses se hallaran bajo la impresión que les causó la retirada general de su ejército a los puestos de la frontera, sea que hubiesen dejado pocas fuerzas al frente de los nuestros, lo cierto es que, sus primeros ataques fueron constante y ejecutivamente rechazados. Hay que observar además una circunstancia que, sin duda alguna, vino a paralizar la acción generalmente enérgica del General Moncey, y es ésta la de la epidemia que se desarrolló en su ejército durante casi todo el invierno, quedando sin medios, en su concepto, para emprender la nueva campaña hasta bien entrado el mes de marzo de 1795.

**Grave epidemia en ambos campos.
Sus estragos**

Con dramáticos caracteres, Beaulac describe los efectos de esta enfermedad: «Apenas el ejército hubo tomado sus acantonamientos, cuando una epidemia ejerció los más furiosos estragos. Parecía haber sido ocasionada por el amontonamiento de los hospitales, dado que los más hábiles oficiales del Cuerpo de Sanidad, han reconocido hallarse afectada de todos los síntomas de esa *fiebre de hospital*, tan bien descrita por Pringle (?). Sea de ello lo que fuere, desde las orillas del Deva a las del Gers, este azote destructor segó una multitud de hombres. Todos los caminos estaban cubiertos de carretas descubiertas, que en medio de las nieves, transportaban a soldados antes tan fieros, ahora moribundos y sin voz. Las evacuaciones se hacían frecuentemen-

te, de esta suerte, a lo largo de una línea de más de cien leguas. En un solo día, veinte hospitales fueron llenados. Los oficiales de Sanidad, los empleados, los sirvientes, perecían en ellos en masa con los enfermos. El padre no osaba recoger de otro modo que temblando, los últimos suspiros de su hijo, y cogiéndole en sus brazos iba a extender en su familia la infección que había cogido. No encontrabais en los pueblos otra cosa más que hombres espantados por la sombría imagen de la muerte, esperando a la mañana siguiente el golpe fatal que habría de herir los más queridos objetos de su afecto. De las poblaciones, de los pueblos, huían sus habitantes dejándolos casi despoblados del todo. Calamidades tantas, habían endurecido los corazones y extinguido toda sensibilidad; huíase a la vista de los desdichados tendidos a lo largo de los caminos y que imploraban un débil socorro en su agonía. Habiendo podido llegar arrastrándose a los primeros albergues, rehusábaseles la hospitalidad; creíase ver a continuación todos los horrores del contagio, y exhalaban su último suspiro en medio de los tormentos de la soledad y del abandono.» Podemos, por tanto, declarar por nuestra parte, que si la Igualdad y la Libertad podían muy bien quedar servidas por los hijos de la Revolución, no así la Fraternidad.

El ciudadano francés quiere verse descargado de toda responsabilidad al describir tan terrible e inhumano cuadro, y escribe: «No nos hemos entregado a vanas declaraciones en esta descripción. Innumerables hechos han venido en apoyo de la verdad, y nuestra alma no trata de gravar con ficciones el dolor de estos recuerdos.»

«Puede estimarse, cuando menos, en treinta mil el número de víctimas que esta epidemia inmoló en el ejército y en el país vecino durante un espacio de tres meses—sigue diciendo el escritor que nos ocupa—. Esta calamidad duró aún más cuando la carestía y falta de víveres vino a juntarse a estos horrores. En las poblaciones cercanas al ejército, las patatas eran el solo alimento del habitante. En el ejército, fué preciso suspender el aprovisionamiento de pan y de reemplazarlo por el arroz, alimento poco nutritivo para hombres que han de fatigarse mucho (1). Los soldados sufrieron estas privaciones con la resignación más ejemplar, y debe citarse como un raro ejemplo de su paciencia y de abnegación, la conducta de la guarnición de San Sebastián, que atormentada por el hambre, sin medio de satisfacerlo, no atentó nunca a la propiedad de los vencidos, no obstante que blancos panes estaban colocados en las estanterías de las plazas y en todos los establecimientos tos diariamente» (2).

(1) Según lo expone en nota el escritor francés, el arroz nutre muy poco y, como dicen los negros, se convierte en agua al llegar al vientre.

(2) «Existía entonces aprovisionamientos extraordinarios para los habitantes del país conquistado. Desde luego, no se formó jamás en San Sebastián, durante la conquista, ningún almacén de granos; se les hacía venir fraudulentamente en pequeñas cantidades, de las comarcas ocupadas por el enemigo.» Es decir, que el sustento de los guipuzcoanos,

Por nuestra parte aplaudiremos esta conducta tan prudente y abnegada de los hijos de la Revolución respecto de los habitantes de las ciudades o comarcas invadidas, que si en esta ocasión pudo manifestarse, no lo fué, ciertamente, en casi todas las demás.

**Temen los franceses una reacción ofensiva por parte de los españoles.
Esta no se verifica. Penosa situación de la provincia de Guipúzcoa**

Era, en efecto, muy razonable que—como sigue exponiendo el ciudadano francés—la extrema debilidad en que se encontraba el ejército republicano, le hiciera temer un ataque de los nuestros, aprovechando tal circunstancia. «Del lado de Azpeitia, sobre todo, en el que los mejores soldados eran presas de las enfermedades, y nuestras posiciones hallábanse muy expuestas, siendo la retirada difícil, esperábase todos los días un ataque; pero los españoles desconfiaron demasiado de sus fuerzas y no osaron emprender acción alguna.

Durante todo este período de que hemos estado tratando, ninguna de las Provincias Vascongadas hallóse en tan penosa situación como Guipúzcoa. Era ella la que, según lo expone el General G. de Arteche había sufrido todas las calamidades consiguientes a la invasión, víctima de un descontento impropio y del patriotismo de sus habitantes y de los errores, más que crasos, de los mal llamados prohombres que se atribuían los poderes y dirección política y hasta militar de la provincia. Se ha dicho que los franceses habían guardado todo género de miramientos (*ménagemens*) para con los moradores de aquel país; pero ahí están las actas del Ayuntamiento de San Sebastián que, aun siendo formado de republicanos y afrancesados, porque los que no lo eran huieron de la ciudad, demostró en ellas los atropellos que allí se cometieron para provecho y comodidad de la guarnición y de las tropas establecidas en el campo inmediato y de las del ejército de operaciones. Ya lo hemos dicho en el capítu'o anterior, y no sabemos que pudiera hacerse mayor violencia a las creencias, sentimientos e intereses de un pueblo, que la impuesta al guipuzcoano en aquellos tristes días, empezando por levantar la guillotina en una de las plazas de su primera población, para así obtener cuanto creyese necesario y desearan sus *conquistadores*. El terror que éstos imponían con tales procedimientos, les proporcionó la tranquilidad de que gozaban en la parte del país ocupado por sus armas, logrando así un desembarazo que no deberían esperar en comarcas distintas para su acción militar. Esta era una ventaja inapreciable, de que trece años después no disfrutarían, y de que su

que se veian sometidos al *dulce yugo* de las tropas invasoras, era realizado por el de los generosos paisanos suyos, sin que a ello pusieran obstáculo alguno las autoridades militares o civiles al servicio del *tirano de Castilla*.

General en Jefe daba más adelante testimonio irrefutable, ventaja que, además del terror, les permitió aprovechar la incuria de la Junta de Gobernación, tan sospechosa para ellos como desleal para el Gobierno español. No así el pueblo que, como tenemos consignado también, pronto comenzó, con el desengaño sufrido a sublevarse contra los franceses, conteniéndolos sólo en sus montañas o en unión de los alaveses y vizcaínos en el Deva.»

«Estos últimos, son los que más decididos se manifestaron, acudiendo a la palestra en mayor número y con organización algo más determinada que la que era de esperar de un pueblo que destina toda su acción y la ejercita en el laboreo de sus campos, en la industria y el comercio; alejada, como suele estar, por sus Fueros, del servicio de las armas.»

Dispositivo de las tropas de uno y otro ejército al comienzo del año

1795

«Habíanse alistado, desde octubre 1792, en previsión de los sucesos de París y procurándose fondos con que atender al equipo y armamento necesarios, haciéndose de ellos, ya que no era posible en España, hasta en Suecia y Dinamarca. No fué preciso su concurso, sino en 1794, al temerse la invasión que luego se verificó; pero, una vez realizada, formaron tres tercios de 8.000 hombres cada uno, de los que el primero, que debía marchar a Tolosa, no lo hizo por haber Colomera decidido no mantener aquella posición. Se situaron, pues, en la línea fronteriza de su provincia, ocupando los 12.000 hombres, que al final de la campaña de 1794 tenían organizados y armados, las posiciones que desciuelan entre Ondárroa, Marquina, Ermúa y Campanzar, la primera de estas poblaciones en la orilla del mar, y la última frente a Vergara y dominando la carretera general.»

»Nos informa Marcillac «que en tanto que los franceses se concentraron sobre Tolosa, ocupando Azpeitia y Azcoitia en la orilla del Urola, los españoles, encargados de defender Vizcaya, ocupaban el Deva, río que corre paralelamente al Urola y a poca distancia de él. Los franceses establecieron su campo en Icia, no lejos de la desembocadura del Deva, frente a Sasiola, pueblo con un puente sobre el río. Manifestaron de este modo su proyecto de invadir Vizcaya. El Gobierno español, experimentando la necesidad de defender Castilla, había reforzado el Ejército de Navarra. Por ambas partes, sentíase la necesidad de reposo, y durante los tres primeros meses del año la tranquilidad se dejó sentir. De un lado, una epidemia desastrosa asolaba al Ejército francés y, por nuestra parte, llegaban refuerzos que venían del interior del reino. Hasta el mes de marzo no fueron rotas las hostilidades, pareciendo que con ellas los franceses querían forzar los pasos del Deva, bien defendidos por atrincheramientos y fuertes baterías.»

Desfavorable estado de la asistencia sanitaria en los mismos

Hemos hablado, al principio de este capítulo, de las enfermedades que aquejaban a ambos ejércitos, y según lo acreditan los documentos españoles de la época, en España apenas si bastaban los hospitales para contener los enfermos, siendo tan deficiente, por nuestra parte, la asistencia, que éstos y los heridos fallecían por falta de cuidados; prueba este último aserto, el hecho de tener que recurrir en 16 de enero nuestra Diputación en queja a la de Guipúzcoa, porque en el hospital de Vergara, ¡no había ningún médico! ¡Qué ambulancias y qué sanidad la de aquellos tiempos! En Vitoria, además de San Francisco y Santa Clara, hubo de habilitarse Santa Cruz. Más de 400 naturales tienen que ser trasladados a los hospitales o a sus casas enfermos, efecto de los servicios que estaban prestando con el rigor de la estación, durante el mes de enero. La Diputación, sin embargo, envía a los alaveses que están en campaña, cuantos ponchos y mantas puede.» (G. de Echávarri.)

Pero esta situación, tan desfavorable de nuestra asistencia sanitaria, no era mucho mejor en el Ejército francés, según hemos visto que exponía Beaulac, y sus declaraciones están confirmadas por lo que, refiriéndose a lo que ocurría a los franceses en enero y febrero, informaba a la Convención el General en Jefe del Estado Mayor. Desnover: «Nuestra posición es siempre afflictiva y no podemos mirar al porvenir sin estremecimiento. Sólo para ocho días tenemos víveres. El aumento del número de enfermos espanta. En este momento tenemos más de 18.000. Y, sin embargo, no hay síntomas de epidemia. Hay muchas calenturas, mucha extenuación, frutos del mal alimento, de la desnudez del soldado, de las fatigas que ha soportado, de las privaciones continuas en que ha estado y está. Nos faltan remedios, médicos, farmacéuticos, nos falta todo. El representante ha hecho requisición de 700 mujeres de edad madura para el servicio de enfermería. La deserción al interior (a Francia) se manifiesta de un modo que inquieta en los batallones de los departamentos vecinos, como los Altos y Bajos Pirineos, Las Landas». Esto era en enero; en febrero, «el apuro fué mayor, pues, según Delcher, el día 6 había 30.000 hombres hacinados en los hospitales, pero ya el 13, Moncey decía que las enfermedades contagiosas habían llegado al período álgido y que comenzarían a bajar del estacionario en que se encontraban, con los hermosos días que empezaban a disfrutar.»

Circunstancias desfavorables para la actividad francesa. Pequeñas acciones durante los meses de enero y febrero. Los franceses tratan en vano de romper el frente de Vizcaya por Sasiola

En situación tal, pocos esfuerzos podían realizar los franceses durante estos primeros meses del año para romper nuestro frente defensivo. Y otro impedimento semejante habían de encontrar los nuestros para mejorar nuestra propia posición o reconquistar parte de lo perdido, ya que no rechazar al contrario a sus primitivas posiciones al otro lado de la frontera. Por esta causa, la campaña de enero de 1795 quedó reducida a ligeros tiroteos en los montes de Azcárate, los días 7 y 13, sin que varíe en nada la situación de los frentes, y tan sólo el 2 de febrero, aprovechando la bondad del tiempo, los franceses tratan de romper el frente de Vizcaya por Sasiola, que era su paso predilecto, siendo rechazados por las fuerzas que lo defendían. La *Gaceta de Madrid*, del día 13 de marzo, daba cuenta de este hecho, transcribiendo el parte que el Teniente General D. José Simón de Crespo, en 1.^o del mismo, había recibido del Mariscal de Campo D. Esteban Miró, Comandante de la vanguardia del Cuerpo de tropas de la frontera de Guipúzcoa, en el que éste manifestaba, que: «En la mañana de anteayer (27 de febrero) acaba de darle parte el Capitán de Voluntarios de Guipúzcoa D. Francisco Zuaznavar (que se hallaba mandando accidentalmente en la villa de Elgóibar), de que los enemigos se adelantaban desde Azpeitia y Azcoitia en número de unos 900 hombres, con idea al parecer de tomar la derecha de la avenida y punto de Azcárate en que se hallaban situadas nuestras avanzadas, añadiendo que había enviado a ellas un refuerzo; pero no habiendo llegado a tiempo por razón de la distancia, se habían apoderado los enemigos de las alturas que dominan Azcárate, y también desalojado a los nuestros de aquellos puntos, a pesar del fuego que en oposición de ello habían sufrido.

»Inmediatamente pasé a Vergara y di orden a las Compañías de Guardias Españolas y Walonas y la de Granaderos de Jaén, que se hallaban en este cuartel, me siguiesen, avisando al destacamento de Reales Guardias de Corps, que está en el pueblo de Echavaleta (1) compuesto de 50 caballos, verificase lo mismo.

»Destacué a mi Ayudante de Campo D. Joseph Boder a Elgóibar, con la orden para el Coronel del Regimiento de Asturias D. Francisco Gregorio (que había pasado desde Vergara, mandando un destacamento de 500 hombres), que si los enemigos subsistían en Azcárate los

(1) Arechavaleta.

desalojara, y dispuse también que 400 hombres del Provincial de Laredo y Batallón de las Ordenes subiesen al monte Elosua para proteger el ataque de Azcárate, y cortar a los enemigos tomándolos por flanco.

»Regresó mi Ayudante con noticias de que a su llegada a Elgóibar, lo había verificado igualmente Gregorio con su destacamento, a quien Zuaznavar dió parte de haber desalojado, batido y perseguido al enemigo, quedando dueño de todos nuestros puestos, a pesar del vivo fuego de siete horas, y no exceder nuestras fuerzas de 500 hombres, comprendidos los paisanos de Guipúzcoa, Alava y Vizcaya; con semejante noticia me regresé a este cuartel con el destacamento de Reales Guardias de Corps, dejando en Elgóibar el que había pasado de refuerzo, y en Vergara las tropas que llevé conmigo.

»A las dos de aquella noche me notificó el citado Mariscal de Campo que el Teniente Coronel D. Joseph Falques, Capitán de Granaderos del Príncipe (que con su compañía, otra de Ordenes, 25 voluntarios de Cataluña y paisanos armados, se hallaba mandando el punto avanzado de Sasiola), le daba parte se dirigían los enemigos en número de más de mil hombres, con otro cuerpo de reserva, a atacarle, como lo verificaron con 800 Granaderos, y el resto de tropas ligeras; pero a pesar del denuedo de éstos y el empeño que formaron en desalojarle y cortarle, fueron rechazados vigorosamente después de hora y media del más obstinado fuego, que según declaraciones de un prisionero que se les hizo, les había ocasionado gran pérdida, lo cual se comprobaba por algunos muertos y muchos heridos que se les vió retirar, comprendiéndose entre los heridos dos Oficiales Generales.

»Asimismo, el Comandante de Villarreal me avisó en la citada noche, que aquella mañana, los enemigos en número de 300 se habían apoderado del alto de Olaetogaña, y venían descendiendo hacia la avanzada de Pagochoeta; que inmediatamente fueron 400 hombres de los Tercios de Alava y compañía de naturales de Villareal y Zumárraga, con 10 Voluntarios de Cataluña, e igual número de los de Guipúzcoa, a las órdenes del Capitán retirado D. Joseph Tejada, el que consiguió batir al enemigo, desalojarlo de la altura de Pagochoeta, y perseguirlo a la distancia de dos tiros de fusil de Azcoitia.

»En estas acciones manifestaron las tropas el valor, constancia e intrepidez de que es capaz la nación española, y lo tiene tantas veces acreditado. Todos los oficiales merecen el mayor elogio de V. E., suplicándole lo eleve a los R. P. de S. M. para que les dispense las gracias que fueran de su soberano agrado». Y a continuación citaba los nombres de los que con mayor particularidad se habían distinguido, así como da cuenta de las bajas sufridas, siendo curioso advertir que al figurar en más de 50 muertos y 100 heridos las del enemigo, añade el General D. Esteban Miró, que es asimismo constante se retiraron en el mayor desorden, llegando varios de ellos sin sables ni zapatos.

Colomera marcha a Madrid. Tranquilidad durante el mes de marzo

Este intento de los franceses de romper la línea española por Sasiola, su paso predilecto, había fracasado. El 9 de febrero había marchado a Madrid Colomera desde Pamplona, llamado por el Gobierno, juntamente con los Duques de Osuna y de Frías y el Marqués de Castellar, para tratar de asuntos relativos a la campaña substituyéndole, accidentalmente, en el mando el Marqués de Rubí. Y fué en este mes cuando, aprovechando la calma reinante, los alaveses que estaban en Guipúzcoa se reorganizan formando veinte compañías.

Pero la calma y la inacción continúa en el mes de marzo al recrudecerse el mal tiempo, no obstante los augurios del General Moncey. Y en vista de ello, ambos ejércitos reorganizan sus fuerzas y trazan nuevos planes o rectifican los ya estudiados en sus cuarteles de invierno preparándose para la próxima campaña. Tan sólo la información de la *Gaceta de Madrid* de 20 de marzo, en la que ya figura el Príncipe de Castelfranco como General en Jefe de los Ejércitos de Navarra, Guipúzcoa y Aragón, en carta de 13 del mismo, remitía el parte que, con fecha 12, había recibido del Brigadier D. Diego Tordesillas, Comandante de las armas en Lecumberri (Navarra) y Coronel del Provincial de Burgos, que copiado a la letra, decía lo siguiente:

Ataque francés del 12 de marzo sobre el frente de Azcárate

«Excmo. Sr.: Al punto que recibí aviso que el destacamento de Azcárate, compuesto de sesenta hombres, estaba atacado por los enemigos en la mañana de hoy, previne al Sargento Mayor de esta División don Pedro Dávalos, reforzase los puestos y el de Aspiroz con dos compañías de Granaderos Provinciales, de la División que tiene a su cargo el Marqués de Someruelos y fueron mandadas por el Teniente Coronel D. Manuel Cagigal.

»El Brigadier D. Francisco de Barutell pasó con el Provincial de Logroño a Vetelu, por haber marchado el Batallón de Navarra, número 1 al mando del Capitán D. Francisco Morras, a sostener el mencionado puesto de Azcárate.

»Los enemigos, en número de mil hombres, alentados con las pocas fuerzas que allí existían, acometieron con todo arrojo; pero saliendo a su encuentro don José Astorga, Teniente de dicho Batallón de Navarra, con el destacamento de su mando, los contuvo hasta que fué reforzado con 24 voluntarios de Cataluña, sesenta de Navarra a la orden del Teniente D. Antonio Lorga, ciento cincuenta de infantería de la compañía de Ubeda, al mando de su Teniente D. Diego Ríos, por

disposición del Comandante de Vete'lu, el Teniente Coronel D. Francisco Trías.

»Contuvieron la superioridad de fuerzas contrarias, y observando que ya subía en su auxilio la compañía de Granaderos de Aragón, al mando de su Capitán el Coronel D. Francisco Terrazas, empezó a cargarlos el Capitán D. Francisco Morras con el resto del Batallón, con tanta intrepidez que obligó a que se retiraran precipitadamente, y a su ejemplo las demás tropas y veinte caballos de la compañía de Úbeda, mandados por el Sargento Juan Gallardo, persiguiéndolos hasta Alegria.

»Se han hecho prisioneros al Comandante Teniente Coronel, dos Capitanes, un Sargento y ocho soldados; los muertos que se han visto en el campo pasan de treinta; se han cogido dos cajas de guerra y algunos fusiles. Por nuestra parte, hemos tenido el Teniente D. Joseph Astorga y un voluntario de Navarra, muertos, cinco de este batallón extraviados y un caballo herido.

»No puedo menos de elogiar el espíritu e intrepidez con que han obrado todos los Oficiales y tropa que concurrieron a esta función.»

Y a continuación se daba cuenta de los que particularmente era justo señalar:

**Informa Marcillac sobre el ataque
francés del citado día a los puestos
de Elgóibar, Sasiola y Pagochoeta**

No es muy clara y detallada esta información oficial de la *Gaceta de Madrid*. La que nos facilita Luis de Marcillac, expone cómo el 11 de marzo, tres columnas francesas atacaron al mismo tiempo los puestos del Elgóibar, de Sasiola y de Pagochoeta. Este último ataque no podía tener por objeto otro más que el de contener a las tropas que guardaban a Vergara.

El Teniente General Crespo mandaba esta división de la izquierda de la línea española. La columna que marchaba hacia Elgóibar se apoderó desde el primer momento de las alturas que dominan Azcárate, y después del pueblo y puerto de este nombre. Elgóibar hubiese sido conquistado si, recibiendo un refuerzo considerable el Comandante de este puesto, no hubiera atacado al enemigo y después de un sostenido fuego de siete horas no hubiera logrado reconquistar los puestos que se habían perdido. El ataque a Sasiola fué tan vigorosamente sostenido, que después de dos horas de un fuego muy vivo los franceses se retiraron. Dos de sus Generales fueron heridos en esta acción. La tercera columna hubo de apoderarse de viva fuerza de las alturas de Olotagaña, de unas de Pagochoeta, cuando llegaron cuatrocientos paisanos al mando del cura de Lezama, don Antonio de Atuchegui. Este refuerzo dió ocasión a los españoles a poder rechazar los enemigos, que fueron perseguidos hasta las puertas de Azcoitia. Y añade el historiador

francés que para llevar a cabo, sin duda, alguna diversión, este mismo día 11 de marzo, los franceses atacaron el puesto de Azcárate a vanguardia de Lecumberri, pero fueron rechazados y perseguidos hasta el pueblo de Alegría, a poca distancia de Tolosa.

Refiriéndose al ataque de Pagochoeta, dice el Príncipe de la Paz, cómo se vió un rasgo característico del entusiasmo religioso de los vascongados, digno de ofrecerse como un contraste con el fanatismo republicano y filosófico. Nuestra tropa había cejado algún tanto en las cumbres vecinas de aquel punto, cuando llegó en su auxilio una banda de quinientos paisanos de la insurrección vizcaína, conducida por el cura de Lezama, don Antonio de Atuchegui. Venía éste revestido de los ornamentos sagrados; el estandarte era la imagen de una Virgen del Rosario; contra la Marsellesa, entonaban las letanías con canto fervoroso que aturdía las montañas. Los militares recobraron su aliento, y militares y paisanos dieron sobre el enemigo, y obtuvieron el triunfo decisivo en aquel punto, donde hicieron sobre 500 prisioneros. Este episodio, como otros acaecidos durante esta guerra, nos permiten formar cabal cuenta del carácter de esta lucha y de la contraposición de ideales y sentimientos que reinaban en ambos campos.

**Se repite el ataque anterior el 26
de abril**

El 26 de abril, nuevamente una fuerte columna francesa ataca este mismo punto, siendo una vez más rechazada con las consiguientes pérdidas. La *Gaceta* del 12 de mayo, da cuenta de esta acción. El Príncipe de Castelfranco, General en Jefe del Ejército de Navarra, Guipúzcoa y Aragón, en carta de 1.^o del actual, participa lo que a la letra sigue:

«A las ocho de la mañana del 26 del pasado mes de abril, atacaron con mucha intrepidez los enemigos en número de dos mil hombres, divididos en dos columnas, nuestras avanzadas de Azcárate, situadas en Madariaga de la provincia de Guipúzcoa; pero las pocas tropas y paisanos que allí teníamos al mando del Subteniente del Batallón de Guipúzcoa, D. Ramón Linazo, contuvieron con vigor el primer ímpetu, hasta que el Comandante del mismo batallón, D. Juan Carlos de Arizaga, que manda en aquellos puestos, envió algunos refuerzos de tropa y paisanos de Vizcaya y Alava con el Capitán D. Joachín Landazuri, y el Subteniente del mismo Cuerpo D. Joseph Olazarza. Igualmente dispuso que el Capitán D. Benito Lersundi y el Subteniente D. Francisco Cerain, ocupasen con algunos voluntarios y ciento cincuenta vizcaínos las alturas de Musquirichu, donde ya se hallaba el Subteniente don Miguel de Urrutia con pocos soldados. También colocó sobre la altura de su flanco izquierdo al subteniente D. Agustín Aragustain con una partida para observar los movimientos de los enemigos por aquella parte.

»No obstante que los refuerzos no perdieron un instante en llegar a los puntos que se les previno, había cerca de dos horas que sostenían el fuego en el puesto de Juaristi, D. Nicolás de Casadevante y los oficiales que se le reunieron, con muy pocas fuerzas respecto de las del enemigo; y aunque a poco tiempo fué herido el Comandante Casadevante, quedó cubriendo el puesto el Capitán D. Francisco Zuaznavar, que mantuvo el fuego casi por todo el día, sin que los enemigos adelantasesen un paso. Nuestras tropas permanecieron con firmeza, serenidad y constancia, hasta que consiguieron rechazar a los enemigos, persiguiéndolos sin embargo de una intensa niebla que sobrevino al mismo tiempo, la cual hizo que cayese en su poder el bizarro Subteniente de Guipúzcoa D. Joseph Olazarza con cuatro voluntarios, y que se extraviasesen trece, los ocho voluntarios del mismo Cuerpo y cinco vizcaínos; los franceses tuvieron un Capitán muerto con muchos soldados, un oficial herido y un prisionero.

»El Comandante D. Juan Carlos Areizaga elogia mucho el valor y serenidad de todos los Oficiales que asistieron a esta acción, y son los expresados anteriormente, y además el Capitán de Exército D. Francisco Tejada, que manda una compañía de alaveses. Elogia también la constancia y buena voluntad de la tropa y paisanos armados de Vizcaya y Alava; y yo debo añadir que estoy muy satisfecho de las disposiciones que tomó el referido Comandante, D. Juan Carlos de Areizaga.»

Esta acción está indicada por Marcillac, exponiendo, que una fuerte columna atacó el puesto de Azcárate, pero que fué rechazada con pérdidas.

**La Marquesa de Lozoya nos pone
en conocimiento del estado de la
opinión pública en Navarra**

Durante los meses de enero, febrero y marzo, la correspondencia de la Marquesa de Lozoya nos permite darnos cuenta de un fenómeno psicológico muy frecuente en el pueblo español. Es éste la facilidad de ser acogidas por la credulidad ciudadana, versiones o suposiciones que no tienen en muchos casos probabilidad alguna de ser ciertas, o que en otras veces acusan la iniciación de gestiones o sucesos que han de realizarse más tarde o más temprano. La relativa inacción de aquellos primeros meses del año 1795, hacía concebir la esperanza de una paz próxima, y, en cualquier detalle o suceso, por muy vulgar y corriente que fuese, se veía la prueba de ella. En su carta de 1.^o de enero, escribía la Marquesa: «Por este lado no ocurre cosa particular más que haber caído tanta nieve, que escriben de Pamplona hay una vara y han tenido que echarla de los tejados; puede v. m. considerar lo que habrá sido en los altos; toda la tropa se ha retirado a Pamplona, y los

franceses han hecho lo mismo, con lo que la tropa tendrá algún descanso. Dios quiera que antes que venga el buen tiempo vengan las paces y se concluya todo con felicidad».

En la del 9 del mismo mes, vuelve a afirmar la Marquesa que: «por aquí no ocurre cosa particular, más que habernos regalado Dios con tantas nieves, que los enemigos se han marchado a sus casas, y los nuestros se han retirado a Pamplona, donde aseguran no cabe de pie las gentes, y por consiguiente hay muchas enfermedades». Y en la del 31, desde Tafalla ya, exponía cómo: «Oí ha comido aquí el Duque de Osuna, el que dice tienen firmadas ia las treguas los holandeses, y que los ingleses están tratando, y cree concluía pronto, pues a todos combiene la paz.»

En el mes de febrero, la creencia en la paz era ya cosa firme. En la del 5 del mismo, doña María Juana de Escobar afirmaba: «Aquí todos estamos persuadidos de que esto se va a concluir, así por la marcha de los Generales a la Corte, como por ir internando los regimientos acia Castilla, cuya suerte ha tocado al nuestro, y el 11 ó el 12 saldremos de aquí para Tudela, viniendo a relevarnos el de Valladolid; todos vamos mui gustosos, así por la buena tierra como por la que hai soldados ia del Regimiento que están más cerca de su casa que de los Franceses. Dios quiere se concluía todo como esperamos.»

En la del 21 del mismo mes, determinando que aquella estación era la más cruel que había conocido al seguir dando cuenta que por donde ella estaba no ocurría cosa particular y todo estaba muy sereno, exclamaba: «¡Dios quiera que esta serenidad nos traiga las paces!», y añadía: «En Tudela hay cinco hospitales y hasta Zaragoza van los enfermos, de modo que en todos los caminos no se encuentra otra cosa que carros llenos, y con la crudidad del tiempo, muchos mueren sin llegar a los hospitales.» Por esto podemos ver, una vez más, confirmado que tampoco era muy favorable el estado sanitario de nuestras tropas. Pero la carta ya del 8 de marzo, es aún más interesante que las anteriores, por cuanto después de haber declarado que hasta aquel momento se había hablado bastante de paz por juzgarse ésta cierta, dada la inacción que había, tal suposición resultaba dudosa, desde el momento que se decía había de salir gente de Castilla; en ella se daba la noticia de que el Príncipe de Castelfrancó había sido nombrado General de este Ejército de Navarra, Guipúzcoa y Aragón, asegurando sería nombrado Virrey de Navarra. «¡Dios quiera darle acierto en sus aperaciones!», rogaba la Marquesa.

Relevo del General Colomera. Nombramiento del Príncipe de Castelfranco

En efecto, el Virrey Conde de Colomera, que con los Duques de Osuna y Fries y el Marqués de Castelar, había marchado a la Corte para asistir al Consejo de Guerra, que presidido por el Rey y bajo la inspiración de su ministro favorito, había de constituir con la asistencia de los otros del Ejército de Cataluña, para deliberar acerca del nuevo rumbo que pudiera darse a las operaciones. A instancia del propio Colomera, éste fué dimitido de su cargo, siendo reemplazado, en efecto, por el Príncipe de Castelfranco que, como sabemos, era el General en Jefe del Ejército de Aragón.

Con fecha 3 de marzo, el nuevo General en Jefe del Ejército de Navarra y Provincias Vascongadas, dirigía un escrito a la ilustrísima Diputación del Reino de Navarra (1), exponiéndola cómo una obediencia ciega a las órdenes del Rey le habían obligado a admitir el mando de los citados Reino y Provincias, reteniendo el de Aragón para poder acudir mejor a la defensa de Navarra, conforme lo había deseado vivamente, aun antes de tener el honor de haber sido encargado por Su Majestad de la defensa de este Reino.

En el Apéndice número 4, puede verse copia fotográfica del citado documento, en el que el Príncipe de Castelfranco, tras de exponer las dificultades con que se ve abrumado para el desarrollo de su importante función de mando, solicita de la Diputación la ayuda necesaria y cuanto juzgue oportuno para oponer al enemigo la defensa vigorosa que tantas veces había experimentado al intentar el enemigo su entrada en el país.

**Propósito del Alto Mando francés.
No podía desarrollar una ofensiva
a fondo**

Cuantas acciones se han descrito, no significaban por parte del Alto mando francés un propósito de firme resolución; tratábase tan sólo de mantener vivo el espíritu de las tropas que le quedaban. Todos los cuidados del General Moncey iban encaminados al enlace de los Cuerpos aislados; a la recomposición de los batallones de Granaderos destinados a formar la reserva de cada división y obligar al General Lespinas a acabar con el material de sitio de campaña y de puentes que se iba reuniendo en Bayona.

(1) Lámina núm. 24.

El Comité había encargado al Coronel Marescot, que acaba de distinguirse por la toma de Maestrich, el de dirigir los ataques a Pamplona; y todos los preparativos compatibles con la penuria general, se hacían a este efecto esperando los refuerzos prometidos (Jónimi). Por esta razón, y para mantener, como hemos dicho, el buen espíritu de sus tropas, fué por lo que Moncey encargó al ala izquierda de su frente de operaciones, mantenerse en una actitud pasiva, enviando siete batallones de la división Mauco a acampar en el coll de Lidús, a la entrada del valle de Roncesvalles, en tanto que su derecha, formada por los campos de Iciar y de Aldava, entre el Deva y el Urola, tanteaba la resistencia de los diferentes puestos que cubrían el ala izquierda del Príncipe Castelfranco y preludiaba la apertura de la campaña, apoderándose de Musquirichu, que enlazaba el Elosua con Elgóibar. Todas las demostraciones que hemos visto se hicieron sobre Azcárate, en el punto de intersección del cuerpo de batalla de los españoles con su ala izquierda, no tendían a otra cosa que a debilitar dicha ala.

Pero de todos modos, el Ejército francés no estaba todavía en estado de tomar la ofensiva. No pudiendo penetrar en la Península sin haberse hecho dueño de Pamplona, se hubiera visto probablemente reducido a la defensiva, si el Gobierno de la Convención no hubiese hecho destacar apresuradamente de La Vendée un Cuerpo de doce mil hombres, que reemplazó en estas comarcas por una división del Ejército de Luxemburgo. El Comité de Salud Pública, decidiéndose a tomar esta medida, reanudó su primer proyecto y recomendó a los Generales Schérer (del Ejército de Cataluña) y a Moncey desarrollar una ofensiva general sobre ambos sectores. Llegó a reintegrar al General Sahuguet para ir a tomar el mando de la división del valle de Arán, y obligó al representante Bland, a establecerse en Tolosa para mantener una correspondencia activa con los generales que debían concurrir a su ejecución, tanto en Cataluña como en Cerdeña, en Navarra y en Vizcaya. No obstante estas disposiciones formales, el proyecto, como podrá verse después, fué modificado en lo que concernía a las expediciones sobre el centro. Sahuguet obtuvo otro destino y todas las tropas que habían llegado procedentes de La Vendée reforzaron el ejército que se hallaba estacionado en Guipúzcoa.

Relato oficial de la acción del 9 de mayo

La primera acción entablada en el mes de mayo, que viene relatada por la *Gaceta de Madrid*, es la que hace referencia a la del día 9, según el contenido de la del 29 del citado mes. El texto de la misma; es el siguiente:

«El Mariscal de Campo D. Esteban Miró, Comandante de mi vanguardia y el Brigadier D. Francisco Eguía, Coronel del Regimiento

de Toledo, que se halla encargado de los puestos avanzados de Elgóibar, me han dirigido los partes de las funciones ocurridas con los enemigos en la mañana del día 9 del corriente, en los puntos de Sasiola, Azcárate, Monte de Musquirichu y puesto de Larrascanda, que refieren lo siguiente:

«Ayer, a las siete de la mañana, me dió parte el Teniente Coronel don Fernando Miranda, Capitán de Granaderos de Asturias, que se hallaba de jefe de día en Elosua, de haber los enemigos arrollado el puesto avanzado de su izquierda; a los diez minutos ya estaba yo en marcha con las tropas de este cuartel para aquel monte; donde luego que llegué coloqué a todos por batallones, y quedé dispuesto a recibir al enemigo.»

«Era tan fuerte la niebla, que a la distancia de seis pasos no se distinguían los objetos, y esta razón me imposibilitaba a obrar; en esta disposición dispuse que el Comandante del destacamento de Catalanes, compuesto de ciento treinta hombres, con un oficial de Alava y paisanos, se adelantase con precaución hacia el puesto si los enemigos subsistían en él, previniendo al Comandante del destacamento que si no estaban lo ocupase, y me diera aviso; lo verificó a las dos horas, notificándome que se habían retirado de allí donde solo había hallado algunos soldados nuestros muertos.»

«A las cuatro de la tarde se disipó la niebla, y en cumplimiento de la orden de V. E. me puse en marcha hacia el monte Musquirichu, para amenazar a los enemigos en caso de que continuasen el ataque contra Azcárate (de que había tenido aviso V. E.); pero a mi llegada a dicho monte hallé se habían retirado, por lo que determiné que los citados voluntarios de Cataluña, con cincuenta alaveses, se adelantasen a la última loma sobre Azcoitia a fin de asegurarme de su total retirada, que supe al regreso de este destacamento, siendo las seis y media, por cuya razón me retiré a Vergara.»

«El segundo Teniente de Asturias, D. Antonio Retamar, que se hallaba mandando el puesto que fué arrollado, me informó de que habiéndose los enemigos apoderado del Musquirichu a favor de la espesísima niebla, no había podido menos de ser envuelto él, pues que su puesto estaba guardado y sostenido por aquél; y que como el número de enemigos de que se vió rodeado era crecidísimo, según el ruido, y de los que advirtió sobre sí, por todas partes, sable en mano, se vió en la precisión de retirarse en el mejor orden que le fué posible, dejando ocho muertos, un herido y trece prisioneros.»

Dice Eguía: «Habiendo tenido aviso de Sasiola de que los enemigos atacaban aquel puesto, creí que por mi frente sucedería lo mismo, y dispuse subiesen refuerzos a los montes de Guaristi y Misquirichu; seguidamente supe que los atacantes se habían apoderado de este segundo monte, y al toque de generala hice subir las tropas restantes en este cuartel, mandando se dirigiesen a los parajes señalados para este caso.»

«El Teniente Coronel D. Juan Carlos Areizaga, que se hallaba de jefe de día en Musquirichu, a precaución por la espesísima niebla que desde las doce de la noche antes hubo, dispuso en la misma salieran a la una, tres oficiales a recorrer las avanzadas, y regresaron después de amanecer sin haber notado novedad alguna.»

«Serían las cinco y cuarto, cuando le dió parte un Cadete que subía el enemigo por la del centro, y que seguía adelante sin perder momento; no obstante que no había oído tiro alguno, dispuso que la tropa que tenía en aquel puesto de los batallones de Jaén y Voluntarios de Guipúzcoa, se formasen en batalla, cubriendo sus flancos, y a ciento cincuenta paisanos vizcaínos, que también tenía, los coloqué en segunda línea; destaque veinticinco hombres y tres oficiales para que reconociesen el frente y costados. Uno de ellos le dió, brevemente, parte estaban encima los enemigos, según el gran murmullo que sentían, pues la niebla impedía totalmente el distinguirlos; con cuya noticia tomó posición a retaguardia para evitar el ser cortados, y previno a la tropa que quedó con él no hiciera fuego hasta tener a los enemigos sobre las puntas de sus bayonetas, pues apenas se podían ver los objetos a tres varas de distancia.»

«Al punto de hacer esta advertencia le hicieron una descarga, y atacaron tan de cerca con sable en mano, que aunque se mantenía la formación en buen orden, habiendo sido rota por la derecha, no le fué posible volverla a reunir, y tomó el partido de regresar en el modo mejor a esta villa.»

«Don Francisco Zuaznavar, Capitán de Voluntarios de Guipúzcoa, que se hallaba mandando a la sazón en Azcárate, oía tiros y resultando de ellos algunos heridos por la parte de Madariaga, juzgó conveniente pasar a situarse al punto señalado para su última defensa; a las nueve de aquella mañana, supo la pérdida del Musquirichu, y que el puesto de Uchartiaga se veía precisado a retirarse, por lo que se reunió al refuerzo que había ya en Juaristi, y quedó mandando: una hora después empezó a ser atacado con el mayor empeño por los enemigos, que continuaron tres horas; pero a pesar del vivísimo fuego que hicieron y los refuerzos que durante el ataque se les unían, no les fué posible desalojar a los nuestros de su posición, determinando en vista de la imposibilidad retirarse a Azpeitia y Azcoitia a poco más de las dos de la tarde, a cuya hora se volvieron a ocupar por las tropas del Rey y paisanos armados los puestos que habían hecho dejar la niebla.»

«Don Ramón de Cáceres, Capitán de los Tercios de Vizcaya, que se hallaba mandando en el puesto de Larrascanda, fué atacado a las cuatro de ella, y duró el fuego hasta los ocho, que se vió en la precisión de retirarse, quedando en la ejecución de este partido prisionero él mismo, con un sargento y siete de sus paisanos; pero después se recuperó el puesto nuevamente, y quedan los vizcaínos en poder de él.»

«El punto de Sasiola, que mandaba el Coronel D. Severo Oliver, lo atacaron a las seis de la mañana, hora a que se retiraron sus avanzadas

después de haber entretenido al enemigo. La artillería de los vizcaínos los contuvo por el acierto con que se servía, pero como no descubrió el vado de la izquierda, tuvo por esta parte que defenderlo D. Joseph Reilarón, Segundo Teniente de granaderos con doscientos vizcaínos y una emboscada que tenía para cerrarles el paso por el camino Real de Deva; en efecto, lo consiguió, y desengañados con escarmiento y mucha pérdida, se retiraron perseguidos del Sargento primero de Granaderos de Asturias Francisco González, con veinte hombres de su compañía y diez vizcaínos, obligando a una guardia francesa, colocada a la izquierda de Iciar, a retirarse.»

«El haber sido rechazados y batidos en la mayor parte de los puestos que atacaron, el no seguir las ventajas en los dos que arrollaron con la niebla, ni mantenerlos, aunque para sus ideas podían ser muy ventajosos, es una prueba convincente de la pérdida de la acción en lo general, y lo acredita más el disgusto y sentimiento que manifestaron en Azpeitia y Azcoitia, quedando en el propio día ocupando nosotros todos los puestos que teníamos.»

«Inmediatamente que recibí el parte de Miró dispuse que el destacamento de Reales Guardias de Corps, que se hallaba en Arechavaleta, y las compañías de Guardias Españolas y Walonas de este quartel pasasen a Vergara, donde me hallaba yo antes de media hora; pero juzgando conveniente subir a Elosua, lo verifiqué con mis Ayudantes de Campo D. Joseph Bodet y D. Gaspar Gómez; a mi llegada hallé la espesísima niebla no dejaba distinguirnos a la distancia de seis pasos, y de consiguiente me impedía maniobrar.»

«El Mariscal de Campo D. Esteban Miró, procedió en sus disposiciones con toda actividad y acierto, e igualmente el Brigadier Eguía, que reforzando oportunamente todos los puestos, logró contener a los enemigos que le atacaron por su frente en número de cuatro mil hombres (1).»

Declaraciones de Beaulac sobre la acción anterior. Su disconformidad con el relato oficial

Beaulac da cuenta de esta acción en términos contradictorios a lo expuesto por nuestros partes de guerra. Asegura el ciudadano francés que el 20 de floreal (9 de mayo), el General Marbot realizó con éxito una empresa contra el campo que los españoles tenían establecido en la montaña de Marquirnechu (Musquirichu), entre Elosua y Elgóibar. En tanto que el General de Brigada Raoul con las tropas de Iciar, in-

(1) Esta acción, que claramente determina la información oficial española haberse realizado el día 9, algunos historiadores, como Marcillac, Príncipe y G. de Echávarri, la fijan el 19, pero Arteche, en su *Nieblas de la Historia Patria*, la fija en el citado día 9.

quietaba al enemigo en las orillas del Deva, dos columnas salidas de Azpeitia atacaron el campo a las cinco de la mañana. Una bruma espesa, que desordenó el orden de los movimientos, salvó a una parte de los enemigos, de los cuales fueron muertos y cincuenta hechos prisioneros. Las tiendas y los otros efectos del campamento fueron presa de los franceses. El General Schilt, que mandaba una de las columnas, se perdió en su retirada, y llegó a Elgóibar creyendo llegar a Azcoitia. Logró salvarse valerosamente y entró sin pérdida en sus cuarteles. Creemos sinceramente que no pueda ser concebida esta acción como un éxito francés por ninguna inteligencia medianamente ordenada.

Nuevo ataque francés sobre Elgóibar (21 de mayo). Relato oficial de la «Gaceta de Madrid»

No desanimados los franceses, volvieron a atacar a Elgóibar el 21 de mayo; la acción verificóse al llegar al mediodía y se apoderaron de las alturas de Villarreal y nuevamente de la montaña de Musquirichu. El Mariscal de Campo D. Esteban Miró, que mandaba este puesto, ordenó al Comandante de Elosua de reforzar su izquierda que se hallaba contigua a la montaña antes nombrada, y de atacar a los enemigos si la ocasión era propicia. Tomando sus disposiciones para contener a los franceses, Miró hizo avanzar algunas tropas de refuerzo y ellas lograron, a fuerza de valor, recuperar los puestos perdidos. Los franceses fueron perseguidos en su retirada y el fuego terminó hacia las siete de la tarde.

No falta la relación detallada de esta acción por parte de la *Gaceta de Madrid*, que en la de 9 de junio, expone lo siguiente: El General en Jefe del Ejército de Navarra, Guipúzcoa y Aragón, Príncipe de Castelfranco, ha remitido, en carta de 27 último, el oficio original que recibió del Teniente General D. Joseph Crespo, en el que le traslada el parte que le dió el 23 el Mariscal de Campo D. Esteban Miró, siendo éste a la letra, como sigue:

«Antes de ayer se dirigieron los enemigos en número de trescientos a las alturas de Villarreal, a las doce del día. Una hora después, otros cuatrocientos subieron por la Cruz hacia Musquirichu; en una y otra parte consiguieron desalojar nuestras avanzadas de unos cuarenta hombres cada una, a cuyo primer aviso envié el destacamento de ciento treinta hombres del segundo Batallón de Voluntarios de Cataluña hacia Villarreal, y previne al Comandante de Elosua D. Mateo Zorrilla, Coronel del Regimiento Provincial de Laredo, que me lo dió, reforzase la izquierda contigua al monte Musquirichu para contener al enemigo, y lo atacase con vigor si la ocasión lo proporcionase. Envío al Batallón del Príncipe, mandado por su Sargento Mayor el Teniente

Coronel D. Joseph Falques, el qual con parte de la tropa del Provincial de Compostela, de guardia en la izquierda de Elosua, a las órdenes del Coronel de Orense D. Martín Henríquez, las avanzadas de los batallones primero y segundo de Voluntarios de Guipúzcoa, y algunas partidas de paisanos armados de Alava y Vizcaya, que desde el monte Musquirichu, donde estaba de día, envió el Teniente Coronel del Regimiento de Jaén D. Joseph Fanés, atacó y echó al enemigo, volviendo a recuperar la avanzada de la Cruz.»

«Por parte de Villarreal, el Brigadier D. Antonio de Arce, Coronel del Provincial de Plasencia, Comandante de aquel puesto, se apostó con su batallón, el del Provincial de Toro, con su Teniente Coronel y trescientos alaveses, en los puntos de defensa escogidos, lo que convino al enemigo, que no se atrevió a emprender ataque alguno, y se retiró.»

«El Comandante de Elosua colocó oportunamente al primer Batallón de Asturias, con su Coronel D. Francisco de Gregorio, en la dirección por donde subieron los enemigos a Villarreal para cargarles en su retirada; pero éstos tomaron otra altura más lejana a fin de evitarlo, y se encaminaron a reforzar los que habían atacado el puesto de la Cruz, por lo que hizo pasar al referido Batallón y al Provincial de Laredo, al mando de su Teniente Coronel D. Francisco Mogrovejo, a reforzar a los del Príncipe y Compostela, y aunque dista una legua del paraje expresado, llegaron a tiempo de formalizar nuevo ataque, que mandó el citado Coronel de Asturias, y rechazó completamente al enemigo de la Cruz, donde se había vuelto a colocar, y aunque recibió nuevo reforzo, con el que se compondría de unos mil hombres, no logró adelantar nada en su nuevo ataque, y fué tercera vez echado de aquellas inmediaciones, y obligado a retirarse con precipitación a sus cuarteles; el fuego que empezó a la una de la tarde, duró con poca intermisión hasta las siete.»

«El expresado Comandante de Elosua y Coronel de Asturias elogian generalmente a los jefes y oficiales de los Cuerpos referidos, y con particularidad al Teniente Coronel D. Fernando Miranda, Capitán de Granaderos de Asturias, al Capitán D. Joseph de Arratibel, que cubría la de la misma clase del Príncipe, porque formalizaron el principal ataque, como también a sus subalterno. Asimismo se portaron muy bien los oficiales de ambos Batallones de Voluntarios de Guipúzcoa, los de Alava y Vizcaya con sus partidas, que mantuvieron el fuego con los granaderos, habiendo manifestado toda la tropa mucha serenidad y valor, con el que quedó el enemigo escarmentado, pues aún cuando hay noticias de que ha sido su pérdida de mayor número, las más conformes son de que tuvieron cuarenta muertos y noventa heridos, y que demostraron en Azpeitia y Azcoitia el descontento con que volvieron, diciendo que hasta ahora no habían experimentado resistencia igual.»

Como de costumbre, el documento terminaba con una relación no-

minal de las bajas sufridas, y recomendaba el mérito que habían contraído los jefes y oficiales que más hubieron de distinguirse en la lucha.

Entusiasmo vascongado por sus anteriores victorias

Como lo advierte Gómez de Arteche: «Estas pequeñas victorias, que los historiadores republicanos no se atreven a negar, entusiasmaban a los vascongados, que llegaron a creerse ya invencibles en sus posiciones del Deva, apoyados en lo alto de la divisoria con el Ibaizabal por el núcleo de vizcaínos engrosándose al compás del peligro que les amenazaba. Pero el Ejército francés, repuesto de los estragos que en él habían hecho la miseria y la peste aquel invierno, iba dirigiendo los cuerpos de la frontera y los que le llegaban de las demás de la República, hacia sus puestos avanzados frente a los nuestros. Los que aquél ocupaba en Iciar, Azpeitia y el Pirineo navarro, se cubrieron de tropas que, si hostilizadas sin cesar, se hicieron en mayo imponentes y amenazaban para un día u otro, el menos pensado, con la irrupción de Vizcaya y Alava.»

Efectivamente, pudieron los vascongados por un momento juzgarse en el caso de reparar las pérdidas sufridas, y es muy probable que hubieran conseguido realizar tal propósito, al haber recibido por parte del Gobierno un apoyo que hubo de faltarles, y haber encontrado en el Ejército y en su Alto Mando una más acertada cooperación.

Los franceses intentan reanudar la ofensiva. El 13 y el 25 de junio atacan a Muzquirichu. Son rechazados

Pero ya en los comienzos de junio, los franceses meditaban, indudablemente, reanudar la ofensiva según un plan general, estableciendo dos campos en las alturas de Donamaría y Gaztelu, ante el Bidasoa y al frente de San Esteban. Desde estas posiciones amenazaban al valle de Ulzama. El 30 de mayo, los franceses habían atacado infructuosamente a Sasiola, y el 4 de junio (día del Santísimo Corpus), los vascongados atacaron toda la línea de las posiciones francesas sin conseguir nada provechoso; el feliz resultado que hasta el presente habían obtenido en sus valientes esfuerzos, iba a fallar en lo sucesivo. Las circunstancias no eran ya las mismas.

Fué el día 13 de junio, cuando los franceses, volviendo al ataque de la línea española, llegaron a la cumbre de Musquirichu, mas fueron nuevamente rechazados sin poder establecerse en ella. El 25 se

presentaron todavía ante este punto y el Sasiola, pero este último movimiento, cuyo resultado no fué más que el de un cambio de varios disparos, no tenía otro carácter que el preparatorio para un ataque general que el Alto Mando francés meditaba desde hacía largo tiempo sobre Vizcaya y Navarra, y cuyo objetivo era, sin duda alguna, apoderarse del campo español apostado en Elosua y mandado por Crespo, General del ala izquierda de la línea.

Sin embargo, la *Gaceta de Madrid* del 7 de julio, no dejaba de dar cuenta de esta acción, transcribiendo la carta que el Mariscal de Campo don Xavier Castaños, acompañándole el parte que le dió, con fecha 25, el Comandante del segundo Batallón de Voluntarios de Navarra D. Veremundo Ramírez de Arellano, había dirigido, el 27 de junio, al Príncipe de Castelfranco. Ambos documentos, al pie de la letra, decían así:

«Tengo la satisfacción de poner en conocimiento de V. S., la bizarra acción que en la mañana de este día ha ocurrido con la tropa del servicio de descubiertas y avanzadas de este punto.»

«El segundo Teniente D. Juan Bautista Guergue y el Subteniente D. Joachin Elgorriaga, con 50 hombres de las primeras, el primer Teniente D. Francisco Ballesteros y el Subteniente D. Francisco Viñas, de las segundas, dejando sus puestos elevados, según mi disposición, al punto de amanecer, y con fuerza sólo de 20 hombres, unidos a los primeros, se avanzaron al fin expresado por el camino de Lavayen hasta el crucero del de Urroz; la fragilidad del bosque y desigualdad del terreno apenas deja alguna extensión a la vista, y en este caso, la primera novedad que advirtieron fué un fuego graneado por su derecha, ya casi a la retaguardia.

«Combinando con talento, experiencia del terreno y prudencia, la ocurrencia, deduxeron, efectivamente, la realidad del suceso; e impelidos de su muchas veces acreditada bizarra, mandaron los Comandantes armar la bayoneta a su tropa, e inclinándose hasta tomar precisamente la retaguardia del enemigo, que se fogueaba con otra nuestra avanzada de la derecha, cargaron sobre él con tanto denuedo y valentía, que en el primer choque no se disparó un tiro; a golpe de bayoneta acometieron, dejando tres muertos y batiendo los restantes en precipitada fuga, los persiguieron hasta la vista de su campo; en este tiempo dos cuerpos como de fuerza de batallones, se disponían en batalla a recibirlos, ordenaron sus partidas Ballesteros y Guergue, sufrieron dos descargas, y con el posible orden hicieron su retirada a este puesto.»

Transcribía también la *Gaceta de Madrid*, la carta que con fecha del 26 del mes en cuestión, había recibido del Teniente General D. Joseph Simón de Crespo, escrita en los siguientes términos:

«El Brigadier D. Francisco Eguía, Comandante de las tropas de Elgóibar y su izquierda hasta Sasiola, en fecha de 25 del corriente, me notifica a la letra, lo siguiente:

«Excmo. Sr.: Entre siete y cinco de la tarde del día de ayer, ataca-

ron los enemigos en número de seiscientos hombres la avanzada de Ventachuri, y con cuatrocientos que cubrieron la altura de Izarri, acometieron al destacamento de Ondárroa; ambos puestos se replegaron en el mejor orden, y tomando hasta tres posiciones, desde las cuales hicieron fuego al enemigo, se unieron con el destacamento de Madariaga, componiendo en todo trescientos hombres, y se colocaron en la altura de este nombre (paraje señalado para la defensa), de donde no pudo rechazarlos el enemigo por más diligencias que hizo. Inmediatamente que supe esta novedad, dispuse subiesen los refuerzos para sostener el puesto, y la retirada en caso que hubiese precisión de ejecutarla. A Madariaga envíe doscientos hombres con D. Juan Nicolás Casadevante, Capitán de los Voluntarios de Guipúzcoa, quien viendo que los enemigos al amanecer no se movían, los atacó obligándolos a abandonar el caserío de Madariaga; pero como los Cuerpos de reserva que tenían eran en número crecido, y por la situación local estaban colocados en disposición, no sólo de proteger con mucha ventaja la retirada de su vanguardia, sino de ofender con mucha más, por lo que hubo que abandonar otra vez el caserío y volverse a su posición; de sus resultas, envió a decir al Comandante de Azcárate me avisase de esta novedad, pero no fué menester extendiese el parte, porque asegurado yo que el costado izquierdo de este punto no peligraba por el barranco de Quilimón ni Larrascanda, pues el enemigo sólo miraba a Madariaga, subí acompañado de D. Manuel Cañas, Ayudante Mayor de los Voluntarios de Guipúzcoa a su altura con ánimo resuelto de atacarle, para cuyo efecto saqué de Juaristi la compañía de Begoña; me hice cargo de su posición, y era tal que por ningún lado podía llevar a efecto mis deseos sin exponerme, probablemente, a perder el puesto y gente del ataque, de cuya opinión también era D. Gabriel de Mendiábal, que bajando de Musquirichu, subió a dicha altura sabedor de que en aquel destino me hallaba. En esta situación, me hice cargo prlijamente de todos los puntos para proponer a V. E. un ataque para el día siguiente, y estando en ésto tocó el enemigo su llamada, dispuso en orden sus divisiones, que seguramente ascendían, en el número más corto, a 1.500 hombres. Arreglé yo las más para recibirla en el caso de que atacase, pero a poco rato empezó a retirarse con todo orden; inandé picarle la retirada con Voluntarios y Cazadores de Guipúzcoa, algunos soldados de Jaén, algunos alaveses y otros vizcaínos de la Compañía de Begoña; pero eran tantas las divisiones de su reserva y tan bien colocadas, que no se pudo cargarle como se deseaba, y en este orden aseguró su retirada a las dos de la tarde.»

«Todos los Oficiales, la tropa del Rey y naturales armados de Vizcaya y Alava, en disputa, se aproximaban al enemigo con el mayor ardor... Con las noticias que tuve del movimiento del enemigo, reforcé todos los puestos, di mis órdenes para recibirlo, y la de que no perdiesen la menor ocasión favorable de perseguirlo, en el caso de que fuese rechazado, como lo esperaba, por la buena voluntad, ardor y de-

seo que tiene la oficialidad y tropas del Rey de llegar a las manos; pero nada intentaron por los demás puntos, y mandé retirar los refuerzos para que descansasen de la fatiga de la noche.»

**Ataque a los puestos de Villarreal,
Elosua y Sasiola. Los españoles se
retiran a Vergara**

El 28 del mismo mes, los puestos de Villarreal, Elosua y Sasiola, fueron atacados simultáneamente. Los franceses fueron rechazados en los dos primeros puntos, pero en el tercero se apoderaron del puente Madariaga. Crespo envió refuerzos para recobrarlo, cuando hubo de saber que el paso del Deva, había sido reforzado en Sasiola. Los franceses se habían encaminado a este punto con fuerzas considerables, y pasaron el río con el agua al cuello y bajo el fuego de metralla de las baterías españolas. Habían atravesado el vado de Lasau y la barra del Deva aprovechando la baja mar, aunque el empeño hubo de costarle más de cincuenta muertos. Viendo ésto, los españoles abandonaron sus atricheramientos y efectuaron precipitadamente su retirada.

La confusión entre los nuestros fué grande, y aprovechándose de ella el enemigo, se apresuró a la mañana siguiente a apoderarse de Marquina y las alturas de Urrearegui en la orilla del mar, avanzando otra columna sobre Berriatúa. No se mostró torpe ni descuidado en sus disposiciones el Mando francés, pues en el mismo momento el General Willot, con diez batallones hizo un movimiento sobre el frente y la derecha de los españoles en Elosua, en tanto que una tercera columna de tres mil hombres pasó de Tolosa a Villarreal, a fin de cortar la retirada de los nuestros. El resultado estaba previsto, en tan crítica situación. Evacuóse el puesto de Elosua, y después de haber hecho los alaveses una vigorosa resistencia en las alturas de Descarga, dióse la orden de retirada a Vergara. Es probable que los franceses no hubiesen pasado más allá de este punto, si los progresos que realizaban contra la izquierda de Crespo, no hubieran forzado a éste a hacer marchar a su división en retirada, manteniendo constantemente un frente de ataque, a fin de no dejarse forzar por un punto intermedio.

**Posición de las fuerzas del General
Crespo. Los franceses tratan de en-
volver la posición española en los
montes de Inchorta y Elgueta**

La posición de todas las fuerzas del General Crespo en esa noche era la siguiente: La izquierda, en los montes de Inchorta y Elgueta; el centro, en Vergara, y la derecha entre Oñate y Legazpia. El Cuartel

General quedó en Mondragón. Las tropas que atacaron la extrema derecha, fueron este mismo día rechazadas en Lecumberri y valle de Ulzama, con fuerzas traídas de Pamplona, y fué en él mismo cuando Verástegui escribió al General que mandaba el Ejército de Pancorbo, y a los corregidores de Logroño, La Calzada y Miranda, noticiándoles haberse roto la línea por Sasiola, y pidiendo soldados para mantener la línea de Vergara.

Al abandonar Crespo el puerto Descarga y tomar posición a retaguardia en Vergara, estableciendo como acabamos de decir, su izquierda en las alturas de los citados montes de Inchorta y de Elgueta, así como de Ascensión, esta posición le aseguraba su desembocadura sobre Vizcaya, en tanto que su derecha, al ocupar los puestos de Satui y de Telleriarte, entre los pueblos de Legazpia y Oñate, defendía las correspondientes a Navarra, por cuya razón puede estimarse que las disposiciones tomadas por el General español eran acertadas.

Y en efecto, los franceses no avanzaron para atacar esta posición frontalmente, sino que, llevando a cabo un envolvimiento de la izquierda española, realizaron un avance sobre los montes de la Ascensión para desalojar de su cumbre a las tropas allí apostadas. Mas no pudieron realizar los soldados de la Revolución francesa su intento, pues el Barón de Triest, Comandante de este puesto, en la tarde del 30 de junio, rechazó sus diferentes empujes, manteniéndose firme en el mismo.

Pero aunque Crespo hubiera perdido la menor cantidad posible de terreno, ciertamente los franceses habían forzado la retirada de las fuerzas que cubrían Vizcaya y era, por tanto, necesario tomar nuevas posiciones más a retaguardia. La división mandada por Filangieri, ocupando el puesto de Lecumberri y cubriendo así la frontera navarra en el sector Norte-Noroeste, se encontraba, no obstante, fuertemente comprometida, tanto por su izquierda como por su retaguardia, y no era, por consiguiente, prudente mantenerla. Flanqueada ya en su derecha por el campo francés establecido ante San Esteban, para que su posición fuese buena, era necesario alinearla con la de Villarreal y Elosua. Abandonada ésta, Lecumberri no tenía más remedio que ser evacuado y, por ello, Filangieri efectuó su retirada sobre Erize y Ozquia, tan pronto como supo que los franceses se dirigían en cuatro columnas contra él; una de frente, por el gran camino de Tolosa; dos por los flancos, pasando por Gorriti; otra, por Berueta (ésta procedía de los campos de San Esteban); la cuarta columna, llegando por el pueblo de Arruiz, le hubiera cogido de revés si los españoles no se hubieran ya establecido en la referida línea a retaguardia.

Información oficial española de las acciones anteriormente descritas

De estas acciones que acabamos de describir, la información oficial daba las referencias que vamos a transcribir. Son las de la *Gaceta* del viernes, 10 de julio de 1795, que dicen lo siguiente:

«El General en Xefe del Ejército de campaña de Navarra, Aragón y Guipúzcoa, Príncipe de Castelfranco, en carta de 3 del corriente, ha remitido copias de varios oficios que recibió del Teniente General don Joseph Simón de Crespo, que manda la división de la provincia de Guipúzcoa, los cuales son a la letra, como siguen:

«Excmo. Sr.: Con noticia que tuve anoche, a las diez, de que los enemigos intentaban atacar con todas sus fuerzas los puestos de mi división, inmediatamente reforzé el punto de Villarreal, y con el resto de la tropa subí al monte de Elosua, a la una de ella, como centro para dar mis disposiciones y socorrer el punto que fuese atacado; en efecto, recorri todos ellos y reforcé el de Musquirichu, dejando en él al Mariscal de Campo Barón de Triest, por parecerme que la mayor fuerza del enemigo se dirigía hacia mi izquierda, y no obstante que por la densa niebla no se descubrió hasta las nueve de la mañana, que atacó el punto de las Pagochas de Villarreal, de donde fué rechazado completamente, al mismo tiempo que por el punto de Madariaga hizo igual ataque, posesionándose de él, lo que no me dió cuidado por ser punto de donde con facilidad los hemos rechazado varias veces; pero con este motivo encargué al Barón de Triest que no permitiera se avanzaran más, antes sí que los desalojara, y no perdiera ocasión de castigarlos, persiguiéndolos con arreglo a sus conocimientos, y prevenciones que le di. Con este motivo y en este estado, tuve aviso de que los enemigos se dirigían hacia Sasiola en número muy considerable, y que sin duda la tropa de aquél punto no ha podido sostener, pues me acaban de dar parte de haberse apoderado de él, en cuyo caso he dado mis órdenes al Barón de Triest, para que viéndose con el Brigadier Eguía traten de recuperar el puesto, y en caso de que esto no se pueda conseguir, y permanezca en él el enemigo, o siga más adelante, tengo dadas mis disposiciones de segunda línea. No puedo dar a V. E. el detalle por menor, porque aún no me han dado las noticias. Dios guarde... Elosua, 28 de junio de 1795.»

«Excmo. Sr.: Siguiendo su empresa, los enemigos lograron, después de pasado el Deva, situarse sobre Berriatúa, Marquina, Motrico y altos de Urrearegui, lo que me ha obligado a retirarme de Musquirichu, Elosua y sus adyacentes, y con noticias también que intentan repetir su ataque por Villarreal, también he dispuesto la incorporación de su guarnición conmigo, para tomar, en cuanto me sea dable, los puestos de la segunda línea; he sabido que en el paso del río han perdido los enemigos cerca de quinientos hombres; el batallón del Príncipe

cipe, que estaba en Laranga, parece que ha padecido bastante; pero, según tengo entendido, son muchos los dispersos, y me persuado se me irán reuniendo. Dios guarde... Vergara, 29 de junio de 1795.»

«Excmo. Sr.: Consecuente a mis avisos que anteriormente di a Vuestra Excelencia, y en resultado de haber los enemigos verificado su ataque por Villarreal, me vi en la precisión de hacer mi retirada, la que ordené por el indicado punto de Villarreal, haciendo detener al enemigo, y perdiendo el terreno con la más gloriosa resistencia al alto de Descarga, desde donde se renovó la disputa del terreno con la obstinación de una y otra parte, y por noticias del progreso de los enemigos por la izquierda, logré situar con el mayor orden y seguridad los puntos de mi línea de retirada de Inzorza, Ascensión y altos de Elgueta; por mi izquierda, monte de San Antonio; por la derecha, cogiendo las avenidas de Legazpia a Oñate, en los puestos de Satui y Telleriarte, que me completa la línea por la derecha; yo, en atención a socorrer con víveres, refuerzos, municiones, etc., a la nueva posición, me retiré a Mondragón; pero no lo ejecuté hasta ver colocados todos los Cuerpos en los señalados puntos, y con la satisfacción de no dejar en poder del enemigo efecto alguno, pues todo se retiró, o distribuyó a la tropa. Mi buena combinación, por minutos me salió tan bien, que, los pocos efectos del pequeño hospital de la Sangre de Vergara, se hubieran retirado todos, si la falta de acémilas no hubiera impedido su logro. La efectuada línea, impuso respeto al enemigo, como lo indica no haber entrado sino muy pocos hasta ahora en Vergara; emprendió su osadía el ataque a la Ascensión por la tarde, lo que me avisó el Barón Triest, a cuyo cuidado dejé estos puntos avanzados, y socorriendole con municiones y demás, me... (no se entiende la expresión que sigue y se suprime) con la mayor satisfacción, que mediante mis disposiciones ha logrado rechazar varias veces al contrario, lo que me mantiene en la misma posición. Los enemigos que atacaron mi derecha, fueron en número de tres mil, con trescientos caballos y dos violentos, cuyas tropas salieron de Tolosa. De las resultas del ataque de la izquierda nada sé, pero se van reuniendo muchos soldados del Príncipe, y de otros tengo entendido han tomado por la costa, y lo exécutarán por Bilbao. Modragón, 30 de junio de 1795.»

Por la información francesa sabemos que en la acción del día 28 de junio, cinco batallones y medio, a las órdenes del General de Brigada Raoul, fueron los que se pusieron en marcha del campo de Iciar, formados en cuatro columnas. El jefe de Brigada Monroux, a la cabeza de la primera, fué el que se empeñó en pasar un vado por debajo de Sasola, del cual fué obligado a retroceder, viéndose los soldados con el agua al cuello. Doscientos cincuenta cazadores encontraron un paso menos difícil a la izquierda, y así que pasaron los primeros, seguidos bien pronto por el resto de las tropas, sembraron el espanto entre los españoles, que abandonaron sus reductos con precipitación. Nueve cañones y una bandera fueron los trofeos de la victoria. Los franceses

aseguran no haber tenido más que un oficial muerto y doce soldados heridos, quedando estas columnas en las alturas de Motrico hasta el 23 messidor (11 de julio).

Movimiento envolvente sobre el cuerpo español que ocupabá Elosua

Al día siguiente de la acción que hemos citado, o sea el 11 messidor (29 de junio), el movimiento envolvente sobre el Cuerpo español que ocupaba Elosua, para cortar su retirada y apoderarse de esta posición, lo realizó el General de Brigada Willot, con diez batallones, distribuidos en dos columnas, que llevaron a cabo el ataque de frente y sobre el ala izquierda de dicha posición, en tanto que la tercera columna, que había partido de Tolosa, se dirigía a Villarreal, según expusimos. Crespo llevó a cabo su retirada, según esta información francesa, en la mañana de este dia, marchando por Villarreal hasta Salinas. Según el parecer de Jóminí, estas disposiciones estaban bien concebidas y es probable que este Cuerpo hubiese sido deshecho; pero sea que fuese advertido a tiempo de los proyectos republicanos, o que los hubiese adivinado a vista de la maniobra de Raoul, es lo cierto que se retiró a retaguardia de Vergara, y después vino a tomar posición a derecha e izquierda de Mondragón.

Esperanza de los españoles en la declaración de una próxima paz. El Marqués de Iranda en tratos con el General Servant

Las esperanzas que abrigaban los españoles de una próxima paz no parecían responder a la realidad; y se engañaba, sin duda alguna, la Marquesa de Lozoya, cuando ignorando esta actividad de los franceses, exponía en su carta del 24 de mayo de 1795: «De novedades de guerra no hay cosa particular; hacia Tolosa parece se han reunido los franceses; sin embargo que por el lado de Pamplona no se advierte haya enemigos; van demoliendo en la plaza todas obras que había fuera de ellas para dejarlas en el mejor paraje de defensa.»

Por otra parte, la actividad no dejaba de sentirse en nuestro campo, pues en nueva carta del 31 del citado mes, escribía: «Hoy ha llegado aquí (Tudela), el batallón de Suizos que estaba en Madrid y también llega la partida nuestra que está en Zaragoza, con trescientos quintos. En el Parque de Artillería cada vez se trabaja con más fuerza, habiendo llegado un horror de tiendas de campaña, así para la tropa como para oficiales y aún Generales, y sin embargo de todas estas prevenciones, se habla con mucha certeza de las paces».

Esta esperanza seguía animando el espíritu de los españoles si hemos de confiar en el acierto y veracidad de las declaraciones de la ilustre dama. En la de 7 de junio, escribía: «Acabo de tener carta del General Izquierdo, que es el que se ha de quedar en la Plaza cuando sea sitiada, el que me dice no ocurre cosa particular, y me confirma lo que se habla de paces». En la del 14 del mismo mes, afirma: «Todos nos aseguran las paces y el Marqués de Iranda ha pasado a Francia a tratar varios asuntos con el comercio; dice se tardarán en hacer un par de meses, por ser donde se tratan estos puntos en la Corte de los Suizos (Basilea), y estar a mucha distancia de la España.» Y nuevamente en la del 21, declara: «Tengo carta del general Izquierdo, el que me dice le han nombrado para defender la plaza en caso de sitio, que la salida del Virrey fué por haber tomado los enemigos las alturas, pero que se cree que por pensar los atacávamos, que el Virrey vuelve a salir, que el ejército está ermoso, que el tiempo a sido cruel i que los enemigos tienen muchos enfermos; que siguen las voces de paz. Dios nos las conceda y a v. m. le guarde». Pero en la del 29, no deja la Marquesa de insinuar su desconfianza; al escribir: «Novedades por este lado, aunque las cartas nos anuncian la paz, todas son de aparato de guerra, pues cada día se aumentan más las prevenciones para ésta, habiendo entrado oí carreterías cargadas de balas, tiendas de campaña, caballos de *pisa* (1) y otros efectos. Las cartas de París dicen la muerte del Delfín. Dios lo componga todo, que es quien puede.»

Es de reconocer que la Marquesa no dejaba de responder en sus declaraciones a la realidad de los hechos. Ya a principios de junio, según lo manifiesta Beaulac: «Rumores de paz se extendieron enseguida en el ejército (francés). La presencia del Marqués de Iranda, llegado a San Sebastián, bajo el pretexto de atender a asuntos particulares, parecía autorizar todas las conjeturas hechas sobre este punto, tanto más por cuanto que al mismo tiempo, el General Servant, enviado a Bayona, con el pomposo título de Inspector General del Ejército, cargo que casi no ejercía, se entrevistaba frecuentemente con Iranda. El General en Jefe en la Orden General del Ejército, advertía no dar fe a esta conciliación próxima, y una escuadra española que apareció junto a las costas de Guipúzcoa, habiendo capturado diversos navíos de cabotaje, desvanecieron los rumores de paz». Pero añade el ciudadano francés por su parte, que estas negociaciones eran reales y es notable que los dos Gobiernos tratasesen de este modo a la vez en Basilea y en Bayona.

(1) *Frisa*.

Generales franceses destituidos. La actitud del Alto Mando español confirma los rumores de la paz

Es interesante recoger todas las declaraciones que sobre este particular formula el escritor o historiador que nos ocupa, quien después de manifestar que, el 21 prairial (9 de junio), fué dispuesta la destitución de los Generales Fregeville, Marbot, Laroche, Roucher, Pinet, y del Ayudante General Mutelé, así como del ciudadano Gros, Jefe del 7.^o Batallón de Gers, de los cuales muchos de ellos dejaron una honrosa memoria en el ejército, sigue informando referente a los rumores de paz, y las conversaciones entre los dos personajes citados: «No obstante, estaba resuelta una nueva expedición, y tal cual ha sucedido durante toda la guerra, el rumor circuló por todas partes con anterioridad (1). Desde luego, la necesidad en que se encontraba el ejército en estas circunstancias de recurrir a demandas extraordinarias de transportes en el país conquistado, no permitía una absoluta discreción. Debemos decir a este objeto, que la Diputación de Guipúzcoa mereció los más grandes derechos al reconocimiento de los franceses por el modo cómo ella cumplió las obligaciones impuestas por el vencedor, y circunstancia verdaderamente notable, pero que disculpa al hombre sensible en medio de los desastres de la guerra, ella mereció también el reconocimiento de sus conciudadanos. Nos encontrábamos presentes en su país y podemos atestiguar que, los cuidados y la generosa entrega de sus miembros no han dejado de contribuir poco a descartar de las comarcas invadidas los azotes de la guerra y las violencias arbitrarias, que la ausencia de las autoridades no puede por menos de entrañar.»

«Esta moderación de nuestra parte, y las proporciones conciliadoras hechas a Vizcaya, presta a ser invadida, hicieron abandonar sus banderas a una parte del ejército español de Guipúzcoa, fuerte de 15.000 hombres, y que fué así reducido a 9.000». Y realmente no podemos rechazar esta última declaración de Beaulac, pues, en el trabajo de G. de Echávarri, se expone que, cuando con motivo de los avances del enemigo durante el mes de junio, Verástegui veía caer por tierra todos sus afanes y sacrificios, y, entre otras cosas, solicitaba fusiles y municiones al que no le quedaban más que algunos hombres, afirma: «En igual situación se encontraban en Durango 7.000 vizcaínos que pedían armas para marchar contra el enemigo, y por toda contestación alaveses y vizcaínos, recibían del General Crespo la orden de retirarse a sus casas. No se ve aquí palpable el interés del Gobierno en que avanzaran los

(1) Indica Beaulac, a este propósito, que tratóse de ocultar el momento en que los grandes movimientos debían ejecutarse, pero a la víspera del día señalado podían verse llegar a los campamentos multitud de hombres y de mujeres atraídos por la esperanza de botín.

franceses hasta la línea del Ebro, para tener un motivo de negociar la paz y otro para llamar traidores a los euskaros y quitarles sus libertades? Y si no, ¿a qué venía el negarles armas y el no consentir que de los numerosos batallones de la línea establecida desde las Encartaciones por Pancorbo a Clavijo se destacaran algunos a Mondragón o Vergara, a Ermua o Sasioña, a San Adrián o Lecumberri?»

El Barón de Triest, que con fuerzas vascongadas, como hemos visto, había sostenido tres rudos combates el día 30, manteniendo infranqueables sus posiciones, descendió el 31 a Oñate, y el 1.º de julio atacó a los franceses en el puente de San Prudencio, causándole bajas y obligándoles a replegarse sobre Vergara. De este modo, pudo reunirse con el General Crespo en Mondragón, formándose así un Cuerpo de tropas de alguna importancia. Por otra parte, desde Pamplona habían avanzado tropas a la línea fronteriza de Navarra y Guipúzcoa, con el fin de distraer al enemigo, colocándose en Irurzun una pequeña columna de observación.

Marcha francesa sobre Lecumberri, que es abandonado por los españoles

Habiendo fallado los intentos franceses de los días últimos del mes de junio, el 1.º de julio, el General Willot volvió a sus posiciones en las alturas al sur de Tolosa, y nuevas disposiciones a las anteriores fueron tomadas para batir al Cuerpo de tropas de Filangieri. «Desde el 1.º de julio, y sin que pueda sospecharse cuál fuera el deseo de Moncley, había llevado siete batallones a San Esteban, ante el Bidasoa, y hecho ocupar las alturas de Goaestele y de Doña María. El 27 de junio, por la tarde, estas tropas, deslizándose al mando del General Digonet por Arruiz para alcanzar la retaguardia de la posición española, según expusimos anteriormente, y esta operación que hubo de fracasar, había sido concertada con la de otras columnas que partieron de Tolosa para Lecumberri por el gran camino de Arriba y por Gorriti; la brigada Merlo, al centro; Willot y Morán, sobre los flancos. Sabemos cómo Filangieri pudo escapar del peligro que le amenazaba y ganó durante la noche las alturas de Irurzun, desde las que podía comunicar con Crespo.

Una operación semejante había de realizarse el 15 messidor (3 de julio) para envolver el Cuerpo de tropas que acabamos de citar. El cerco había de llevarse a cabo por cuatro columnas diferentes. Para ello, el 13 messidor ya estaba la división del General Willot en marcha; el 14, por la tarde, se formaba ante Tolosa, y este mismo día una columna de seis batallones, conducidas por el General de Brigada Merle, desfiló desde Tolosa en dirección a Lecumberri, por la carretera principal, en tanto que otra columna de cinco batallones, al mando del General de

Brigada Morán, se encaminaba hacia Gorriti con la misma misión. Una cuarta columna de siete batallones partió de San Esteban con el General de Brigada Digonet, llegando en la misma tarde a Berrueta, a través del terreno ocupado por los nuestros.

«El 15 messidor (3 de julio), a la salida del sol, casi en el mismo momento, las cuatro columnas desembocaron sobre Lecumberri. Las de Willot y de Morán, por ambos flancos; la de Merle, de frente; la de Digonet a retaguardia, envolviendo el pueblo de Arruiz. Pero el enemigo había efectuado su retirada durante la noche y se había replegado hacia su segunda línea en las alturas de Irurzun». Los españoles habían, pues, procedido con acierto, porque, como lo afirma Beaulac, esta posición era naturalmente muy fuerte, y tenía la ventaja de conservar la comunicación libre entre las dos divisiones del ejército enemigo: la de Navarra y la de las Provincias Vascongadas.

Ataque francés del 6 de julio contra Irurzun

La vanguardia española ocupaba Irurzun y sus alrededores, su izquierda apoyada en el bosque de Ozquia; el centro cerraba la carretera principal, y su derecha, se extendía hasta las alturas de Berrioplano. Fué el día 18 messidor (6 de julio), cuando el ataque francés hubo de realizarse. Por la noche, tres columnas francesas marcharon desde Lecumberri, una al lado de la otra por el camino citado. Al llegar al pueblo de Latasa hubieron de separarse. La primera, de tres batallones, a las órdenes del General de Brigada Merle, alcanzó la alta montaña que está a la derecha de la carretera y desembocó ante Irurzun, como si ella llegara de Vitoria. Tres compañías de carabineros y tres batallones, mandados por el Jefe de Brigada Harispe, pasaron por la montaña de la Trinidad y se dirigieron hacia Aizcorbe. Una tercera columna de dos batallones y ciento cincuenta caballos, con dos piezas de artillería, siguiendo la carretera, iba mandada por el jefe de la expedición el General de Brigada Willot. Una cuarta columna, estaba compuesta de cinco batallones e iba al frente de ella el General Digonet. Su movimiento, extendido a la izquierda de Gulina y de Aizcorbe, iba a cumplir el doble objetivo de envolver la vanguardia española y de prohibirle el socorrer al grueso de Cuerpo de ejército; debía también asegurar la retirada en caso necesario.

Confirma Jómini, que: «La posición que ocupaba el General Filangiéry era muy fuerte... Fué Harispe quien empeñó el combate con sus cazadores vascos. Los españoles, cogidos entre estas tropas y la columna del General Merle, abandonaron Irurzun. Un cuerpo de catalanes, obstinándose en mantenerse en una altura cerca de Aizcorbe, obligaron a los granaderos a lanzarse sobre ellos, y derrotándolos, pusieronse imprudentemente a perseguirles. Esta impetuosa pudo serles cara»;

el momento en que se lanzaban sobre dos cañones que el enemigo hacía avanzar por la carretera, los vascos fueron cargados por tres escuadrones y obligados a buscar refugio en los bosques que bordeaban el camino. Digonet, sorprendido con esta brusca aparición, y no pudiendo calcular cuál fuese la fuerza de su adversario, ordenó entonces retirar a su Brigada, pero este movimiento fué mal ejecutado; la infantería española, que se aproximaba, aumentó el desorden. Felizmente, un batallón de granaderos colocado por debajo de Gulina, la detuvo. En vano el Teniente General Horcasitas quiso hacer retroceder a estos bravos con su caballería; ésta volvió a encontrar al General Willot, que la contuvo con otro batallón de tropas escogidas. Los vascos de Harispe, refugiados en los bosques a ambos lados de la carretera, acometieron a su vez a los escuadrones castellanos con el fuego de fusil de los infantes y les obligaron a retirarse muy maltrechos. Harispe, favorecido por la gloriosa resistencia del puesto de Gulina, reorganizó su pequeña tropa, se precipitó con ella de nuevo sobre los españoles y los destrozó por completo. Filangieri perdió más de trescientos hombres en este combate y se retiró a la orilla izquierda del Ágra, dejando a los vencedores establecerse entre el coll de Ollaregui y las alturas de Eliscorbe».

Información oficial española («Gaceta de Madrid» de 14 de julio)

Este relato de la información francesa viene, en cierto modo, esclarecido por el que nuestra información oficial de la *Gaceta de Madrid*, contenía en su número del 14 de julio. Este órgano oficial de publicidad exponía lo siguiente, según carta fechada el día 7 del mismo:

«La mudanza de posición que yo hice en la madrugada del 2 de éste para evitar que el enemigo rodease mis puestos de Lecumberri y sus dependientes, y el partido que tomé de situarme en mi primera línea, hicieron creer sin duda al enemigo que dexaría con facilidad la nueva posición que había ocupado, y lleno de desconfianza atacó ayer al amanecer por tres partes con 16.000 hombres de tropas escogidas, y 400 caballos, la posición de Erice y Ozquia, guarneecida por 6.000 hombres bajo el mando del Mariscal de Campo D. Francisco Antonio Filangieri.»

«No han acometido hasta ahora los enemigos por esta frontera con igual resolución, confianza y tenacidad, como la que se notó este día, pues habiendo sus tropas ligeras arrollado con una celeridad increíble nuestros puestos avanzados, acudió con viveza el referido General, y reuniendo nuestras partidas con igual prontitud, volvieron a cargar al enemigo con firmeza, sostenidas de otras de línea, logrando rechazarlos y que se replegasen sobre sus reservas.»

«Llegué yo a este tiempo y aprovechando el momento mandé al

Teniente General D. Francisco de Horcasitas, a quien el día antes había nombrado por Comandante del Cuerpo de Caballería y Dragones de este Exército, que llevase al enemigo los escuadrones primero y segundo del bizarro regimiento de Farnésio, sostenidos por el acreditado de Dragones de Lusitania, los que cargaron a los franceses con la celeridad y efecto que acostumbra nuestra caballería, mayormente conducida por un General del espíritu y conocimiento de Horcasitas en esta clase de servicio; y aún el ímpetu y resolución de estos Cuerpos, impusieron tanto a los franceses, que llegaron a desordenarse, se emboscaron por sus costados con una prontitud digna de elogio, aunque sean enemigos, y con sus fuegos vivos y bien dirigidos sostuvieron la precipitada fuga de su caballería a vista de la nuestra, habiendo herido gravemente de una bala de fusil al expresado Teniente General, que, sin embargo, pretendió mantenerse en su puesto hasta que le mandé retirar sin excusa..»

«Reforzados en este instante los enemigos considerablemente, volvieron con el mismo empeño a cargar a nuestras tropas, que fatigadas ya del primer ataque, se vieron precisadas a irse retirando con bastante orden..»

«A este tiempo mandé avanzar los batallones segundo y tercero de granaderos Provinciales de Castilla la Vieja, que guarneían la línea, dejándola ocupada por otros, y a pesar de que el enemigo cantaba ya la victoria, se arrojaron sobre los franceses los granaderos con tanta serenidad y dureza, que, a pocos minutos, les obligaron a ceder el terreno, habiendo llegado a las manos los del segundo batallón, señalándose entre ellos Francisco Fernández, que destrozó a bayonetazos al que lo esperaba, quitándole algunas prendas para acreditar su valentía..»

«Eran tan frecuentes los refuerzos que llegaban al enemigo, como oportunas sus medidas, dirigido todo por Moncey, General en Jefe que mandaba el ataque, que cuando yo creía habíamos ya conseguido el rechazarlo, mandó empezar de nuevo su tercera carga, esforzándose obstinadamente a ganar las alturas, y como en este género de guerra sobresalen tanto sus cazadores baigorrianos, cuyo número pasaba de 5.000 este día, acometieron a nuestras tropas tan resuelta y determinadamente, que empezaron a ceder al número y temeridad de estos soldados, acostumbrados siempre a vencer en las montañas; pero animados los nuestros con mi presencia, sostuvieron y dirigieron su fuego con igual tesón y acierto que el de los enemigos, tanto que seguía el combate con muchas pérdidas de ambas partes a las doce del día, sin decidirse la victoria, hasta que esforzados de nuevo los granaderos castellanos dirigidos por el General Filangiéri, y animándolos mi Mayor General D. Ventura Escalante, se decidió, al fin, a la una del día, a favor de las armas del Rey, este obstinado y dudoso combate, trabado y mantenido en el mismo terreno donde vencieron también los españoles a los romanos en otro tiempo..»

«Entre tanto que se peleaba por ambas partes con igual empeño, en el centro se introdujeron los enemigos por el bosque de Ozquia hasta el pueblo de Atondo, cuya iglesia profanaron, robando el copón, tirando las Sagradas Fórmulas, y saqueando al vecindario contra el sistema de moderación que habían anunciado a estos pueblos los últimos días; pero llegando a la ocasión con órdenes más el Coronel e Ingeniero Segundo D. Juan Villalonga, con sesenta caballos de Farnesio, y el cuarto batallón de Voluntarios de Navarra, que trabajó y padeció mucho en esta mañana, los echó del pueblo y volvió a ocupar este puesto.»

Dejando a un lado la afirmación un tanto aventurada de que la acción a la una del día *lo fuese a favor de las armas del Rey*, se reconoce en las declaraciones de Castelfranco, que la acometida tan resuelta y determinante de los cazadores baigorrianos que formaban en las filas del Ejército de la Revolución, obligaron a ceder a los nuestros, vencidos por el número y temeridad de tales fuerzas, acostumbradas siempre a vencer en las montañas. De esta información, se deduce fácilmente, que la lucha no fué favorable para los españoles, aunque el Mando superior diese pruebas de serenidad, orden, pericia y talento, y la conducta de los Generales, jefes y oficiales, mereciera la recomendación del Príncipe italiano, al servicio de España, a la gratitud de S. M.

Relato de Marcillac. Irurzun en poder de los franceses

La información de Marcillac confirma y detalla la ofrecida por el Príncipe de Castelfranco. Fija en 16.000 hombres la infantería y cuatrocientos los caballos que, en efecto, desembocaron sobre la nueva posición de los españoles, defendida por otros seis mil hombres, y señala cómo, con la dirección de estas columnas y la maniobra de sus tropas, era fácil darse cuenta que el primer objetivo era el de envolver la guardia española establecida en Irurzun y de cortar su comunicación con el grueso de su ejército. El intento francés no pudo ser frustrado después de un combate muy obstinado y de muchas cargas de caballería ejecutadas por el Teniente General D. Francisco de Horcasitas, cayendo herido en una de ellas; la vanguardia hubo de abandonar Irurzun y se replegó sobre el grueso del ejército.

Según el relato que nos ocupa, el ánimo de nuestras tropas no cedió ante el empuje francés en toda esta acción, manteniéndose vivo hasta el último momento, en que tuvieron que abandonar el campo de batalla. «Las columnas francesas avanzaban con la impetuosidad y la confianza que proporciona un primer éxito, cuando una columna de granaderos provinciales de Castilla la Vieja, cayeron a la bayoneta ante sus enemigos y les obligaron a retroceder. Pero reforzados por tropas frescas, estas tropas, en retirada, volvieron a tomar espontáneamente la ofensiva, y cuatro o cinco mil cazadores de las montañas

de Baigorri trataron de ocupar las alturas a los flancos de los españoles. Estos resistían no obstante, aunque asaltados por un número superior; la victoria estaba indecisa cuando Filangiére y el Mayor General del Ejército D. Ventura Escalante, recorrieron las filas de los granaderos, los animaron, y comunicándoles, por así decir, un nuevo valor, les llevaron a precipitarse sobre sus enemigos. Estos se retiraron en confusión y fueron perseguidos más allá de Gulina.»

Apunta, igualmente, cómo en la izquierda los franceses habían obtenido éxito desde el primer momento, y habían penetrado en la villa de Antondo, pero fueron arrojados por el cuarto batallón de Voluntarios de Navarra y sesenta jinetes de Farnesio, recogiendo la observación, que el parte oficial exponía, de que fué glorioso para los españoles del siglo XVIII, batir a los enemigos en el mismo terreno en el que sus antepasados vencieron a los romanos en siglos remotos.

Y rindiendo culto a la verdad, concluye diciendo el historiador que estamos citando: «Aunque los franceses hubiesen sido rechazados por el Cuerpo principal de esta división, Irurzun quedó en su poder y en él establecieron su posición central. La derecha, lo fué al pie del coll de Ollaregui, y la izquierda en las alturas de Aizcorbe.»

Nueva interrupción de las operaciones hasta el 13 de julio

Pero quedaría incompleta la exposición del combate de Irurzun, si frente a las informaciones que hemos dado no ofreciésemos la apasionada del ciudadano francés. Coincidendo Beaulac con lo expuesto por Jómini, no vemos en ella nada distinto que pueda ofrecer interés. El desarrollo de la acción es el mismo que hemos dado a conocer. No procede, por tanto, transcribir dicha información, ni aún hacer comentario alguno sobre ella.

Después de esta acción, no se da conocimiento de otra alguna hasta el día 13 de julio, y, a este propósito, expone el General Gómez de Arteche: «Uno de los caracteres más notables de aquella campaña y en general de toda la guerra, fué el de las interrupciones que sufrían sus movimientos después de uno que parecía hubiera de ser decisivo si se continuara con el ímpetu con que se había iniciado; y después del paso del Deva, el 28 de junio, y de la ocupación de Irurzun, el 6 de julio, las operaciones de los franceses, cuando pueden decirse que estaban sus soldados a la vista de Vitoria y Pamplona, sufrieron una interrupción de varios días.»

Sin embargo, esta interrupción no podía prolongarse mucho. Los rumores de paz iban a ser confirmados, según se hizo advertir anteriormente, pero no sin que nuevas operaciones siguieran realizándose aún después de firmada la paz en Basilea. Dejaremos al capítulo siguiente el dar cuenta de estos hechos finales de la guerra.

CAPÍTULO XV

SITUACION CRITICA DEL EJERCITO ESPAÑOL DESPUES DE LA PERDIDA DE LA LINEA DEL DEVA

Actitud de los vascongados. Situación francesa no desahogada. Confianza en el advenimiento de la paz. El Ejército español se retira a Pancorbo



S fácil comprender, desde el primer momento, que perdida para las tropas del Rey de España la línea defensiva del Deva, su situación era ya comprometida. Los servicios que habían prestado los vascongados y especialmente los vizcaínos, eran de tal naturaleza, que el Convencional que acompañaba al Ejército francés pudo preguntar a los suyos: ¿Son éstos los paisanos a quienes queríais atacar con trescientos hombres? Y el 15 de mayo, el Príncipe de Castelfranco vióse, asimismo, en el caso de manifestar al señorío de Vizcaya: «Contribuiré con mucha complacencia a que lleguen a noticia de S. M. y del público, todos los buenos servicios que han hecho los vascongados y en adelante hicieran, pues deseo animar su espíritu por todos los medios posibles sin omitir la justa satisfacción de sus trabajos, que es la del honor a que se hace acreedor el que pelea con bizarria por causa que tiene tantos estímulos.»

Mas, sin embargo: «Si necesitáramos demostrar aún que no era desahogada esa situación para los franceses, no tendríamos sino describir las robustas y extensas obras de fortificación con que habían procurado cubrir su campo de San Sebastián y resguardar la línea de comunicación con su propio territorio.»

«Apoyado en la Concha, por su derecha, y en el Urumea, por la

izquierda, extendíase el campo atrincherado de San Sebastián por Lu-gáriz, Fagola y Mari-gómez-egui, por donde abría paso a la carretera de Hernani, y seguir a Puyo para encerrar la única fuente de que se abastecía la ciudad, de agua. Se empezaba a fortificar Oriamendi y Montevideo para enfilar y batir los caminos de San Sebastián y de Oyarzun a Hernani, ocupando fuertemente este último punto con obras interiores y otras que llegaban a cubrir con sus fuegos a Urnieta y As-tigarraga. El General en Jefe había creído poderse establecer en Hernani, pero al resolverse, como antes hemos dicho, a mantener su línea avanzada cerca del Deva, hizo también fortificar a Tolosa, donde residió a temporadas.»

«¿Qué demuestra todo ésto sino que el General Moncey y los representantes que le acompañaban no creían segura su posición en aquellas montañas, y que estaban muy lejos de despreciar a sus, aunque inexper-tos, activos y tenaces contrarios?» (Arteche.)

Confianza en el advenimiento de la paz. El 12 de junio se había celebrado una conferencia entre Iranda, Moncey y Meillan

No es, pues, repetimos, de extrañar el apresuramiento con que aco-gieron las insinuaciones del Marqués de Iranda, ni lo sería tampoco la suposición de que las esperaban, fuese por los rumores ya esparcidos sobre su misión, o por los que ya circulaban también de la reunión de Iriarte y Barthelemy en Basilea.»

El conocimiento de estas negociaciones por parte del público en ge-neral, hacían cada vez más firme la creencia en la terminación de la lucha en un plazo no muy lejano, y no obstante la prosecución de las operaciones, para poder afirmar la Marquesa de Lozoya, desde Tudela, el 5 de julio, que: «Las cosas de aquí no van nada buenas y por Vizcaya van peores», siendo interesante indicar que pocos días después, el dia 12 del mismo mes, tras de manifestar que nuestro ejército perma-nece inmediato a la plaza (Pamplona), éste se halla: «con buenos ánimos de rechazar al enemigo en caso que se presente». «Dios nos saque con bien», imploraba la cristianísima señora.

La misión del Marqués de Iranda ha sido estudiada con todo de-talle por el ilustre historiador Gómez de Arteche, tanto en su *His-toria del reinado de Carlos IV*, como en su sugestivo libro *Nieblas de la Historia Patria*. No es posible en esta historia militar transcribir y comentar cuanto en tales trabajos se expone: «A Iranda se le acogió en el campo francés con todo género de consideraciones—declara el ilustre General—, y el 12 de junio celebra una conferencia con el Ge-neral Moncey y el representante Meillan, en que, tratando todos de disfrazar sus intenciones, las dejaron perfectamente traslucir a sus res-

pectivos interlocutores; pacíficas en todos también como preconcebidas, y puede decirse que aprobadas ya. Para mejor disimularlas, los delegados franceses, como el español, quedaron en consultar con sus Gobiernos; pidiendo Iranda al suyo le enviara las instrucciones con nueva fecha, para no quedar a descubierto en las futuras conferencias respecto a su rectitud y a la dignidad de la Corte de Madrid.»

No obstante las victorias de los franceses en las acciones del 17 y 24 de junio, y 6 de julio, no aceptan las proposiciones españolas de suspensión de las hostilidades. Verdadero carácter de las mismas. Situación desairada del Marqués de Iranda

No por eso cesaron las operaciones de la guerra. Los franceses continuaron en la realización de su plan ofensivo, y tras las acciones verificadas los días 17 y 24 de junio, el 28 de este mes pudieron trasladarse a la margen izquierda del Deva y ocupar, el 6 de julio, la posición de Irurzun, siempre con el propósito por parte del General Moncey, ya de aprovecharse del considerable refuerzo que sus tropas habían recibido, como para colocarse en situación de poder imponer condiciones más ventajosas en la negociación comenzada por Iranda para la paz.

«No bastó, con todo, para que las gestiones del Marqués de Iranda pudieran tener una solución, satisfactoria o no. Porque la Convención, esperándola mejor de las operaciones de su ejército, no se apresuraba a enviar su delegado con poderes suficientes para arreglar un tratado de paz, ni Godoy, que sólo deseaba por el pronto la suspensión de hostilidades en aquella frontera, por tener principalmente encomendadas las negociaciones diplomáticas a D. Domingo Iriarte en Basilea, se apresuraba a enviar a Iranda las nuevas instrucciones que éste le había pedido desde Hernani el 14 de junio. Y como los deseos de Godoy eran los que menos querían satisfacer los republicanos, que esperaban de sus triunfos mejores condiciones que las que pudieran obtener por los procedimientos de la diplomacia, el papel de Iranda se hacia cada vez más desairado y más difícil de representar. Los mismos franceses debieron reconocerlo así; porque, ya sea por no hacerlo hasta bochornoso, o por contemporizar con el Gobierno español mientras se acordaba la paz en Suiza, la Comisión ejecutiva de la Convención envió a la frontera, como delegado plenipotenciario suyo, al General Serván, Ministro de la Guerra, como recordarán nuestros lectores, que había sido de la República. El Marqués de Iranda, aunque privado de las últimas instrucciones de Godoy y sin la autorización que había

creido necesaria, quiso entablar nuevas conferencias, las para que se creía haber sido destinado, con el que él llama en sus cartas y despachos el caballero Serván, que no quiso pasar de Bayona por no comprometerse, sin duda, en pasos que pudieran inspirar a nuestros delegados y gobierno demasiada confianza. La conferencia, con eso, celebrada el 30 de julio, en que Iranda ofreció a Serván proposiciones que le hacen mucho honor, por el patriotismo que revelan, controvertidas por su interlocutor con más cortesía que intención de que se hicieran inmediatamente efectivas, no podía conducir a nada práctico, ya que el plenipotenciario francés sabía que se estaban discutiendo iguales o semejantes en Basilea, donde ya se habrían quizás fijado, como, en efecto, había sucedido el 22 de aquel mismo mes, es decir, ocho días antes de tener lugar la visita a que nos estamos refiriendo.»

«Con estos antecedentes, fácil es de comprender que Serván no accedería a lo que principalmente deseaba Godoy, y con celo tan laudable pretendía alcanzar Iranda, a la celebración de un armisticio que detuviera a las tropas francesas en su marcha invasora sobre Vitoria, y sobre Miranda después, cuya sola noticia habría de alarmar a los españoles del centro de la Península y exigir después mayores sacrificios para contenerla o, en último caso, estorbarla. Serván debió compadecerse de la situación de Iranda, cuando, después de discutir largamente sobre unas condiciones que ciertamente no llevaban a la paz, tan deseada por ambas partes beligerantes, se resistía a la única ya necesaria y urgente para España, la de la suspensión de hostilidades. No quería negar la conveniencia; hasta llegaba a condenar la guerra y ofrecía trasladarse al teatro de las operaciones, cuya paralización decía, sin embargo, depender tan sólo del Gobierno supremo de Francia; pero todo, repetimos, por pura cortesía y para ganar tiempo.»

De esta suerte, el curso de las negociaciones no influía para nada en la marcha de las operaciones militares, y mientras el General Moncey procuraba por todos los medios ayudar a su colega Serván en sus propósitos tan hábilmente encubiertos de desorientar a Iranda, las Juntas de Navarra y de las Provincias Vascongadas, ante la realidad de los hechos, no cesaban de dirigir instancias a la corte de España y al Alto Mando militar para alcanzar auxilios que les permitiera hacer frente al invasor, conteniendo su efectivos progresos.

No decrece el buen espíritu de los vizcaínos. La Diputación de Vizcaya, como la de Alava, acuden a Crespo

A pesar de los reveses sufridos el 28 de junio, no decayó por ello el ánimo de los vizcaínos y, por el contrario, sin dar descanso a la pelea que había de procurarles todavía un triunfo momentáneo, obli-

gando a los franceses a contener su movimiento de avance, llamaron todas sus reservas, señalando a Durango como punto de reunión. «En 30 de junio escribía la Diputación al General Crespo: «Estas críticas circunstancias me obligan a suplicar a V. E. se sirva atenderme por todos los medios que le sean posibles para cortar los progresos de aquéllos (los enemigos), como lo confío de su acreditado celo y amor al real servicio; bien entendido que, por lo que a mí toca, he dado orden para que toda la gente útil de mis pueblos vaya a Durango luego, y desde allí a Elgueta o adonde se halle el resto, a fin de reunirse y hacer el último esfuerzo». Pedíale además armas con que hacer eficaz el llamamiento, manifestándole la oportunidad de escarmientar al enemigo en sus nuevas posiciones. Y el General Crespo, el más interesado en aquellos momentos por el honor de las armas españolas, que era el suyo propio, contestaba al Señorío que nunca lo hubiera desamparado, «pues una de mis primeras atenciones, decía, era conservar los hogares de unos pueblos que tanto han acreditado su valor y constancia; en esa confianza puede vivir V. S. y tranquilizar su espíritu, dándole gracias por la prontitud en poner sobre las armas toda la gente de sus pueblos, a los que hará entender V. S. no tardarán en restituirse a sus casas a descansar de sus gloriosas tareas.»

Ambas Diputaciones solicitan armamento para los naturales dispuestos a la defensa del país

Y las declaraciones de la Diputación de Vizcaya, no eran palabras vanas. El llamamiento se hizo efectivo, y el día 2 de julio había reunidos en la frontera de Vizcaya más de 16.000 de sus naturales, retirándose los refuerzos por orden expresa del General Crespo.

Por lo que a Alava se refiere, cuando después del resultado de los combates de junio, caen en poder del enemigo casi toda Guipúzcoa, y los franceses pueden colocar sus avanzadas en el puente de San Prudencio, a tres cuartas de legua de Mondragón, y Moncey queda en Vergara, de la que había podido apoderarse; «Verástegui, que veía caer por tierra todos sus afanes y sacrificios, escribía este día a Alcudia, diciéndole, que a pesar de sus esfuerzos y los de sus hijos, los enemigos, que apenas distaban tres leguas de Alava, la iban a invadir, porque vencidas las montañas sería imposible la resistencia; que si el francés avanzaba, la Diputación, cumpliendo las órdenes del Rey, se retiraría a alguna villa de Alava próxima a Burgos; que lo mismo recelaban los Jefes del Ejército que habían mandado retirar las cajas y depósitos militares a Miranda, contristando al país el que si le quedaban algunos hombres, no tenía fusiles ni municiones».

Desde luego, estos fusiles y estas municiones no fueron proporcionados, pero, a pesar de ello, en vista de que con la retirada de Crespo

y epidemia que diezmaba a los alaveses de San Adrián, éstos quedaban en primera línea, y Verástegui mandó subir a esta sierra todos los 6.000 alaveses que en Vitoria y Zalduendo tenía armados con escopetas, arcabuces, lanzas, hachas, espadas, y en una palabra, con lo que cada uno pudo agenciar, y se lo participó al Rey, anunciándole que si por aquel punto penetran los franceses, será responsable quien no ha concedido armas a sus fieles hijos; que es el sitio más débil, y que una vez en Salvatierra, el enemigo cortaría la retirada al Ejército de Guipúzcoa y penetraría impunemente en Castilla, poniendo en grave aprieto a Navarra». Y fué en esta ocasión cuando, el día 5 de julio, el Comandante Larrea, marchó a Mondragón con cuatro compañías (500 hombres) de las veinte que en Guipúzcoa tenía Alava, para San Adrián, a fin de reforzar las tres de 120 hombres cada una, que allí había.

Los franceses atacan Ermua, al flanco izquierdo de Crespo. Es conquistado este paso y Crespo se retira a Escoriaza y Salinas de Leniz. Dessein toma posición en Durango

La ocupación de Irurzun por los franceses, había separado la División de Crespo del Ejército de Navarra y dejaba al descubierto el flanco derecho de la posición española, que fué atacada en todos sus puntos. El 11 de julio, una división partió de Elgóibar y atacó la izquierda de Crespo, que defendía la arribada a la villa de Ermua. Este paso fué conquistado y los franceses cogieron en él trece cañones al siguiente día. La información francesa nos declara que, en la noche del 24 al 25 messidor (12 a 13 de julio), la División del General Dessein, compuesta de tropas de Azpeitia unidas a las que había pasado el Deva y que era la que llevaba a cabo esta operación, tomó posición en Durango, en el que se hallaban almacenados los aprovisionamientos del Ejército de Crespo, encontrándose en él, entre otros efectos, los cañones antes indicados y gran cantidad de pólvora.

Según la relación del Duque de Mandas en su interesante trabajo histórico, en la acción de que se trata, el general español mandó que nuestras fuerzas se retirasen a Elgueta *cuando la llevábamos bien*. Pero, positivamente la posición de Ermua fué perdida, y libre de esta manera el paso de Vizcaya, el enemigo apresuró un movimiento envolvente, que hubo de realizarse el citado día 13, presentándose el General Dessein, al que se había incorporado el de Brigada Raoul, que había quedado en Urreagui con 5.000 hombres, según Jómini, pero con 4.000, según Marcillac. Willot que había partido de Irurzun el 12 de julio, llevando consigo 4.000 hombres, avanzó por Villanueva, Huarte-Araquil y Arbizu. La izquierda española estaba mandada por el Barón de Triest.

Perseguido de este modo, Crespo hubo de retirarse a Escoriaza y Salinas ¡de Leniz, y comentando esta determinación, expone G. de Echávarri. «Este general no había leído sin duda aquella máxima de Berwick: «en la guerra y en la política, las acciones arriesgadas son algunas veces las más sabias, con tal que el atrevimiento sea regulado con la prudencia», pues en este caso en vez de amilanarse y meterse en esa cañada sin salida, donde apenas cabían sus soldados, hubiera jugado el todo por el todo atacando por Oñate o San Adrián con todas sus tropas a Willot, derrotándole seguramente con ayuda de los navarros, o bien esperando en Urquiola la llegada de Dessein, protegido por aquellas inexpugnables rocas.»

«Pero el pánico es mal consejero, y rodeado de enemigos por el frente y flancos, Crespo debió de aturdirse y no saber qué partido tomar.»

Crespo se encamina a Bilbao. Posible razón del hecho. Se retira a Pancorbo

En efecto, según lo declara Beaulac, el 25 messidor (13 de julio), una columna de 3.500 hombres y de 100 caballos, a las órdenes del General de División Willot, había marchado desde Irurzun hacia Alsasua por Villanueva, Huarte-Araquil y Arbizu. Al día siguiente, continuando su camino, había hecho desalojar de las alturas de Oysogueta, un Cuerpo español de 800 hombres y hecho arder un campo de acantonamiento provisto de barracones, durmiendo en Salvatierra. El 27, o sea el 15, reanudó su marcha y desembocó entre el pueblo de Salinas y el de Ullibarri-Gamboa, ambos ocupados desde la víspera por los españoles. Crespo se dió cuenta del peligro que le amenazaba, afirma el ciudadano francés, habiendo permanecido largo tiempo en incertidumbre sobre el punto de retirada que debía escoger, y viendo que las marchas rápidas de los franceses cambiaban a cada momento, el día 26 (14 de julio), mandó reconocer a la vez los caminos que conducían a Vitoria y Mondragón. En el primero tropezó con la división de Dessein, pero el segundo estaba libre, y, por esta causa, replegando todas sus tropas llegó a grandes marchas a Bilbao, caminando por los altos de las montañas y pasando por Durango. Pero advertidos los generales franceses de esta retirada, destacaron algunas tropas para inquietarle.

Indica Marcillac que la marcha de Crespo a Bilbao, en lugar de retirarse a Pancorbo, fué para salvar esta entrada en Castilla, distrayendo a los enemigos llamando su atención a otro punto. Y se hace constar en la obra publicada el año 1800, titulada: *Compendio Histórico de los servicios de la villa de Bilbao en la guerra con la nación francesa*, que por estos días de mediados de julio 1795, «pidió el General don Joseph Crespo a nuestro Comandante General D. Ramón de Gacitúa el refuerzo de 500 vizcaínos para que se incorporasen con sus tropas.

Se le entregaron sin dilación, eligiendo los más aptos de todo el paisanaje que se hallaba sobre las armas. Con ellos se dirigió por el Camino Real de Salinas hacia la parte de Ullibarri-Gamboa, con el objeto de presentar batalla al enemigo, que desde Durango seguía a Vitoria por Urquiola, Ochandiano y Villarreal; pero no se verificó y volvió a Mondragón, desde donde se dirigió a Vizcaya. Las villas de Durango y Elorrio le representaron, al paso, por escrito, su triste situación y le ofrecieron todos sus naturales para auxiliarle hasta perder sus vidas, de lo que tomaron testimonio; pero las circunstancias debieron ser tales, que no tuvieron lugar estas ofertas en la prudencia de este general, aunque les manifestó su gratitud. Había ya resuelto la Diputación, según se ha dicho, oponerse al enemigo; y en virtud de sus órdenes había hecho salir este noble Ayuntamiento una columna de 1.000 hombres, de sus tercios, mandados por los referidos oficiales y Sargento Mayor para reunirse en Amorebieta con el resto del paisanaje.»

Bilbao recibe la proclama de Moncey. Partido que toma el Ayuntamiento de la villa. Ocupación de la misma

«En tan crítica situación recibió la villa en el día 13 de julio, (aunque con algún retraso), la proclama del General en Xefe del Exército francés Moncey.»

Según G. de Echávarri, esta proclama fué publicada en Durango la noche del 12 de julio, por el jefe de las fuerzas francesas que la habían ocupado, Dessein; manifiesto en el que se excitaba a los vizcaínos a vivir en paz y unión, ofreciéndoles implantar amplia libertad respecto a todas las creencias, y otras promesas por el estilo. El documento decía así: «Que reconocía el carácter vizcaíno, poco sufrido en la violación de su territorio y de sus hogares; prometía respetarlos como sagrados; aseguraba la observancia de las leyes, privilegios, usos y costumbres; reconocía sus propiedades por de sus legítimos dueños; y bajo de estas promesas, y de que la República no sería exigidora, únicamente clamaba por la neutralidad por medio de auténtico tratado, y para este efecto pedía se diputasen sujetos autorizados con poderes, para que en el término de diez días pasasen a Vergara». Como la contestación era delicada, y podía trastornar las resoluciones del Señorío que acababan de insinuarse, la comunicó la villa a la Diputación General y Real comisionado, sujetándose a lo que determinasen, para no faltar a su fidelidad invariable. Bien conocía el Ayuntamiento que exponía a su vecindario y a la misma población material a ser víctimas de un exército victorioso; pero consideró que estos son los casos en que, sin hipérbole, se acredita la lealtad de un modo ejemplar. La respuesta de la Diputación, animada del mismo espíritu, en 17 de julio, fué la si-

guiente: «Las circunstancias del día exigen que se haga el último esfuerzo, para arrojar al enemigo que se halla en mi territorio. Es preciso que al instante se presente pronta toda la gente útil de esta Villa que pueda manejar fusil, escopeta u otra cualquiera arma; debiendo tener entendido que D. Pedro de Olavarria, comisionado a este fin, tiene algunos fusiles en su poder. Dios guarde a Vuestra Señoría muchos años. Vizcaya y julio 17 de 1795.—D. Mariano Ordóñez de Baraycúa, Diputado General. — D. Pablo de Sarachaga, Diputado General interino por D. Ramón de Gacitúa, Comandante General del paisanaje armado.—Por el M. N. y M. L. Señorío.—Su Secretario Josef de Anitua.—M. N. Villa de Bilbao.»

¿Y qué partido abrazó el Ayuntamiento en esta leal villa a la próxima y general desolación que le esperaba?, pregunta el autor del *Compendio histórico de los servicios prestados por la villa de Bilbao a la Corte*, que ya hemos indicado. Y él mismo contesta: «Muy semejante al de la desesperada Numancia. Despreció segunda vez con el silencio la propuesta, aunque moderada del general enemigo, y continuó en la más nimia observancia de las disposiciones de la Diputación, sin reparar en fatigas, ni gastos que pudiesen contribuir a la común felicidad: Ambos cuerpos tocaron el último extremo de la fidelidad y constancia.»

La Junta celebrada en Guernica, el 28 de julio, deshechó por unanimidad, con disgusto, la insinuación del general en jefe sobre la elección del nuevo gobierno y se redujo únicamente al día siguiente 29, al nombramiento de caballeros comisionados, para que con arreglo a la neutralidad autorizasen en Vitoria el capitulado a que se les obligaba. Apéndice número 5.

Dessein se encamina a Vitoria. Entrada de los franceses en esta ciudad

Mientras se verificaba la marcha de Crespo a Bilbao, el 14 de julio, el General Dessein destacó su vanguardia sobre Vitoria a las órdenes del General de Brigada Schilt y entró en esta ciudad con toda su división. Dessein, después de haber pasado por Ochandiano y Ubidea, llegó a Villarreal la noche del 13, pisando por primera vez tierra alavesa.

El Procurador Síndico del Ayuntamiento de Vitoria D. Juan José Aniz Marañón y Abarregui, que había quedado encargado por Verástegui de todos los asuntos de la ciudad, recibió el 14 de julio, la siguiente comunicación: «El General Comandante de las tropas francesas a el Alcalde de Vitoria y otras autoridades constituidas.—Señor Alcalde: Os prevengo que una columna de republicanos franceses está situada sobre los puntos que dominan vuestra ciudad. Asegurad a todos vuestros habitantes, no vemos sino amigos en todos aquellos que no se armen contra nosotros. Sus personas y propiedades serán respe-

tadas; sus costumbres, usos y culto nos serán sagrados; en todas partes en donde nuestra marcha victoriosa ha pasado, la bendición del pueblo nos ha seguido.—Nada tenéis que temer del Ejército español, que huye disperso en medio de los montes.—Almacenes considerables pertenecientes al Rey están en vuestra ciudad. Si han sido evacuados, deberá haber en poder de particulares muchos granos. Yo os encargo, pues, en nombre de la República francesa, de hacer preparar para mañana, 27 messidor (15 de julio), víveres para quince mil hombres. Yo deseara tener una conferencia con vos. Contad siempre sobre nuestra humanidad, nuestra filantropía. Queremos vivir como hermanos con vosotros. El ejército guardará una disciplina, que se ganará todos los corazones. Salgo responsable de ello. Yo os saludo.—El General de División, Comandante de las columnas francesas, Dessein.»

Según expusimos en el capítulo III de esta obra, sin esperar respuesta a esta comunicación, a las siete de la tarde, parte de las fuerzas francesas penetraron en Vitoria, encontrándola casi desierta. Dueños ya de la capital los franceses, el 16 de julio recibió Aniz Marañón el documento siguiente: «Igualdad-Libertad. En Vitoria, el 28 messidor, el 16 de julio de 1795, de la era anciana.—El General de División, Dessein. A los magistrados y autoridades de Alava.—Señores: Hallaréis aquí adjunta una proclama que el General en Jefe me ha encargado hacer. Me es muy gustoso, haciéndoos conocer las intenciones de nuestro Gobierno, haberos expresado los sentimientos humanos y filantrópicos que se hallan en mi corazón. Y os saludo, Dessein». La proclama, dice así: «Al Síndico Procurador General de la Provincia de Alava, Marañón, actualmente en Vitoria.—Igualdad-Libertad.—Ejército de los Pirineos occidentales. El General de División, Dessein, Jefe del Estado Mayor del Ejército, mandando las columnas republicanas en Vizcaya.—¿Por qué os separáis de vuestras mujeres e hijos para armaros contra nosotros? ¿Qué interés os ha hecho tomar esta determinación? Si los franceses dirigen su fuego contra vuestras propiedades y personas, tendríais razones para acudir a las armas; pero el hacer la guerra a los pueblos, ni atormentar al habitante pacífico, no será jamás el intento de los republicanos. Estos quieren combatir, exterminar los enemigos que atacan su libertad y vivir en paz, y unirse y enlazarse en la fraternidad más dulce con los que le reciben como amigos. Habitantes de Alava, no os hablaré de nuestras victorias, pues habéis sido testigos. A todas partes nos conduce el espíritu de libertad, que infunde terror en las columnas enemigas. Ya no podéis esperar socorro alguno del Ejército español, que se halla retirado bajo los muros de Pamplona, después de haber sido batido en Irurzun. La comunicación para con vosotros y la Vizcaya está cortada. Habitantes de Alava, los franceses, llenos de clemencia y generosidad, vienen a ofreceros ellos mismos la paz en un momento en que sus columnas victoriosas os cercan por todas partes; en un momento en que de cualquier modo que sea, van a atravesar vuestro país. Cesad, pues, de mezclaros con nuestros enemigos.

migos; restituíros a vuestros hogares, uniros a vuestros padres, mujeres e hijos, recoged la abundante cosecha de vuestros campos, y nosotros mismos alejaremos los desastres de la guerra. Contad con nuestra lealtad y fidelidad en el cumplimiento de nuestras promesas. Os damos por garantía nuestra conducta en Guipúzcoa. Las costumbres y los usos son respetados; los magistrados del país ejercen sus funciones; las iglesias están abiertas; los ministros de la Iglesia tranquilos y venerados. Intimo, en nombre de la República francesa, a los miembros de la representación de Alava y demás magistrados de dicho país, para que se presenten en Vitoria a veinte de julio de mil setecientos noventa y cinco a conferenciar con nosotros, manifestarnos sus intenciones y asegurarnos de la neutralidad de los aleveses. Si no se presentaren, esta recusación será mirada como una declaración de guerra, y serán responsables para con Dios y los hombres, de todas las calamidades que van a llover sobre su país. Cada lugar será admitido a tratar en particular, si la provincia entera, o parte de ella, rehusare a la negociación propuesta.—Desein.»

A continuación, el documento seguía exponiendo: «Al ciudadano Marañón, Síndico Procurador General de la Diputación de la provincia de Alava, hallándose él solo de sus miembros presentes actualmente en Vitoria, la proclama arriba mencionada le será entregada. Yo le requiero la envíe a sus colegas, como también a todas las Comunes que hacen parte de esta provincia, a fin de que en el término arriba indicado, puedan manifestar su modo de pensar». Al inmediato día 17, Aniz Marañón circuló la proclama a todos los pueblos de Alava.

En vista de no tener contestación, el 8 thermidor año III de la República, el General envió un oficio a D. José Aniz Marañón, requiriéndole para que formara inmediatamente una Junta general, según las costumbres de la provincia, con arreglo a diversas formalidades, como la de que ningún ministro del Rey de España presidiera dicha Junta. Y después de tres días de haber sido esta Junta formada y celebrado sus correspondientes sesiones, el día 29 entraron en tratos para poder llevarse a cabo la entrega de la provincia y de su capital, según convenio en el que figuraban trece artículos, y no sin hacer constar su protesta, según puede verse en el Apéndice núm. 1.

El General Moncey decide avanzar hasta el Ebro. Concentra sus fuerzas en Puente la Reina para estrechar el cerco de Pamplona

El General Moncey, después de haber tomado posesión de Bilbao y de Vitoria, estimó procedente continuar su avance hacia el Ebro, y, para ello, destacó la Brigada Miollis con orden de marchar sobre Miranda. Pero no tardó en sentir la necesidad de concentrar sus fuerzas

sobre Puente de la Reina, a fin de estrechar el cerco de Pamplona por el General Digonet, y en el que el General Marescot se disponía a hacer más vivos los ataques. Según la declaración de Jómini, esta resolución era tanto más acertada, por cuanto la junción de Crespo a las tropas de España que defendían el paso del Ebro, permitía a los españoles que un destacamento que se había aventurado a la conquista de Miranda, tuviese que abandonarla y que los republicanos, no pudiendo mantenerse en Bilbao, deberían esperar a ver cómo el enemigo volvía a Vizcaya y amenazaba sus comunicaciones con la frontera.

Los franceses se apoderan del fuerte que defiende el puente de Miranda de Ebro. Ocupación de esta localidad

En efecto, el 22 de julio, la columna francesa logró apoderarse del fuerte que defendía el puente tendido sobre el Ebro y que daba paso a Miranda. Pero los paisanos castellanos que se habían levantado en masa por defender su frontera, contraatacaron, recuperaron el fuerte y volvieron a apoderarse de la población, forzando a los enemigos a mantenerse en la otra orilla del Ebro. Al darse cuenta los franceses de que la división de Bilbao se había juntado al Cuerpo principal de este Ejército, establecieron su campo detrás de la Puebla, a dos leguas de Vitoria. Pero habiendo los nuestros y las tropas del Ejército regular abandonado a Miranda, replegándose a Pancorbo, la vanguardia francesa volvió a ocupar Miranda.

La *Gaceta* del martes 28 de julio, da cuenta detallada e interesante de esta empresa. Su re'ato era el siguiente: «El Capitán General de Castilla la Vieja, D. Bernardo Tortosa, luego que tuvo noticia de haber entrado el enemigo en Vitoria (de cuyo suceso, y de la retirada de nuestras tropas de la división de Guipúzcoa se aguarda el parte circunstanciado del Teniente General D. Joseph Simón de Crespo que la mandaba), convocó para que se reuniesen en Pancorbo parte de los naturales de la provincia de Burgos, y de sus comarcas del alistamiento que se tenía hecho para emplearlos en la ocasión, a cuyo fin se les ha dado la instrucción conveniente de un año a esta parte por Oficiales del exército en sus respectivos distritos, y con fecha del 18 del corriente dixo el mencionado General, después de explicar las atinadas medidas que había tomado con extraordinaria actividad para contener al enemigo, lo siguiente:

«Es muy loable el pronto y gustoso servicio que estos leales castellanos hacen a S. M., pues apenas recibieron mi convocatoria, cuando todos, a porfía, han venido animosos, abandonando la recolección de sus meses, en que se ocupaban, y que es el único fruto del sudor de

todo un año; y en la fina obediencia con que ejecutan lo que se les manda, acreditan su fidelidad y amor al Rey.»

No han desmentido estos briosos y denodados castellanos la esperanza que en sus brazos tenía Tortosa cuando llegase el lance de venir a las manos con el enemigo, antes bien, la han afianzado en el ataque que emprendieron, aunque muy inferiores en número a los enemigos, según participa dicho General, y sigue a la letra:

«Excmo. Sr.: Por el parte que recibí en nueve y diez de la noche del 21 de éste, y me remitió desde Miranda de Ebro el Sargento Mayor del Batallón de Guipuzcoanos D. Joseph Himaz, me informé de que los enemigos en número de mil hombres de infantería, trescientos baigorrianos y sesenta caballos, se dirigen al ataque y entrada en aquella villa.»

«Inmediatamente dispuse que de los Provinciales de Ciudad-Rodrigo y Plasencia saliesen cuarenta hombres al mando del Teniente de aquéllos D. Angel de Sotomayor con el Subteniente D. Eugenio Gil: cuatrocientos paisanos armados del Tercio de Bribiesca al de su Capitán D. Sebastián de Navas; y al del retirado D. Celedonio Ruiz los paisanos alistados por esta villa de Pancorbo, y todos a incorporarse con los de Treviño y Miranda, siguiéndolos el Teniente de artillería D. Antonio de Elgueta, con dos violentos y diez artilleros; con igual prontitud despaché órdenes al brigadier D. Antonio de Zayas, Comandante del esquadrón de Reales Guardias de Corps, que se hallaba en Santa María de Cubo, para que con cien guardias se situase en Oron, y a las inmediaciones de Miranda para atender a las precisas ocurrencias que allí hubiese; y mandé que el Coronel D. Ramón Olondriz, Comandante del esquadrón de caballería de Voluntarios de España, socorriese a Miranda de Ebro, sin perder de vista el interesante punto de Puente la Reina y vados intermedios del río Ebro; con estas disposiciones, y todo a las órdenes de D. Manuel Viquett, Teniente Coronel del Regimiento de Asturias, marcharon todos a sus respectivos destinos.»

«A las diez de la mañana del día de ayer recibí aviso de Viquett, en que me notificaba habían los enemigos pasado ya por la villa de la Puebla, y que venían al ataque; sin perdonar momento, recogí los pocos Oficiales que había en este pueblo, que fueron D. Tomás Merino, Capitán de los Tercios de Alava, y Teniente retirado del Real Cuerpo de Guardias de Corps D. Pedro Pascali, Teniente de Infantería y Capitán de los mismos Tercios, quienes con D. Joseph de Irigoyen, Teniente Coronel y primer Teniente de Reales Guardias Españolas, pasaron inmediatamente a Miranda para contener, con alguna poca tropa que recogí, los rápidos progresos del enemigo, encargando al Capitán de Ingenieros D. Antonio de Benavides llevase cuarenta riojanos, doscientos fusiles y algunas cargas de cartuchos; y a poco rato tuve aviso de que los enemigos en número de cerca de tres mil hombres y dos cientos caballos se presentaron y dieron vista a Miranda, por

cuyas superiores fuerzas se habían retirado nuestras tropas y paisanaje; repetí, no obstante, mis estrechas órdenes para que todos se regresasen, y ocupasen sus anteriores puestos, pasando aviso a aquel Brigadier para que saliese con el resto de su esquadrón a reunirse con sus guardias; y teniendo positivas noticias de estar ya inmediato a este pueblo el Teniente General D. Joseph Simón de Crespo con su exército, le despaché un caballo para que auxiliase con dos Regimientos de Infantería, con atención a la poca tropa reglada que tenía, y estar ya el enemigo posesionado de Miranda, a cuya entrada se replegaron las tropas y paisanage hacia este pueblo.»

«Para reunirlas y esforzarlas comisioné a dicho Ingeniero Benavides, que con su talento y espíritu militar pudo conseguirlo, hasta que reuniendo Irigoyen la caballería, y animados estos valientes castellanos, ejecutaron la brillante acción en la tarde de ayer de desalojar del castillo y villa de Miranda al enemigo, poniéndose en el mayor desorden y confusión, repasando precipitadamente el puente, y arrojando vergonzosamente sus gorros, mochilas, fusiles y los efectos que habían robado en la villa, como sábanas, camisas, pedazos de tocino y otros efectos; y a no haberse concluido las municiones al paisanaje, sin duda alguna hubiera sido más costosa al enemigo esta acción, en la que según las declaraciones que en su idioma recibió este Auditor de Guerra D. Francisco Xavier Gutiérrez a seis prisioneros que hemos hecho, quedó herido de muerte el Comandante de la columna enemiga (1), cuya intención era hacer la descubierta y apoderarse de la villa, habiendo salido de ella muchos muertos y heridos, y cuya valerosa acción detalla Irigoyen en el parte que acompañó a V. E., para que sirviéndose trasladarlo todo a noticia de S. M., se cerciore de la fidelidad y amor con que le han servido así sus Reales Guardias de Corps, como todos los Oficiales, tropa y paisanaje armado, del que salió y se me presentó anoche herido D. Ramón de la Torre, estudiante, natural de Briviesca, de un balazo en un brazo, loando los Oficiales Merino y Pascali el ardor y pronta voluntad de estos fieles y animosos castellanos, que no sólo desalojaron al enemigo del castillo, si bien de la villa, habiendo salido contuso en una pierna el Subteniente de Provinciales de Ciudad Rodrigo D. Eugenio Gil que se condujo con bizarriá.

»Estas tropas, aunque tan cortas en número, y estos valientes castellanos han escarmentado al enemigo, haciéndole entender quan costosos le han sido sus primeros pasos y encuentros en Castilla; y para prever las resultas de un segundo ataque, pasan en esta tarde 2.000 hombres del exército de aquel Teniente General, que ya se halla en esta villa, a guarnecer la de Miranda. Dios guarde, etc. Pancorbo, 23 de julio de 1795.=Excmo. Sr. Bernardo de Tortosa.=Excmo. Sr. Conde de Campo Alange.»

(1) Era éste el General Maura, Jefe de la media brigada de los Cazadores de las montañas, que tanto se habían distinguido en aquella guerra.

De lo ocurrido en Miranda, daba parte el Teniente Coronel Irigojen, en la siguiente forma: «Excmo. Sr.: Enseguida de la orden de Vuestra Excelencia para que en esta tarde pasase yo a la villa de Miranda de Ebro, quando se venían replegando a la de Pancorbo la tropa, artillería, y paisanaje armado, hice volviesen todos atrás, a fin de recuperar el puesto.»

«Formé sobre el lugar de Oron y en el camino Real, cuarenta caballos de los Voluntarios de España, y sobre el terreno labrado a una porción de Milicianos de Ciudad-Rodrigo y Plasencia; en vista de estas pocas fuerzas, y en la de que avanzaba el enemigo, le hice con mi infantería una retirada falsa, a la que en vez de atacar, comenzó a retirarse: en este momento me llegó un gran refuerzo de Castellanos armados como de 500 a 600 hombres; los animé y tomaron con el mayor espíritu las alturas, y enseguida principiaron el ataque con la mayor bravura y ardor, desalojando al enemigo del castillo de Miranda que ocupaba; yo a la cabeza y frente de la caballería de Voluntarios, seguí el camino Real y previne al esquadrón de Reales Guardias de Corps se dirigiese por la izquierda, aparentando iba a pasar el vado del Ebro; los enemigos habían interceptado con carros la entrada del pueblo, los hice quitar, y entrando en él, ataqué al enemigo haciéndole pasar el puente; y fué tal el temor que se apoderó de su tropa al ver que nuestra valerosa caballería le cargaba, que arrojaron vergonzosamente muchos fusiles, mochilas y otros efectos.»

«Los dos voluntarios que iban a mi lado, y eran el Cabo Macías y el Carabínero Lucas Yera, quedaron muertos: mi caballo tropezando con los enemigos cayó conmigo al suelo, y a pesar de este acaso, era y fué tal el desorden enemigo, que no hizo caso de mi caída, y solamente recibí dos fusilazos con el cañón. En este instante cargó la caballería enemiga, pero con precipitación fué rechazada por la nuestra, y montando nuevamente a caballo, pasé a reunir la infantería y tropa que bajaba de la altura, y a que el esquadrón de Reales Guardias de Corps, que ya había entrado en el pueblo, saliese por un costado a la campiña, lo que verifiqué yo con los voluntarios con el objeto de cortar al enemigo; pero al hallarse éstos formados detrás de una casa, y habérseles concluído las municiones a los paisanos, fué preciso irse retirando, lo que hizo así bien la caballería después de haber enseñado al enemigo el hasta donde de su valor e intrepidez en el ataque.»

«Este incidente nos privó completar la acción con mayor pérdida y derrota del enemigo, bien que tuvo bastantes hombres muertos y heridos, con seis prisioneros que he presentado a V. E.

Crespo es destituído y reemplazado por Morla. Juicio crítico de Marcillac, sobre la actuación del primero. El ejército español concentrado en Pancorbo

El Teniente General Crespo, una vez concentradas sus tropas en Pancorbo marchó a Burgos, en donde fué destituído de su cargo, reemplazándole en el mismo el General Morla, y murió en aquella ciudad al poco tiempo de las pesadumbres que le ocasionó la sumaria que le instruía el Príncipe de Castelfranco. Pero cualquiera que pudiera ser la responsabilidad de este veterano General, Marcillac, declara que la defensa de Crespo en el puesto de Elosua; sus retiradas, sus marchas sobre Bilbao para atraer a los franceses lejos de las Castillas y dar tiempo a las masas para formarse; todas las maniobras y todos los planes de este General, prueban, finalmente, un gran conocimiento del arte militar. Y el Príncipe de la Paz, en el capítulo XXV de la primera parte de sus célebres Memorias, expone: «Los dos Generales Crespo y Filangiéri, por sus brillantes maniobras ofrecieron un juego de ajedrez admirable en sus sabias operaciones y en sus rápidos y contrarios movimientos, defendiendo las avenidas de Pamplona y las fronteras de Castilla. Muchas veces pensó Moncey envolver a estos diestros generales, y más de una vez estuvo él mismo a punto de que los nuestros le envolviesen. En estos últimos días, el Príncipe Castelfranco concentraba una gran parte de sus fuerzas en Navarra para atacar al enemigo por la parte de Guipúzcoa, interponiéndose entre Moncey, divertido en Álava y Vizcaya, y los puestos fortificados que guardaban sus espaldas por delante del Bidasoa. Moncey se daba prisa de acudir a este peligro cuando llegó la noticia de las paces.»

Operaciones francesas en el sector de Navarra. Avance enemigo sobre Pamplona. Acción fracasada del 24 de julio contra Ollaregui. Heroica conducta del Regimiento de África

Pero mientras esto acontecía en el sector de las Provincias Vascongadas y una parte del Ejército francés, se concentraba en Puente la Reina, colocando su vanguardia en Miranda, otra, no menos numerosa del mismo, se disponía a llevar a cabo la conquista de Pamplona, según indicamos anteriormente. El Príncipe de Castelfranco, General en Jefe del Ejército de Navarra, en carta fechada el 24 de julio, daba cuenta del modo cómo tuvo que responder al avance enemigo (*Gaceta citada*).

«A media legua de la izquierda de la posición de Erice, que ocupo, está el espacioso collado de Ollaregui, en la montaña de Andía, que sirve de comunicación a los valles de Araquíl y Ollo, pasando por entre él y mi posición el río de Araquil por el estrecho boquete de Ozquia, en donde se apoya mi izquierda; había yo mandado poner en la suma altura de este collado una fuerte guardia de la compañía de Ubeda, destinando al Batallón núm. 4 de Navarros, y al primero y segundo de Africa para sostenerlos, y hacer la defensa de este punto en el paraje llamado de la Meseta, por estrechar allí algo más el collado.»

«Después que los enemigos atacaron por el frente mi posición y conocieron la dificultad de ocuparla, formaron, sin duda, el proyecto de envolverla por dicho collado, y para verificarlo lo atacaron, el 22, a la madrugada, en tres columnas fuertes y un crecido número de tropas ligeras, obligando a retirarse a los de Ubeda sobre su reserva; pero saliendo a su encuentro el Batallón de Navarros, contuvo bastante al enemigo, habiéndole obligado a ceder el terreno la superioridad de los contrarios.»

«Peleaban, entre tanto, los batallones de Africa en el bosque que habían ocupado con el ardor y entusiasmo propio de los tres dignos xefes que los mandaban, de que dieron pruebas bien completas este día; nada adelantaban los enemigos, a pesar de los continuos refuerzos que recibían de su derecha, distante apenas media hora del sitio de la pelea, cuando entorpecidas ya las armas de estos batallones por el vivísimo fuego que habían hecho, y atravesado de dos balazos su bizarro Coronel D. Agustín Goyeneta, herido el Teniente Coronel D. Joseph González de Acuña, y rodeados por tres partes de los enemigos, se echaron sobre ellos a la bayoneta desesperadamente animados por estos intrépidos Xejes, que permanecieron en la acción sostenidos de dos soldados, exhortando siempre a su tropa con su ejemplo y con sus expresiones, tanto más vivas y penetrantes, cuando apenas tenían ya aliento para pronunciarlas.»

«Redoblando el enemigo sus esfuerzos para completar sus ventajas, y fiado en su superioridad, admitió el combate de arma blanca, mezclándose unos y otros con igual empeño, aumentándose de su resulta la horrible carnecería por ambas partes, según los cadáveres y heridos que se vieron concluída la acción en el terreno donde ocurrió este feroz encuentro.»

«Continuando el Coronel sus esfuerzos, sin permitir que lo retiraran, acabó gloriosamente su carrera de un pistoletazo que recibió a quatro pasos, defendiéndose con un sable de un oficial enemigo. El Teniente Coronel, faltó ya de fuerzas por el largo rato que había permanecido en la acción después de herido, cayó prisionero; pero no desanimándose aún por estas desgracias D. Juan de Aguirre, Sargento Mayor de este Cuerpo, volvió a animar a su tropa, manteniéndola en el combate, a pesar de haberle rodeado tres enemigos, uno de los cuales le dió un fuerte bayonetazo en los riñones, que prontamente vengó el

bizarro Aguirre, quitándole el fusil y matándole con su sable, y arrojándose sobre los otros hirió al uno, y los obligó a que huyesen precipitadamente.»

«Sostenía la retirada el primer Teniente D. Antonio Marañón, y viendo al enemigo tan encima lo atacó con el sable, obligándole a retirarse después de haber muerto dos granaderos franceses por su propia mano.»

«Volvieron a cargar los franceses a estas bravas tropas acercándose ya al pueblo de Ilzarbe, desde donde se toma el camino para estar a la espalda de Erice, cuando llegaron cuatro batallones de refuerzo, enviado el uno oportunamente por D. Fr. Antonio Filangieri, General de la División de Erice, y los otros de mi orden con el Brigadier D. Benito Pardo, que ocupando el puente de Ilzarbe y las alturas inmediatas al río, y con el conocimiento que este oficial tiene bien acreditado, no sólo contuvo los progresos del enemigo, sino que viéndose sostenidos los batallones de Africa, volvió a cargarle el Capitán D. Rafael de Estrada, recuperando las alturas del pueblo, y recogiendo después los heridos y moribundos, y el cadáver de su Coronel y amigo.»

«Reconociendo los enemigos las fuerzas y puntos que había ocupado don Benito Pardo, se retiraron a la altura del collado, donde se han abarrancado en gran número, según las noticias más positivas. Nosotros mantenemos nuestros puestos y posición de Erice, habiendo frustrado al enemigo el atrevido plan de envolverla, con la gloriosa defensa que ha hecho la tropa del Rey, y el sacrificio de los bizarros Xefes del Regimiento de Africa.»

Exponía a continuación el Príncipe de Castelfranco los nombres y los hechos de los capitanes D. Nicolás Saavedra y D. Pedro de Labastida y del cabo Valero de Rosa, que se habían distinguido en la acción, el último no desamparando a su buen Coronel hasta verle muerto. Señalaba como dignos de elogio los capellanes de Africa D. Ignacio Cortés y D. Juan Echarte, por el celo con que asistieron a los moribundos, mezclados con los enemigos, añadiendo el primero esta prueba a la que dió en la retirada de la fábrica de Euguí a presencia de los jefes que la mandaron, y me lo han asegurado. D. Mateo Vaquerano, Comandante del 4.º Batallón de Navarra; D. Isidro del Saso, Sargento Mayor; el Capitán D. Francisco Luis de Vitoria «y los demás oficiales de este Batallón acreditaron su celo para el real servicio, esforzándose a porfía a reunir su tropa perseguida por el enemigo.»

Añadía el Príncipe de Castelfranco que «merecían elogio algunos soldados de la compañía de D. Pedro de Ubeda por su espíritu y constancia, habiéndoles dado a entender que he quedado satisfecho de su conducta.»

No da cuenta de esta acción Jómini en su obra clásica de *Historia militar y crítica de las guerras de la Revolución*, y el ciudadano Beauzac da cuenta de ella en términos que son dignos de ser conocidos, pues nos permiten apreciar el sentido y la importancia que dieron a la

acción de que tratamos, nuestros vecinos del otro lado del Pirineo: «En tanto que la división de la derecha sometía a las provincias de Vizcaya y la de Álava, la de Irún extendía gloriosamente sus posiciones.

»La izquierda del Ejército español estaba apoyada en el bosque de Ozquia, que solamente podía envolverse atravesando el coll de Ollaregui.

»El 2 thermidor (20 de julio), al despuntar el día, un batallón de granaderos y otro de cazadores de Montaña, a las órdenes del General de Brigada Digonnet, atacaron este coll con la más grande valentía. La compañía de Ubeda y un Batallón de Milicias navarras lo defendían, hallándose sostenidos por dos batallones del Regimiento de África. La cima del coll fué tomada con poco esfuerzo; pero al descender los franceses fueron contenidos por los batallones de África. Un combate empeñóse al arma blanca; jamás ambos contendientes habían demostrado una obstinación tan grande. El Coronel de África es muerto; el Teniente Coronel, herido y prisionero; el Sargento Mayor, herido de un bayonetazo, mata al granadero agresor. No obstante, los españoles ceden poco a poco el terreno, y estaban ya rechazados hasta el pueblo de Ilzarbe, cuando los franceses, viendo llegar un refuerzo enemigo, juzgaron oportuno remontar el coll, del que continuaron siendo dueños. Hicieron 50 prisioneros; más de 200 combatientes fueron muertos o heridos por ambas partes» (1).

Declaración de Marcillac. Relato de la acción, por Gómez de Arteche

Declara Marcillac, al que como sabemos podemos considerar nuestro cronista de guerra, que: «El ejército español debió este día a estos dos batallones el no verse forzado a una retirada. El Rey recompensó a estos bravos, dándoles por marca distintiva el emblema honorífico que habían de llevar en el antebrazo izquierdo señalando su brillante acción. Semejante emblema fué añadido a las banderas de estos Batallones 1.º y 2.º, a fin de perpetuar un rasgo de valor tan heroico.»

Pero nada tan cálido y vibrante, como la descripción que de la acción de Ollaregui, expone el General Gómez de Arteche: «Digonnet, que quedó en Irurzun para encaminarse a Pamplona, emprendió la jornada el 20, comenzándola y terminándola a la vez con el ataque de la posición de Ollaregui, que tenían ocupada una compañía de Ubeda y algunos voluntarios navarros. No era difícil la empresa, contando el general francés con dos batallones de cazadores y granaderos a la mano y la fuerza toda de su brigada con otras más de reserva. El collado de

(1) La relación oficial de las bajas en nuestro ejército, era la siguiente: 30 muertos; 54 heridos; 8 contusos; 56 prisioneros y 42 extraviados.

Nota.— Además faltan de la compañía de Ubeda entre heridos, prisioneros y extraviados, 35.

Ollaregui, fué, así, conquistado en poco tiempo, aunque con muchas bajas; pero al descender del otro lado, los republicanos se hallaron con los dos primeros batallones del Regimiento de África que acudían en auxilio de sus compatriotas. La arremetida fué terrible; y he aquí cómo la describe la historia de aquel Cuerpo que aún no hacía un año salvó a su Coronel, Duque después de Bailén, en el Calvario de Urrugne, por esfuerzos tan extraños como heroicos. «Tenían los franceses, dice, grande superioridad numérica, y el sentimiento de ella, unido al del ascendiente que habían obtenido ya sobre nuestras tropas, les hizo redoblar sus esfuerzos con aquel impulso de ira que convierte el valor en temeridad. África, inquebrantable como una columna de diamante, resistía a pie firme las furiosas embestidas del enemigo y contestaba con un fuego regular y mortífero, al terrible que contra él fulminaban los republicanos. En lo más encendido del combate, cae atravesado de dos balazos el nuevo Coronel de África, D. Agustín Goyeneta y queda también herido el Teniente Coronel D. José González Acuña. Estas desgracias no arredran al veterano Regimiento. Nuevos y abundantes refuerzos llegan a surtir las filas francesas, y África se halla envuelto en doble círculo de fuego y de bayonetas. Pero semejante a un león acorralado que siente aumentar sus fuerzas a medida que se acercan los cazadores, así el antiguo tercio de Sicilia cobra bríos en proporción de la magnitud y perentoriedad del peligro. El heroico Goyeneta, haciéndose superior a sus dolores, se levanta del suelo, y colocándose a la cabeza del Regimiento, se lanza a la bayoneta sobre el enemigo. La matanza fué espantosa, y por un instante vacilaron las compactas columnas francesas; pero la fortuna, enemiga en este trance del valor, hizo que una tercera bala alcanzase a Goyeneta y le derribase en tierra moribundo. El Teniente Coronel cayó en poder del enemigo, y el Mayor de África experimentó la misma infausta suerte. Podía creerse que este Cuerpo había agotado todos los recursos, no sólo de la intrepidez, si que también de la desesperación, y que sin jefes ya, y circundado por los enemigos, acabaría por sucumbir bajo su destino fatal. Sin embargo, no fué así; en las grandes ocasiones brillan los hombres extraordinarios, y el denodado Goyeneta tuvo un digno imitador en el Capitán D. Juan Aguirre. Este valiente oficial toma el mando del Regimiento, reanima a sus soldados con breves y elocuentes frases, y los lleva otra vez sobre las bayonetas republicanas. Mas habiéndose adelantado este jefe para dar el primer ejemplo en el peligro, se vió repentinamente rodeado por tres granaderos franceses. Aquel hombre, dotado de un alma impasible y de un brazo hercúleo, conserva su serenidad en este peligro extremo; aséstale un bayonetazo en los riñones uno de los granaderos franceses, pero Aguirre le contesta con un sablazo que le tiende bañado en sangre; redoblaron entonces su ira los otros granaderos, pero el valiente español, esgrimiendo su formidable arma, hirió a los dos y les obligó a huir de una muerte casi infalible.»

«Tales y tan épicas hazañas no bastaron, sin embargo, a contrabalancear el número siempre en incremento de los republicanos. Africa, precisado a retirarse, abrió a bayonetazos una ancha brecha en las filas enemigas, y pronunció su movimiento vía de Ilzarbe. Cargáronle en la retirada los franceses con ímpetu indecible, pero el veterano Cuerpo, fiel sucesor de aquella infantería española, que derrotada en Rávena, eclipsó con su conducta las glorias de los vencedores, siguió retrogradiendo y defendiéndose hasta tocar el mencionado pueblo de Ilzarbe. Acudieron a este punto otros cuatro batallones españoles; pero Africa, sintiendo este inesperado auxilio, no quiso ceder a nadie el lauro de la victoria; recobra súbitamente la ofensiva, y abalanzándose contra los agresores, los fuerza a replegarse sobre las primeras cumbres que habían conquistado en aquel tremendo día. El ejército entero hizo justicia al brillante comportamiento de Africa, y pasó como válida y fundada la opinión de que sólo la resistencia de este Cuerpo pudo salvar muchas importantes líneas.»

Brillante conducta del ejército y de los vascongados en las acciones relatadas. Falsedad de las acusaciones de Zamora

«En la situación en que quedaron los dos campos de Navarra aquella noche, en ella permanecieron en adelante, demostrando así los franceses el efecto que había producido en el suyo la conducta de nuestras tropas». Esta declaración del General historiador que hemos citado, es terminante si, a lo ocurrido en este teatro de las operaciones, unimos el recuerdo de lo ocurrido a orillas del Ebro en Miranda. No eran, por lo tanto, los vascongados y navarros y las tropas combatientes las que habían tenido culpa principal de cuanto había ocurrido desfavorable a nuestra causa, y por ello, falta por completo la razón a las acusaciones que contra ellos lanzaba la conciencia, nada delicada, del consejero y emisario del favorito D. Bernardo de Zamora, agente oficioso de Godoy en el de los Pirineos orientales, «y auditor General ahora, o mejor dicho, emisario a la manera de los de la Convención, en el de los occidentales; aún más, espía del valido para los generales descontentos de él en el ejército, que ya eran muchos, con decir que dudaba de la conveniencia de vencer a los franceses, no fuera, escribía en uno de sus despachos, a hacerse más difícil la paz con la herida que recibiesen en su amor propio.»

«El valor y el patriotismo de Zamora iban dirigidos, mejor que a combatir a los franceses, contra los vancongados y sus instituciones, que odiaba con todo su corazón. Así es que su correspondencia respira ese rencor, y la aspiración de desplegarlo con toda la fuerza posible en ocasión, en concepto suyo, tan oportuna. No era, por suerte,

esa la opinión de Godoy que, sin obedecer a la ojeriza de Zamora, y escuchando la defensa que de aquellas provincias le hizo Iranda en una larga y fundada comunicación, y más, acaso, la voz de su propia conciencia, no intentó siquiera tomar providencia contra ellas. El mismo había dictado su desarme; un conflicto ahora, sólo aprovecharía a la Francia, y se decidió por atribuir la derrota sufrida en aquella campaña al ejército, aunque sin razón alguna que justificase sus impremeditadas iras.»

Con razón, después de lo expuesto, puede muy bien afirmar Gómez de Arteche que: «Por el contrario, nuestras tropas demostraron en aquellos días cuán aventurados eran los juicios que el valido hacía de su patriótica abnegación. Si resultaban vencidas, no se debía a falta de valor en ninguna de sus clases, sino que, aumentando el número de sus enemigos en proporciones que bien hace comprender el pensamiento de la Covención al dedicar todos sus esfuerzos a vencer en los Pirineos occidentales, se hacía imposible la resistencia de los españoles, desatendidos de su Gobierno. Pero en aquella última parte de la campaña fué precisamente en la que nuestros soldados demostraron con mayor elocuencia hasta dónde llegan sus condiciones militares, aún en medio de la desgracia, por abrumadora que sea como entonces.»

Operaciones militares realizadas por los franceses al flanco izquierdo de su línea

Para terminar y completar la exposición de las operaciones militares llevadas a cabo durante el año 1795 en el sector de los Pirineos occidentales, daremos cuenta, según la información francesa, de las realizadas por el Ejército de la Revolución al flanco izquierdo de su línea.

La atención de este ejército estuvo siempre pendiente de la derecha y centro del mismo, y por tanto, no hubo ocasión de que se desarrollase ningún hecho de importancia en el citado flanco.

«En los valles de Bartzán y de Lerin—expone Beaulac—perdimos un puesto del lado de Dona-maría en el mes de prairial (20 de mayo a 18 de junio). Lo recobramos a la mañana siguiente, haciendo una treintena de prisioneros.»

«Después de la partida de la columna del General de Brigada Digionnet, el 14 de messidor (2 de julio), no quedaron más que tres medias brigadas demasiado débiles para defender estos valles; se las hizo caminar en la altura de Lanz, en las de la Sangre, a la izquierda y al este del camino de Elizondo a Pamplona y, finalmente, en los colls de Velate y de Orquin.»

«Al iniciarse la tercera campaña el 1.º floreal del año IV (20 de abril), la división de Saint Jean Pié de Port estaba mandada por el General Mauco y compuesta por la brigada de cazadores vascos de la 40, de la 134 y del batallón del Jura.»

«El 9 floreal (28 de abril), los seis batallones de campaña y un batallón de granaderos, formando un conjunto de cerca de 3.500 hombres, fueron apostados y acampados en el coll de Lindús, entre Burguete y los Alduides, a la izquierda del coll de Ibañeta y a la entrada del bosque de Roncesvalles. El batallón de reserva de los cazadores vascos fué acantonado en Baigorri, teniendo un fuerte destacamento en Berderitz; los batallones de reserva de la 40 y 134 medias brigadas y el Jura, formando a lo más 1.500 hombres, quedaron en los alrededores de Saint Jean Pié de Port. Diez días después, este campo fué levantado a causa de su insalubridad. La 134 media brigada se replegó a esta localidad, situándose el 10 floreal (29 de abril) detrás y al costado del reducto de la Libertad, en el camino a Orisson. La 40 brigada y los cazadores vascos con los granaderos acamparon a la izquierda de los Alduides, a vanguardia y al lado de Berderit. El puesto importante de Arola, entre Saint Jean Pié de Port y los Alduides, estaba ocupado alternativamente por destacamentos de la 40 y 134 medias brigadas. Tal fué durante un mes la posición de las tropas en la división de que se trata. No tuvieron que luchar más que contra las fatigas de un servicio diario y penoso, teniendo el enemigo colocadas sus fuerzas en la izquierda.

»Después de la destrucción de las fundiciones de Orbaiceta y de Eguí, se había totalmente abandonado las fronteras de este costado; la Aezcoa no tenía para defenderse más que los habitantes formados en compañías francesas; los alduidianos y dos o tres compañías organizadas, estaban acantonadas en el valle de Erro. El batallón de granaderos y dos batallones de cazadores vascos, se destacaron de la división el 29 de mayo, para concurrir a la expedición que tuvo lugar sobre la derecha. Entonces, el segundo batallón de la 134 media brigada, recibió orden de volver a los Alduides y acampó en la montaña de Ourisca, a retaguardia de Berderitz, desde donde la vista dominaba la garganta de los Alduides y el valle del Bartzán.

»El 15 prairial (3 de junio), fuertes destacamentos se trasladaron a la cima de las más altas montañas de los Alduides, del lado del valle del Erro. Esta expedición se limitó a algunas ligeras escaramuzas entre nuestra vanguardia, y dos o trescientos alduidianos y soldados españoles. Se adquirió a lo menos la certidumbre de que el enemigo llevaba toda su atención sobre la izquierda, y que estimaba su derecha suficientemente protegida por cinco leguas de montaña. Esta parte del ejército permaneció, desde luego, constantemente a la defensiva.

»El 28 de junio (10 messidor), después de la acción de Lecumberri, un nuevo reconocimiento fué llevado a cabo del lado de Zubiri, con la misma facilidad que los del mes de prairial. Las propiedades fueron escrupulosamente respetadas; los habitantes del país, indefensos, recurrieron a la generosidad francesa; sus emisarios fueron acogidos amistosamente, y sus numerosos rebaños puestos al abrigo de todo abuso. Los rumores de paz que se habían extendido al comienzo de la

campaña, habían enteramente cesado, cuando un mensaje extraordinario trajo la feliz nueva en los campos el 20 thermidor (7 de agosto). La alegría fué aquí tan viva como universal; algunos días después, la 40 media brigada y los vascos abandonaron las alturas de los Alduides y la 134 les siguió bien pronto después. Se destruyeron por completo todas las obras de fortificación levantadas en Berderitz.»

**Paz de Basilea. Juicio crítico de la
campaña de 1795. Consideraciones
de Beaulac. Ineficacia de la labor
realizada por los franceses, no obs-
tante sus victorias en los Pirineos
occidentales**

La paz quedó concertada en Bâle (Basilea), el 4 thermidor (22 de julio). Fué ratificada por la Convención nacional el 1.º de agosto y por el Rey de España el 4 de agosto de 1795.

Para terminar este capítulo y con él el estudio de las campañas desarrolladas en el sector occidental de los Pirineos en la guerra de España con la Revolución francesa, sólo nos resta someter al juicio crítico esta última de 1795, y nada más a propósito para el nuestro que conocer el que los historiadores más autorizados han emitido sobre el particular.

No es menos interesante que otro alguno, el que emite, precisamente, el ciudadano Beaulac: «Desde luego, nuestra posición en los Pirineos orientales comenzaba a ser muy crítica—confiesa noblemente y con toda exactitud este escritor, y añade—: Y si la brillantez de la última campaña desarrollada por nosotros al occidente, nos proporcionaba un peso favorable en la balanza militar, acaso no se difícil creer que, pocos instantes después, los hechos pudieran hacerle desaparecer. Marchas audaces habían, ciertamente, desconcertado al enemigo, pero una vez reconcentrado éste, podía poner a prueba las probabilidades de éxito que le ofrecían la continuación de movimientos peligrosos por su propia audacia, cerrando sin retorno el camino a la resistencia de un ejército que apenas le igualaba en número, y cuyos diversos Cuerpos, separados por grandes distancias, no se prestaban un mutuo apoyo. Con un ejército de 25.000 hombres sin caballos, sin subsistencias, hubiéramos podido seriamente soñar nosotros hacernos dueños de Pamplona? Ciento que es probable que el valor de nuestras tropas y la habilidad de nuestros generales, hubieran consolidado, por su brillante empleo, nuestra posición en España. Pero ¿cómo calcular que los prodigios y la más ciega confianza puede librarse de algunos presentimientos contrarios, viendo los obstáculos que se oponían a semejante empresa? Incluso suponiendo que hubiésemos podido procurarnos por nosotros mismos las subsistencias y los transportes de los que estábamos desprovistos, en las comarcas poco fértiles que rodean Pam-

plona o en las de Vizcaya y Alava, que nos era preciso evacuar, ¿es verosímil, a pesar de la inercia que se atribuía a los españoles, que un ejército, poco inferior al nuestro y que podía engrosar a cada momento, hubiesen dejado llegar libremente, desde Bayona, los convoyes de artillería y de municiones necesarios para un sitio importante?... ¿O, por otra parte, la protección que había que prestar a estos convoyes, no hubiera necesitado, de parte nuestra, frecuentes dislocaciones, capaces de hacerlo perder todo?... Añadamos nosotros que el espíritu de relajación y de pusilanimidad que, tras el 9. thermidor (27 de julio), se había insinuado en todas las partes del Gobierno, no nos prometía, por mucho tiempo, otros recursos militares que los que habíamos podido conservar.»

«Los éxitos de la última campaña no hubieran sido probablemente más que una incursión brillante y sin fruto, y bien pronto, vueltos a nuestras primeras posiciones, hubiéramos visto a los conquitadores de Italia y a los pacificadores de La Vendée, agotar su valor en la defensa de puestos ignorados como los de Iciar o de Dona-maría. Infiérese, no obstante, contrario a estas observaciones, que las operaciones de esta campaña hayan sido intúiles a la gran obra de la paz; ellas han producido, por el contrario, un efecto muy bueno, y todo cuanto hemos dicho no tiene otro objeto que desengañar a ciertos hombres de la idea en que están, de que un poco de temporización en la conclusión del tratado, hubiera mejorado en extremo sus condiciones a favor nuestro. Cuando la desconfianza y la animosidad de la Corte de España contra los ingleses nos favorecía tanto como nuestras armas, ¿no hubiese sido exponerse a reunir más fuertemente contra nosotros las banderas de estas dos potencias, tratando de aprovecharnos con exceso de nuestras ventajas?»

«El 30 thermidor (17 de agosto), las tropas se pusieron en marcha para volver a Francia; después de una corta estación en Bayona, desfilaron sucesivamente: una parte, hacia las costas del Océano; otra, hacia los Pirineos orientales; San Sebastián no fué devuelta a los españoles hasta el 2 vendimiar (23 de septiembre del año IV).»

Juicio crítico de Jómini. Resultado dudoso para el francés de haber continuado la guerra

Jómini, que comentando la decisión del General Moncey de concentrar sus fuerzas en Puente de la Reina, expone que: «esta resolución era tanto más acertada, por cuanto que los españoles, envalentonados por la incorporación de Crespo, acababan de caer sobre el destacamento un poco aventurado en avanzar hasta Miranda, y que los republicanos no podían mantener Bilbao, debiendo esperar ver cómo el enemigo volvía a Vizcaya y amenazaba las comunicaciones del ejército»,

arguye que: «La paz, de la que hubo de recibirse prontamente la noticia, puso término a las solicitudes del General Moncey y terminó, dichosamente, en favor de su gloria, una campaña, cuyo resultado podía ser todavía dudoso, no obstante su brillante iniciación (début); sobre todo si el Ministerio español, en lugar de escoger sus Generales en Jefe entre los más linajudos cortesanos, se hubiese aplicado a escoger, indistintamente, uno de esos hombres enérgicos, que los reveses no abaten nunca, que de todo saben aprovecharse, y cuyo ejemplo es suficiente para hacer recuperar la moral de un ejército descorazonado.»

**Acertados conceptos de Marcillac
sobre el valor de las disposiciones
tomadas por el Alto Mando de am-
bos ejércitos**

Por nuestra parte, Marcillac formula conclusiones difíciles de ser refutadas, y después de dar cuenta del modo cómo hubieron de cesar las hostilidades (1), expone: «Esta última campaña ofrece marchas audaces, planes bien combinados y bien ejecutados de parte de los franceses, pero la ejecución de estos planes, que fué brillante, hubiese sido acaso temeraria delante de un enemigo que hubiera poseído el sentimiento de sus propias fuerzas. Descansando en el efecto que debían producir los movimientos rápidos contra un ejército que se batía en retirada, los generales franceses no calcularon, no obstante, su fuerza lo suficiente, y se entregaron demasiadamente y con muy pocos medios al deseo de separar el Ejército español, cortándolo por el centro de su línea y aislar, por consiguiente, la invasión en Vizcaya y Alava de la de Navarra. La sabia retirada de la izquierda del ejército, ordenada y ejecutada por el General Moncey a los puestos de Dona-maría y de Iciar, demuestra una gran sagacidad. Estos dos puestos, ocupados por fuerzas respetables, debían mantener en respeto a los españoles en Navarra, y, por consecuencia, impedirles el inquietar los flancos de las divisiones de operaciones que actuaban en las dos provincias invadidas.»

A continuación, Marcillac pone de manifiesto, como lo hemos indicado anteriormente, que las maniobras y los planes de Crespo en su defensa de Elosua y en sus marchas sobre Bilbao, prueban, asimismo, un gran conocimiento del arte militar por parte de este General. Y por último, formula las siguientes interesantes consideraciones: «A la época de la firma de la paz, el Ejército de Navarra, no obstante la desas-

(1) Un oficial francés pasó al campo de los españoles llevando al Príncipe de Castel Franco los despachos que el General francés acababa de recibir de su gobierno. Estos despachos anuncianan positivamente la firma de la paz. Desde este momento cesaron las hostilidades entre los dos ejércitos, y el General español envió un correo a la Corte.

trosa campaña de 1794, era verdaderamente soberbio, bien organizado, por los refuerzos que había y recibido, se encontraba superior en fuerza al de los franceses». Así lo expusimos ya en la primera parte de este tomo, al tratar en el capítulo IV de la fuerza y organización militar de ambos ejércitos. Y descansando sobre esta realidad el historiador francés, sigue exponiendo: «Si este ejército hubiese sido mucho más concentrado, si reuniendo en Navarra un Cuerpo considerable, el Príncipe de Castelfranco se hubiese encaminado directamente a Guipúzcoa, encubriendo su posición en Dona-maría, ante el Bidasoa, el Ejército francés en Alava y en Vizcaya hubiera sido entonces obligado a replegarse, a fin de no ser cortado, y hubiese sido forzado a tomar una posición definitiva en el campo atrincherado de Hernani.»

«Yo ignoro—advierte Marcillac—si este plan había sido adoptado por el general español, pero, desde luego, parece que había sido pre visto por el general francés. Ninguno de los dos dudaba que, mientras que ellos combinaban estas empresas, S. M. C. ocupábase en do nar a estos asuntos una solución definitiva con una paz sólida y durable, sacrificando los triunfos que podían esperar estos ejércitos a la tranquilidad de los pueblos en lucha.»

Ningún juicio tan exacto como el de Beaulac. La paz favoreció, tanto o más que al ejército español, al ejército francés. Para el primero hubiera sido posible el desquite

Por muy interesantes que consideramos estos juicios de Marcillac, así como los de Jómini, ninguno de ellos reviste a nuestros ojos tanto valor como los del ciudadano Beaulac, sobre todo si aceptamos como buenas las declaraciones que, sobre su actitud, al estudiar la significación de los hechos acaecidos, nos advierte: «Hemos dado cuenta lo mejor que nos ha sido posible de los sucesos acaecidos a nuestra vista. Hemos consultado a los oficiales más instruidos, recogidos los informes de los testigos oculares, comparados estos datos con los de los españoles, y desprendidos de la pasión particular, no hemos concedido a los acontecimientos otro valor que el que nos parecía necesario, sin mirar a su estimación actual. Sin duda, habiéndonos extendido mayormente sobre muchos hechos, justos elogios hubieran podido embellecer nuestro relato o satisfacer el anhelo de nuestro corazón, pero la verdad que da cuenta del bien y se calla ante el mal, inspira poca confianza, y no hemos querido escribir, ni para no ser creídos, ni criticar inconsideradamente, para gustar del placer de la alabanza.»

«En fin—termina diciendo Beaulac—si a pesar del carácter de imparcialidad que hemos guardado en esta obra, hay individuos que censuran unos, nuestra moderación, otros, nuestra franqueza, les roga-

mos consideren que escribimos para el público y que, sobre todo, un relato histórico no debe asemejarse, ni al lecho de Busiris, que sacrificaba al cuchillo todo cuanto sobrepasaba de su longitud, ni al zápato de Théraméne que se ajustaba a todos los pies.»

Nos place esta actitud, a la que hemos querido nosotros ajustar la propia, y si en virtud de ella nos atenemos a las consideraciones que hemos expuesto anteriormente, no juzgamos desacertado el que podemos afirmar de que, a pesar de todas las circunstancias desfavorables que jugaban en contra de nuestro ejército, su situación no era tan desesperada que, bajo un mando acertado y firmemente sostenido, no hubiera podido librarse de la apurada retirada ante un ejército invasor que, como lo declara el propio testimonio francés, no le era muy superior, ni en moral, ni en medios de combate.

